



# sin final

libro cuatro

W WINTERS

AUTORA BEST SELLER DEL USA TODAY

# SIN FINAL

LIBRO CUATRO

W WINTERS

# ÍNDICE

Introducción

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Sobre la autora

## INTRODUCCIÓN

Sin final  
libro cuatro

W Winters

Copyright © 2018 Willow Winters. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, físico, fotocopiado, grabado, escaneado u otro, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves dentro de reseñas y de otra manera según lo permita la ley de derechos de autor.

NOTA: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora.

Cualquier parecido con la vida real es pura coincidencia. Todos los personajes de esta historia son mayores de 18 años.

Copyright © 2018, Willow Winters Publishing.

Todos los derechos reservados.

[www.willowwinterswrites.com](http://www.willowwinterswrites.com)

*Mi abuela solía escribir. Su sueño era que algún día se publicaran sus historias, pero lamentablemente eso nunca sucedió.*

*Los tiempos eran diferentes en ese entonces.*

*Aunque ella se ha ido, siempre está conmigo en mi corazón e incluso en mis escritos. Partes de lo que recuerdo de mi abuela se ha cosido en estas historias y espero que te hayas enamorado de ella, incluso si nunca tuviste el placer de conocerla. Espero que ella se sienta orgullosa de mí si me viera ahora.*

*Los que amamos nunca nos abandonan.*

*Abuelita, este libro es para ti.*

*Te Amo.*

## PRÓLOGO

ARIA

Nunca he visto a Tyler, sólo sé cómo es por fotos. Pero incluso antes de eso, cuando tuve el sueño por primera vez, supe que el chico era alguien relacionado con Carter. Todos los hermanos Cross se parecen. Él me miró en el sueño, sus ojos oscuros me atravesaron incluso desde el otro lado del jardín sembrado de azul y blanco.

Debería haberme asustado porque sabía que no pertenecía a esta tierra ficticia evocada por mi sueño, pero una suave sonrisa permaneció en sus labios. Acogedor y entrañable. Él fue muy amable conmigo. Un alma buena entre las flores, aunque sus palabras fueron todo lo contrario.

—Ella te mintió —dijo casualmente. Palabras que grabaron confusión en mi rostro, pero enviaron una punzada de miedo que me heló la sangre.

Entonces escuché a mi madre. En un instante reconocí su voz, sonamos tan parecidas. Un susurro vino de algún lugar a mi derecha mientras caminaba por el hermoso jardín. Su nombre suplicaba salir de mis labios, raspando desde lo profundo de mi garganta, pero mi voz estaba en silencio. Mi cuerpo anhelaba moverse a su lado, más cerca de donde ella estaba mientras se alejaba lentamente de mí. Pero mis extremidades nunca se movieron.

Quedé atrapada en el lugar mientras se acercaban el uno al otro, pero seguían hablándome, mirándome. Como si supieran que yo estaba allí a pesar de que estaba prisionera de lo que me mantenía inmóvil y en silencio.

Las lágrimas se filtraron por las comisuras de mis ojos y calentaron mi piel mientras rodaban por mis mejillas.

Mi padre siempre hablaba de la belleza de mi madre y yo sabía que era verdad, pero ella era mayor en los sueños de lo que yo recordaba. Sin embargo, había envejecido bien.

Traté de llamarla de nuevo, ignorando al chico, el hermano Cross que había fallecido hacía mucho tiempo.

—Nunca mentí —me dijo mi madre, todo lo que pude sentir fue la forma en que sus palabras calmaron mi alma. Había pasado tanto tiempo desde que escuché su voz. Demasiado tiempo.

Mis dedos ansiaban moverse, extender la mano hacia ella y sentir su abrazo una vez más. Yo necesitaba tanto que me abrazaran y mi respiración se detuvo, imaginando que ella vendría a mí ya que yo no podía ir a ella, pero ella no lo hizo.

Sus ojos color avellana estaban empapados de dolor mientras susurraba—: Nunca le mentí. — El viento cortante llevó su voz por el campo.

Como si sus palabras fueran una señal, el cielo se oscureció y un rayo seco lo partió en dos.

—¿La amabas acaso? —preguntó el chico, mirándola—. En todo esto... ¿siquiera la amabas?

Él insistía en preguntarle a mi madre y la ira que sentí fue inmediata, empujando las palabras hasta mi garganta, aunque todavía colgaban silenciosas en el aire. Por supuesto que ella me



amaba. Una madre siempre ama a sus hijos.

A pesar de que las palabras habían pasado desapercibidas, ambos me escucharon y me miraron, juzgando mi comentario silencioso, pero ninguno me respondió. Lo que les digo en silencio cambia cada vez que vuelve el sueño, pero la falta de respuesta nunca lo hace.

—Por supuesto que sí, la sigo queriendo hasta el día de hoy —ella dijo y la voz de mi madre se arrastró con pesar—. Morí por ella.

Sus palabras eran claras, aunque el dolor acribilló sus palabras y la expresión de Tyler sólo mostró más agonía cuando negó con la cabeza.

Con la cabeza gacha, mi madre se apartó el pelo de la cara y se enjugó delicadamente las lágrimas de debajo de los ojos. El brillo de sus lágrimas hizo que sus ojos fueran más vívidos y me llamaron para que aliviara su dolor.

Grité llena de desdicha una y otra vez, rezando para que pudiera entender mis palabras diciéndole lo mucho que la amo. Que la extraño. Pero eso no hizo nada por cambiar lo que sucedió a continuación.

Con el cielo gris oscuro abriéndose y el granizo cayendo sobre nosotros sin piedad, fragmentos de la visión caen como una pintura empapada en agua. Los colores se vuelven manchas borrosas y corren juntos antes de desvanecerse hasta convertirse en un lienzo en blanco, y me quedo sin nada. Nada más que el sonido de ellos discutiendo sobre su odio contra su amor y lo que realmente importaba la noche en que ella murió. Y otra noche... la noche en que cambió el curso del destino. Ella grita que murió por mí. Su confesión está llena de una nota de ira que me duele hasta el tuétano.

Pero lo último que siempre escucho antes de despertarme gritando es su murmullo—: Hacemos cosas estúpidas por los que amamos.

No importa cuántos años pasen, la pesadilla nunca me abandona.

La primera vez que sucedió, estaba en la celda. Hace todos esos años cuando Carter, mi amor, me tomó por primera vez. Pero las visiones me han perseguido a lo largo de los años, me han manchado el alma.

## CAPÍTULO 1

ARIA

—*N*

o grites.

Con el aliento atascado en mi garganta, mi cuerpo paralizado por la oleada de miedo forzada en cada centímetro de mi cuerpo, escucho la voz, pero no obedezco.

Mi grito es amortiguado por su gran mano y me abraza con más fuerza, acercándose a su duro pecho, sus fuertes dedos clavándose en mi piel.

El sonido de su voz silenciándome mientras pateo, golpeando mi cabeza inútilmente contra la pared de músculo contra la que estoy apoyada, ese sonido es lo que me calma. Lo he escuchado antes.

*Daniel.*

Mi cuerpo se relaja lentamente, apenas sostenida por mis piernas débiles. La adrenalina todavía corre por mis venas, pero soy consciente de que es él. El hombre que me agarró y me abrazó con fuerza, *es Daniel.*

—No grites —repite, sus labios cerca de la curva de mi oreja. Tan cerca que su cálido aliento me hace cosquillas en el cuello y me pone la piel de gallina en el hombro. Demasiado cerca. No solo me asustó; casi me mata de un infarto.

Tardo en quitar mis dedos de su antebrazo, uno por uno, sabiendo que mis afiladas uñas se clavan en sus brazos. La sangre está por todas partes y tantas punzadas de dolor recorren mi cuerpo, prefiero estar entumecida. Entumecida después de todo lo que acaba de pasar.

Solo entonces él afloja su agarre y se mueve lentamente frente a mí, una mano aun agarrando mi muñeca.

—¿Qué estás haciendo? —Las palabras salen de mí en un suspiro, pero Daniel no responde. Mientras mi corazón late con más fuerza, él solo me observa de cerca, evaluando mi expresión. El aire de la noche se siente más frío, y que está mucho más oscuro ahora que él está aquí que hace un momento.

Él mira detrás de mí antes de encontrar mi mirada y preguntarme—: ¿Ibas a huir?

De todo lo que podría haberme preguntado en este momento, esta pregunta me produce más culpa de la que jamás admitiría. Con Eli muerto en el suelo detrás de nosotros, Addison arriba en alguna parte, escondiéndose de todo lo que acaba de suceder, el hecho de que incluso haya pensado en huir me revuelve el estómago. Yo podría haberlo hecho. Podría haber huido y dejar todo esto atrás como una horrible pesadilla.

Y también lo consideraré seriamente.

—No —susurro la palabra, sin saber si es verdad o mentira. El aire de la tarde lame a lo largo de mi piel expuesta mientras me paro en la puerta abierta de la casa de seguridad. La noche es

oscura e implacable, muy parecida a la mirada de Daniel. No puedo aguantar, sabiendo que las emociones que siento están escritas en mi rostro.

Dando medio paso hacia atrás, siento el dolor de un pequeño corte en mi talón dispararse hacia mi pierna, pero no es nada. Nada comparado con el dolor de saber lo que pasó. Todos los pequeños rasguños que obtuve de la ventana rota, destrozada por las balas, no significan nada.

La guerra está aquí. Los sonidos ensordecedores de disparos han ido y venido. Pero la muerte acaba de empezar.

—¿Qué pasó?

Expreso la pregunta con dolor crudo presente en cada palabra.

—¿Carter? —le pregunto y abro los ojos para encontrarme con los suyos mientras se suavizan, luego agrego—: ¿Mi padre?

—Tu padre no vino. Nikolai tampoco. —Su respuesta es clara y no tiene ninguna pretensión de lo que son sus pensamientos mientras sus ojos vagan por mi rostro.

Antes de que pueda pronunciar el nombre de Carter de nuevo, sintiendo el familiar dolor de la pérdida que ya adormece mi corazón, dice—: Carter está bien. Los hombres de Talvery recibieron un golpe al venir aquí. Deberían haberlo sabido mejor.

Hombres de Talvery.

Hombres, a los que se supone que debo ser leal y aliada con ellos. Ya no sé qué sentir o quién es el verdadero enemigo. Solo quiero que todo se detenga.

El aliento que no sabía que estaba conteniendo finalmente se escapa, deslizándose a través de mis labios entreabiertos mientras me apoyo en la puerta, dejando que el aire frío se deslice por mi cara acalorada. Pero mi garganta está apretada, las palabras y las emociones se entrelazan y tratan de escapar de mí al mismo tiempo.

—¿Cuántos...? —Empiezo a preguntar, pero no puedo terminar mi pregunta con el nudo en la garganta. *¿Cuántos murieron esta noche?*

—Muchos —me responde Daniel y mis ojos se dirigen a los suyos, exigiendo más—. Docenas, Aria.

Agarro la parte superior de la blusa de mi pijama, juntando la tela justo en mi pecho, retorciéndola y deseando poder borrar el dolor, pero permanece, creciendo con cada latido de mi corazón.

No voy a llorar, a pesar de que cada parte de mí no desea nada más que hacer eso. Fallé. Y la misma noción conduce a una respuesta sarcástica en forma de un silbido desde el fondo de mi mente. *Como si alguna vez tuviera el poder de detener esto.*

—¿Quieres irte? —Daniel me pregunta, y la pregunta es una a la que me aferro, anhelando la idea de irme para llevar mi mente a otra parte. En algún lugar lejos de los pensamientos de traición y duelo.

Mis labios se abren, pero no salen palabras. Al principio no. Daniel mira detrás de mí una vez más, al final del pasillo y hacia la puerta principal de la gran propiedad. Está esperando a que venga alguien, y sé en el fondo de mi instinto que esta conversación debe terminar antes de que llegue esa persona.

—No lo sé —le respondo con sinceridad y su mirada vuelve a mí.

—Puedes irte a casa. Me aseguraré de que llegues a salvo o puedes volver con nosotros. —Me da la opción que me ha perseguido durante semanas—. No hay otra forma de que te deje, Aria.

—Carter, él lo sabrá...

—Él cree que estás perdida. Él cree que tu familia te tomó de regreso o algo peor.

—No son los hombres de mi padre. —Sacudo la cabeza vigorosamente, sabiendo que está

hablando del hombre de arriba y queriendo negar cualquier vínculo con él—. Ese hombre venía por nosotros, Addison y yo, pero no lo conozco. No sé quién es ni qué está pasando, pero no es alguien a quien mi padre envió.

Extendiendo la mano hacia él, agarro la chaqueta de Daniel y me deja, devolviéndome el gesto y haciéndome callar una vez más.

—No importa. Ese no es el punto. —Sus palabras son más contundentes y están empapadas de impaciencia que no le había visto antes. Bajando la mano, doy medio paso hacia atrás cuando me dice—: En este momento, Carter cree que alguien te ha secuestrado. Pero yo puedo sacarte de aquí, lejos de todo esto, si es lo que quieres.

Mi mirada cae a su garganta mientras traga. Los ruidos de la noche son ahogados por el tamborileo de mi corazón en mis oídos ante la idea de dejar a Carter.

—¿Me estás ofreciendo una salida? —*Pum*. Mi corazón golpea contra mi caja torácica y no puedo precisar la razón por la que eligió en este momento para recordarme que todavía existe. Por la esperanza, o por el miedo a irme.

Daniel solo asiente una vez antes de decirme—: Lejos de aquí y con tu familia, o donde quieras. Puedes irte, Aria. Yo...

Daniel hace un esfuerzo por completar su pensamiento y se vuelve para cubrirse la cara con la mano antes de mirarme.

—Sé que Carter y tú están en malos términos, y yo... —Él se apaga de nuevo y traga saliva antes de bajar la mano y mirarme a los ojos.

Ve mi dolor, mi agonía; se reflejan en su mirada oscura.

—Te puedes ir o puedes quedarte. Pero tienes que decidirte.

## CAPÍTULO 2

CARTER

*E*l tiempo se mueve demasiado lento. El viaje de regreso a la casa de Sebastian... cada jodida vuelta de las llantas dura una eternidad.

Si no fuera por el conocimiento de que puedo sacar el video de las cámaras de seguridad en la propiedad, evidencia que me llevará a ella, ya no tendría ni una pizca de cordura. El teléfono en mi mano está cada vez más cerca de romperse mientras subo los escalones y la ansiedad crece. Ha estado en peligro de romperse desde el momento en que escuché por primera vez que Aria había desaparecido. En peligro de ser astillado y arrojado tan lejos como pueda, solo para liberar la tensión y el dolor que aún se agita dentro de mí ante la idea de perderla.

—¿Dónde están los monitores? —No escondo la ira en mi tono en el segundo en que la puerta se abre de par en par, Jase a mi lado, sus pasos apenas siguen el ritmo de los míos.

Antes de que pueda siquiera gritarle a quienquiera que esté aquí para traerme las malditas cintas, casi me tropiezo con algo en el suelo. Tropezando hacia adelante, apenas me sostengo. Eli. ¡Mierda!

Mi garganta se cierra mientras las náuseas me atraviesan como un cuchillo. No puedo evitar alcanzar su garganta y presionar mis dedos contra su piel helada. A pesar de que está frío, todavía espero encontrar pulso. Pasa un segundo y duele. Otro segundo sin nada, no puedo soportar el costo de hacer la guerra. Una guerra que elegí pelear. Todo por ella.

Se ha ido.

Sus ojos están cerrados y su sangre se acumula a su alrededor. Jase tiene que pisar un poco de sangre para rodearme y el rojo brillante está manchado por el suelo. Compartimos una mirada mientras algunos de nuestros hombres entran detrás de nosotros.

—Llévalo a casa. —Doy la orden sin revelar ni una pizca de las emociones que estoy sintiendo.

Control.

La muerte de Eli es un recordatorio de que necesito el control ahora más que nunca. Lo extrañaremos y le haremos duelo, pero incluso él me diría que me concentre en la venganza en este momento.

—Ella está afuera —dice Jase y al principio no entiendo de qué está hablando hasta que me doy la vuelta para mirar por encima del hombro. Con el viento quitando sus mechones de sus hombros y mostrando más de su piel, Aria me mira.

Ella está aquí. Ella está a salvo. El alivio lo consume todo durante el más breve de los momentos.

*Yo la tengo.*

Esos hermosos ojos verde avellana de ella se arremolinan con una mezcla de dolor y pesar.

No es el alivio que había estado imaginando desde que me dijeron que ella se había ido.

—Ella está aquí. —Las palabras me dejan sin consentimiento, enterrado entre dientes mientras me levanto lentamente.

—Carter. —La voz de Daniel se escucha a través del pasillo mientras me dirijo hacia ellos. Él da un paso frente a ella, pero todavía veo su rostro, sin atreverme a romper su mirada mientras mi paso se acelera.

—¿Dónde estabas? —Solo soy medio consciente de lo fuerte que sale mi voz y de que resuena en el pasillo. Mi corazón late dolorosamente en mi pecho mientras aparto a Daniel a un lado para llegar a ella, agarrando a Aria por el hombro para empujarla hacia adentro y cerrar la puerta de golpe.

Sus pies no se mueven lo suficientemente rápido, pero no podría importarme menos. *¿Qué carajo estaba pensando ella?* Tener la puerta abierta es dar la bienvenida al peligro.

—¿Qué diablos estabas pensando? —digo, y las palabras salen con fuerza. Odiando que se hubiera puesto en peligro y fuera tan jodidamente estúpida.

—Quítate —ella dice mientras me empuja. Delante de todos, ella me mira con ojos desorbitados y como si yo fuera el enemigo. Como si yo fuera el culpable de cada gramo de confusión que causa estragos dentro de mí.

Un entumecimiento fluye a través de mí mientras la miro, mientras ella mira a todos los demás.

Envuelve sus brazos alrededor de sus hombros y mira a mis hombres detrás de mí. Es entonces cuando veo lo que ha captado su atención. La sangre. Está en todas partes. Empapados hasta las rodillas de sus pantalones donde se agacharon en el suelo y esperaron a que mataran más hombres. Salpicado en sus camisas. Mi mirada se posa en mis propias manos, manchadas con la sangre de su familia.

—No iba a irme... —Aria apenas pronuncia las palabras antes de detenerse y tragar audiblemente.

Ella no corre hacia mí.

Ella no intenta abrazarme.

Mira a Eli y luego palidece.

Cuando miro a mi hermano, a los hombres detrás de mí y luego a Addison bajando lentamente las escaleras, la realidad me golpea.

Ella sigue siendo el enemigo.

Ella no está de mi lado.

No importa cuánto desearía que lo esté. *Esta guerra va a acabar con nosotros.*

La mirada de Aria viaja a lo largo de mi traje, haciendo un inventario de cada gota de sangre salpicada en la tela. Sangre de hombres que acabo de matar.

Ojalá supiera lo que ella está pensando.

Ojalá supiera qué hacer.

Envolviendo sus brazos más fuerte alrededor de sí misma, me mira con el silencio que nos rodea, asfixiándonos.

El único ruido es el crujido de las escaleras cuando Addison se acerca sigilosamente a Daniel.

—No iba a irme —ella repite. Suena como si se arrepintiera de sus palabras.

No sé si creerle o no, pero conozco el sentimiento que se filtra en mis venas. Traición. Y viene de la mujer que amo, en el corazón de la guerra, frente a mis hermanos y al ejército.

Ella me dejó una vez y lo volvería a hacer.

Cuando la vi, imaginé que ella correría hacia mí. Que ella se aferraría a mí de la misma

manera que yo quiero aferrarme a ella.

La fría realidad es dura e indiscutible.

Ella sigue siendo un error, una droga a la que soy adicto y que está arruinando todo lo que he trabajado tan duro durante casi toda mi vida. Nunca lo había visto con más claridad que ahora.

Si no sintiera todo esto por ella, por una mujer que elige a su familia sobre la mía, sería más fácil. ¿Por qué alguna vez ella elegiría a mi familia sobre la de ella? No sé cómo me enamoré de ella. No ha sido más que un error.

Es en este momento que recuerdo quién soy.

Un hombre despiadado con planes de arrancar todo de la vida de Aria, todo por quién es su padre y lo que le hace a ella el destruirlo a él.

Esto no es lo que yo esperaba. Yo quería ser su salvador, su caballero de brillante armadura. Pero todo lo que soy es el maldito villano.

Estoy tan muerto por dentro como siempre. Y es por ella. Toda esta mierda es por ella. No, es porque yo la deseaba tanto que estaba dispuesto a hacer la guerra, al diablo con las consecuencias. Eli murió por mi culpa.

—Quienquiera que haya intentado llevárselas sabía que su padre nos iba a pegar esta noche.

—Hablo lo suficientemente alto para que todos lo escuchen y dejo a Aria de pie donde está.

Una marea lenta de agonía llena mi estómago y se eleva más hasta que pruebo la bilis en mi garganta.

—Quiero ver las cintas de seguridad, ahora. —Dos hombres salen corriendo y se dirigen hacia la escalera que conduce al sótano.

—¿Aseguraron la propiedad? —le pregunto a Daniel y él duda en responderme, sus ojos se entrecierran mientras mira entre Aria y yo.

Su mirada dice mil palabras, la mayoría de ellas suplicando que no sea el hombre en el que me vi obligado a convertirme, pero soy yo quien tenía que soportar esa carga, no él. Tiene a Addison.

No tengo ninguno. No hasta que Aria no tenga a nadie más que a mí. Y aún entonces...

Finalmente, él asiente.

—Es segura para regresar, pero la reparación llevará semanas o más.

—Todos los hombres allá atrás —les digo y luego miro a Jase y a los otros hombres a los ojos —. Arreglen el desastre que causó su padre.

## CAPÍTULO 3

ARIA

—¿Estás bien? —Jase me pregunta mientras estamos en el vestíbulo de la propiedad Cross. Todos guardaron silencio durante el viaje hasta aquí. Los carros escoltaban a los nuestros por delante y por detrás, incluso a los lados cuando el camino era lo suficientemente ancho. El destacamento de seguridad rondaba a mi alrededor, pero parecía más proteger a un prisionero que proteger a un aliado. Cada minuto que pasaba me hacía sentir cada vez más como si no perteneciera aquí.

Me hizo sentir como si hubiera cometido un error al no irme cuando podría haberlo hecho.

—Oye, ¿estás bien? —Jase me pregunta de nuevo mientras los hombres salen del vestíbulo.

—¿Estás seguro de que deberías estar hablando conmigo? —le pregunto a cambio y su carcajada calma una pequeña parte de mi espíritu quebrantado. Sin duda, me he enamorado de Carter, pero no fue hasta hoy que me di cuenta de lo mucho que amo a su familia también. Incluso mientras yo estaba cubierta de la sangre de mi propia familia.

—Él está tenso, pero todo estará bien.

—No sé cómo puedes pensar eso —le respondo y mi voz se quiebra. Sé que los hombres alrededor de nosotros pueden escuchar lo débil que soy y lo odio. Esta no es la mujer que quiero ser. Aclarándome la garganta y concentrándome en lo único en lo que puedo confiarle a Jase, le digo—: Él está enojado conmigo.

—Estaba preocupado, Aria. Todos lo estábamos. Pensamos que esos hombres te habían secuestrado. —Me toma un momento darme cuenta de lo que está diciendo, darme cuenta de lo que Carter debe haber sentido y la culpa y la inseguridad pesan mucho contra mi pecho.

Tan culpable.

¿Qué he hecho para soportar toda esta culpa que se ha filtrado en mis entrañas?

—Además, Carter siempre está enojado. —Jase intenta bromear, para aliviar el dolor de lo que pasó esta noche. Aunque no me ayuda. No hay nada en este mundo que pueda ayudarme ahora.

—Pensé que las cosas eran diferentes —yo susurro. Pero yo no sabía que esto pasaría. En el fondo sabía que venía, aunque quería negarlo. Todo está llegando a un punto crítico y sé que odiaré el resultado de cualquier manera. Nunca hubo nada que pudiera haberme ayudado. Ni una maldita cosa que me hubiera salvado. Soy una mujer nacida para engendrar dolor y miseria. Mi apellido lo exige.

—Todavía estamos en guerra. Se libró una sola batalla y murieron hombres de ambos bandos. Va a causar tensión.

—Tensión —yo me burlo, aunque no tengo la intención de que salga de una manera ofensiva. Es solo que tensión no es una palabra lo suficientemente fuerte para describir la animosidad y la



incertidumbre que se extienden por el espacio entre nosotros. La pura agonía nos sofoca a los dos.

—¿No eres tú quien nos llamó enemigos? —pregunta Jase, recordándome las palabras que le dije a Eli solo unas horas antes de su muerte. El recuerdo envía un torrente de arrepentimiento por mi columna vertebral.

—¿No es eso lo que somos? —le pregunto en voz baja, mirándolo a los ojos y deseando que me diga lo contrario. Incluso si es mentira.

Pasa un latido y no hay nada más que silencio. Me pregunto vagamente si los otros hombres pueden oír o si Carter tal vez esté escuchando. Si siquiera le importa escuchar en este momento. No me dijo una palabra en el carro. Se sentó al frente, no atrás conmigo.

Jase solo asiente solemnemente, pero me aprieta la mano y luego agrega—: Enamorarse del enemigo es una tortura.

Con una sonrisa triste, se suelta. Me veo obligada a verlo dejarme, caminando por el vestíbulo, sus pasos resonando en el pasillo vacío hasta que mi mirada se posa en la fotografía al final. La toma en blanco y negro de una casa que parece como si hubiera permanecido en el fondo de mi mente. La importancia de esto, mis pensamientos anhelan recordar.

Si tuviera una opción, iría allí ahora, sólo para ver por qué la imagen me persigue. Tiene que ver con Carter, lo sé. Y necesito saber todo lo que tenga que ver con Carter.

Nuestras familias y nuestro orgullo pueden estar en guerra, pero no mi corazón. Mi corazón le pertenece. Lo sé con todo mi ser. Es por eso por lo que nunca pude dejarlo, incluso si la opción me fue entregada tan fácilmente.

Pero en este momento, se siente como si me lo hubiera arrancado el corazón y lo hubieran arrojado al suelo frío, dejándolo allí para morir. Cubierto con la sangre de mi familia y arrancándose de la puerta, cerrándola de golpe y gritándose como si fuera una tonta no es en absoluto lo que esperaba.

Cualquiera que sea el punto que quisiera hacer frente a sus hombres, estoy segura de que lo escucharon alto y claro.

Él no me ama.

¿Cuántas veces le he dicho te amo y no me ha dado nada a cambio?

Una sensación de sequedad cubre mi garganta, tan seca que es inútil tratar de tragar.

El sonido de pasos pesados que se acercan a mí desde la puerta al final del largo pasillo hace que mi cuerpo se estremezca con cada paso. Son brutales y dominantes. Pertenecen a Carter, sin duda.

Confirmando mi pensamiento, la bestia inquieta entra en el pasillo, una botella de whisky en la mano izquierda y un vaso con hielo en la derecha. No se molesta en ocultar lo enojado que todavía está. Cabreado conmigo, a juzgar por su mirada áspera. De nuevo me encuentro incapaz de tragar, pero no puedo evitar enfrentarme a él.

—¿Qué hice para merecer esto? —Escupo las palabras cuando él comienza a pasar a mi lado, hacia el pasillo que conduce a su ala y presumiblemente a su dormitorio u oficina—. ¿Qué diablos hice sino simplemente existir en la dolorosa vida que no elegí?

Mi corazón late contra mi pecho mientras deseo correr con miedo o golpearlo con rabia reprimida. No estoy segura de cuál.

A pesar de que mis propias piernas se sienten débiles y entumecidas por todo lo que sucedió esta noche, manteniéndome plantada donde estoy, Carter avanza mientras ignora mi pregunta.

¿Cómo se atreve a ignorarme?

Con la voz entrecortada, le grito hasta que mi cara está caliente.

—¿Qué hice para merecer esto?

Sólo se necesitan tres pasos antes de que la poderosa presencia de Carter se eleve sobre mí, y casi tropiezo hacia atrás. Casi, pero me mantengo firme. Respiro caóticamente y espero que me dé algo. Cualquiera cosa es mejor que ser ignorada, hacerme sentir como si ni siquiera existiera.

—¿Por dónde empiezo, *señorita Talvery*? —Su voz es baja mientras se mueve hacia abajo hasta que su rostro está al nivel de sus ojos con los míos.

Prácticamente se burla de mi nombre y me destroza por dentro.

—Me apuntaste con un arma. Estás con tu ex amante y tu padre, que han intentado matarme, no una, ni dos, sino cada vez que tienen la oportunidad. Incluyendo esa vez, hace una semana, por dicho ex, el que sabías lo que estaba pasando, pero no dijiste nada. —Él gruñe la última palabra. Inhala profundamente, haciendo una pausa mientras el dolor me atraviesa.

Me muerdo mi labio inferior entre mis dientes antes de morderlo con fuerza. El dolor físico es mucho mejor que el dolor emocional que hierva dentro de mí ante su actitud agresiva.

Carter ya sabía todo eso cuando me folló la otra noche. Cuando me abrazó como si me amase. Nada ha cambiado para mí y no me lo merezco. Yo lo amo. Lo he elegido a él una y otra vez. El hecho de que todavía esté aquí después de todo es prueba de ello.

—Y luego trataste de huir —él agrega mientras me paso la mano por la cara. Es puramente instintivo, generado por su arrogancia y la forma en que me siento usada y profanada por él. Mi palma golpea con fuerza contra su mejilla cincelada y mis dedos la siguen.

Su rostro es como una maldita piedra. Mi mano palpita con un dolor punzante y ardiente y mientras hago una mueca, mis ojos permanecen en la expresión inmóvil de Carter. No le afectó en lo más mínimo. Todo el malestar y el dolor que me duele dentro de mí, lo siento todo y él no siente nada.

Nada.

—No lo hice —le digo, sabiendo que no traté de huir. Fue solo un pensamiento pasajero y no seré acusada de nada más que eso. No cuando todo está en nuestra contra y estoy haciendo todo lo posible para mantenerme a su lado. Incluso cuando se opone firmemente a mí.

El tiempo pasa y él simplemente me mira fijamente, juzgándome, pero le dejo ver el dolor. Quiero esconderme en esta torre solitaria en la que me ha puesto, pero me paro frente a él con mis manos en puños a mi lado y le suplico que sienta lo que siento. Y para quitárselo.

—No me merezco esto, Carter —yo digo y mi voz se ahoga. *Por favor, hazme olvidar todo.* Ojalá pudiera hacer él eso por mí. Independientemente de lo que él suponga, no quiero sentirme así ni un segundo más.

—Yo pensé que te habían tomado —él continúa hablando con una mirada de disgusto en su rostro, a pesar de que el dolor está grabado en sus palabras—. Pero sólo estabas escabulléndote para huir. Qué tonto fui.

—Eres un maldito tonto. —Imito su tono burlón, negándome a darle todo de mí cuando elige creer lo contrario.

Sosteniendo mi mano, que ha comenzado a adormecerse, me alejo de él, sabiendo que esta batalla ha terminado y que ambos hemos perdido.

—No estaba huyendo —le digo la verdad y luego agrego—: Y no lo diré de nuevo.

La fuerza de mi voz proviene de una parte de muy dentro de mí. La parte de mí que sabe que podría estar al lado de este hombre. La parte desesperada por hacer exactamente eso.

Su mirada me evalúa, escudriñando mi expresión.

—No estoy mintiendo, Carter. No tengo ninguna razón para mentirte. —Dejo que mi voz se suavice, para mostrarle la vulnerabilidad—. Te amo. Incluso a pesar de todo esto, no puedo dejar

de amarte. Sí, tuve la oportunidad de huir y no la aproveché. Quise quedarme contigo.

Mi corazón parpadea en mi pecho, apenas se aferra a la vida mientras la expresión de Carter no cambia, luego pasa otro segundo y otro.

—¿No me crees? —digo débilmente con incredulidad.

—Me hiciste daño una vez. Justo ahí —dice y luego hace un gesto con la mano detrás de mí, hacia el pasillo que conduce a la habitación donde le apunté con una pistola a la cabeza—. ¿Como puedo creerte?

—Si no pensabas que podrías creerme —le digo para tratar de adormecer el dolor que crece dentro de mí, como una bola de bilis que cae en mi estómago—. ¿Entonces, por qué traerme de regreso aquí?

Todo lo que puedo pensar es que no me ama. Ya no lo hace.

Silencio.

Es insoportablemente silencioso mientras mi estómago se revuelve mientras Carter se aleja, dejándome sin una respuesta. Sin decirme que me ama, aunque soy la tonta que le dijo esas palabras.

\* \* \*

CARTER

Mi teléfono suena, hace ping, vibra constantemente. Constantemente me distrae de la vida misma y me recuerda que tengo el control. Nunca se detiene. Incluso ahora, en el instante en que vuelvo a activar las notificaciones, me inundan las alertas.

Cada segundo que el carro se movía y ella no decía nada, mi Aria no decía nada en absoluto, ni una maldita palabra para mí ni para nadie más, cada segundo de silencio que pasaba solo hacía que el odio por lo que ella había hecho creciera. Puede que no haya estado con su padre o sus hombres. Pero ella se puso del lado de él de todos modos.

Mi teléfono suena de nuevo, vibra en mi mano y traquetea contra el vaso de cristal tallado. Con la adrenalina y la ansiedad aún resonando en mi sangre, mi agarre se aprieta, sintiendo el duro metal del teléfono clavándose en mi carne mientras abro la puerta de mi habitación.

Necesito un minuto. Un maldito minuto para volver a tomar el control.

El incesante zumbido en mi mano se burla mientras cierro la puerta de golpe detrás de mí, sintiendo mis músculos tensarse y el aire delgado mientras lucho por mantener mi respiración constante.

Dejando el vaso y la botella de whisky en la cómoda, miro mi teléfono, incapaz de simplemente apagar la maldita cosa.

Es Sebastian.

La intensidad se atenúa, el calor disminuye. Él siempre tiene una forma de aparecer cuando más lo necesito.

*Escuché lo que sucedió.*

SE LEE SU MENSAJE y mientras miro su mensaje, entra otro. Sé que probablemente dirás lo mismo de siempre, que no necesitas que regrese, pero tengo que preguntar.

*¿Quieres mi ayuda?*

ME QUEDO MIRANDO la última línea, asimilando la palabra “quieres”. Cuando Sebastian se fue, pasó un tiempo antes de que volviéramos a hablar, dado todo lo que cambió al día siguiente. El día que tuve mi desafortunada presentación con el padre de Aria.

*¿Pensé que estabas ocupado con Chloe y con el trabajo?*

ESCRIBO Y LUEGO PRESIONO ENVIAR, todavía mirando la palabra quieres.

Me ha preguntado un par de veces, cuando las cosas se pusieron difíciles a lo largo de los años, si necesitaba que él regresara.

—Necesitar —es la palabra operativa. Y en ese entonces, sabiendo lo que pasó entre él y Romano, nunca le habría permitido volver y arriesgar una maldita cosa. No con una chica a su lado. La chica que ahora es su esposa, sin mencionar que ella está muy embarazada.

El trabajo de guardia ha terminado para él; fue solo un trabajo de verano.

Él nunca dejó de viajar. Se mudaron de un lugar a otro cuando huyeron de nuestra ciudad natal. Él tenía suficiente dinero para mantenerlos a flote hasta que encontraron un hotelito muy hogareño en el que esconderse, ubicado en una enorme granja de ganado. Él ha estado allí por un tiempo y le tomó mucho tiempo, hasta el año pasado, casi diez años después de dejar este lugar para regresar. La granja cerró, la tierra se vendió y Chloe está embarazada. No tiene ninguna razón para volver, no con el dinero que todavía tiene y el dinero extra que hace trabajando como guardaespaldas. Pero sé que anhela volver a casa, especialmente dado que Romano ya no tiene control aquí. Incluso si no quiere admitir que lo único que realmente lo detiene es Chloe.

*Pensé que habías dicho que tú y esta ciudad simplemente no se llevan bien.*

NO PUEDO EVITAR PREGUNTAR, alejándolo más y sabiendo muy bien lo que estoy haciendo.

¿Lo quiero de vuelta? Si. Lo necesito ahora más que nunca. Cada pieza de lo que he construido se está desmoronando y una parte de mí, la parte que está muy viva, desea desesperadamente poder hacer lo que él hizo. Que pudiera tomar a Aria y simplemente huir. Dejar esta mierda atrás y convertirnos solo en Aria y yo. Nadie más, sin problemas, nada más que lo que empacamos en un carro antes de irnos. Si yo pudiera intercambiar lugares con él, lo haría.

Pero tengo que cuidar a mis hermanos y sufrir las consecuencias.

En algún momento, Sebastian era como el hermano mayor que nunca tuve. Y cuando vino aquí a ver la casa de seguridad el año pasado, pensé que se quedaría. Yo debería haberlo sabido. El mundo cambió cuando él se fue, se volvió más oscuro, más frío, y él no quería eso para Chloe.

Yo sabía que estaba descendiendo cada vez más a las profundidades del infierno, una miseria de mi propia creación, cuando los vi alejarse. Él dijo que volvería, pero ha pasado aproximadamente un año. Un año de mensajes intermitentes. Y un año que lo cambió todo.

*No me importa lo que dije antes.  
Quiero volver, Carter, y tú necesitas mi ayuda.*

\* \* \*

ARIA

Me lleva mucho tiempo moverme de donde me dejó Carter. Daniel viene a ver cómo estoy, a decirme que Addison está en el estudio por si quiero compañía. No es tan blando conmigo como lo fue en la casa de seguridad. Aunque lo aprecio de cualquier manera.

Sin embargo, la idea de enfrentar a Addison, sabiendo cómo ella tiene a Daniel y yo no tengo a Carter... no puedo aceptarlo ahora.

Jase vuelve a pasar, aunque no habla. Solo me aprieta los hombros y me ofrece una débil sonrisa que le devuelvo con un movimiento de cabeza.

Incluso Declan viene y me dice que me prepararía algo de comer si quiero, pero sé que lo vomitaría si pudiera siquiera dar un mordisco a algo.

Me toma mucho, mucho tiempo antes de comenzar a caminar hacia el ala de Carter. La idea de permanecer en la habitación escondida ofrece un poco de comodidad. Podría estar sola y derrumbarme donde la única persona que vería es Carter, si se molestara en ver cómo estoy.

Pero no quiero esconderme, incluso si quiero estar sola. El tiempo es precioso y no quiero vivir así.

Estoy a medio camino de la habitación de Carter, mi ritmo cardiaco se acelera. Su puerta está cerrada y tengo miedo de que este con seguro cuando agarre el pomo de vidrio tallado, pero gira fácilmente.

Muy fácilmente.

El hombre salvaje que amo está de pie junto a su tocador, con la botella de whisky aún sellada frente a él. Pero el vidrio roto esparce la luz de la luna por la habitación mientras las cortinas se balancean por el aire que sopla a través de las rejillas de ventilación, dejando entrar destellos de luz.

Parece que debe haber golpeado el vaso con demasiada fuerza, con otro paso en la habitación, mis ojos evaluando su mano mientras cierro la puerta detrás de mí, puedo ver las heridas en su piel.

Por el cristal o por todo lo que ha pasado hoy, no estoy segura. Quizás sea la mezcla de ambos. El recordatorio de que ha matado a hombres hace un rato, hombres que pueden haberme protegido en el pasado, hombres con los que cené, hombres que han luchado por mi padre durante años, calma un escalofrío en mis huesos.

La puerta se cierra y los ojos oscuros de Carter me miran por encima del hombro.

Hay un golpe de miedo en mi pecho, pero desaparece rápidamente cuando Carter vuelve a girar la cabeza hacia la botella, sin siquiera molestarse en mirarme por más de esa fracción de segundo.

Y luego más silencio.

En ese momento, casi me doy la vuelta y me alejo. Casi salgo corriendo de la habitación. Casi... pero no lo hago. Tengo una voz y la voy a usar.

—No me voy a quedar aquí como prisionera. Si no me quieres, me voy. —No sé cómo me las arreglo para decir las palabras con tanta claridad, pero lo sé. Me aferro a ese pequeño logro mientras Carter me responde.

—Tengo derecho a estar enojado. —No hay ninguna amenaza en su voz en absoluto. Simplemente verdad.

—No tienes derecho a tratarme como si no valiera nada —me atrevo a responder en un duro susurro.

—¿Se te pasó por la cabeza que tal vez yo estaba muerto? —pregunta, volviéndose lentamente hacia mí. Sus ojos están cansados y su voz miserable.

—Sí —le respondo rápidamente mientras mi respiración se detiene en mi pecho, recordando toda la preocupación que me trajeron los disparos gritando en la noche.

—¿Y qué te hizo eso?

—Me hizo enojar. Enojarme porque no llamaste.

Trago saliva, recordando cómo sostuve el teléfono.

—Te envié un mensaje y no te molestaste en darme ninguna señal de que estabas bien o de que yo te importaba. —Confieso una cruda verdad, mostrándole más de mí misma—: Y me dolió de todas las formas posibles. Cada parte de mí se entumeció pensando que estabas ahí fuera... que te habías ido como Eli.

Se siente mal incluso hablar de Eli en este momento. Su memoria debe ser honrada y no mencionarlo de esta manera.

—Daniel ya me había dicho que estabas bien. —Espero que la verdad alivie algo en él cuando me doy cuenta de al menos una de las razones por las que estoy enojada—. Yo sabía que estabas bien e incluso si estaba enojada porque me ignorabas, te juro que no podría haber sentido más alivio al descubrir que estabas bien.

Cada vez que me vuelvo suave por él, pierdo esa valentía que me hace su igual.

Lo sé, pero lo hago siempre.

Carter se queda callado por lo que parece una eternidad, como si registrara lo que podría haber estado sintiendo por primera vez. Por favor, rezo para que lo entienda. Con tanto en contra nuestra, necesitamos entendernos uno al otro al menos.

—Pensé que estabas muerta y yo estaba listo para matar a cualquiera que se interpusiera en mi camino para encontrarte, Aria. Y, sin embargo, cuando llegué allí, tú no...

—¿No hice qué? —le pregunto con voz alta, rogándole que me cuente todo. Con un paso vacilante hacia adelante, me detengo cuando responde.

—No reaccionaste al verme.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto, honestamente sin saber lo que quería—. Me agarraste como si fuera un niño que ha hecho una travesura y necesitaba un buen regaño.

Instintivamente, mi mano se mueve a mi antebrazo donde él me arrancó de la puerta y me tiró dentro de la casa.

—Ni siquiera me preguntaste si estaba bien —me escupe, condenándome por no consolarlo cuando acababa de presenciar más muertes de primera mano de las que he visto en mi vida.

—Había muerte en todas partes a mi alrededor, y sabía que mi familia estaba ahí, pero...

—¡Es tu familia lo único que te importa!

Me sorprende el veneno en sus palabras.

—Ya sabías lo mucho que los quiero y que no quería que nada de esto...

—Haría cualquier cosa por ti. Mataría por ti. Siento que moriría sin ti. Sin embargo, cuando llegué a ti, todo lo que querías era que te dejara ir.

—Carter, no lo entiendes.

—No, no lo entiendo.

—Lo siento —le digo, dándole una disculpa que realmente quiero decir—. No quería molestarte; Simplemente no estoy bien en este momento, estaba incluso peor antes.

La expresión de Carter se suaviza un poco, pero puedo decir que se aferra a sus reservas. Sé que no confía en mí. He perdido su confianza por completo y me hace sentir atrapada y desesperada, necesito que él me dé una oportunidad.

—Lo siento. ¿Me crees? —Mi pregunta es suplicante mientras doy los pequeños pasos necesarios para pararme frente a él. Juro que puede escuchar mi corazón latir con fuerza cuando me atrevo a decirle—: Si pudiera regresar el tiempo, lo haría. Me aseguraría de darte lo que necesitas, incluso mientras lidiaba con toda esta... esta agonía que vive dentro de mí.

Tengo cuidado mientras levanto una mano y ahueco su mandíbula. Su poca barba es áspera contra las yemas de mis dedos. La ira desaparece de él mientras froto mi pulgar hacia arriba y hacia abajo por su mejilla.

—Lo siento. No quería que pasara nada de esto, pero no quiero perderte. —Mis palabras se me escapan fácilmente, crudas, transparentes y verdaderas. Digo de todo corazón cada palabra.

Carter da un paso a su izquierda, más cerca de la cama y dice en voz baja—: No hay lugar para lamentarse en esta vida.

Llorar es algo con lo que he terminado. Trago el dolor agudo y lo abrazo en lugar de sucumbir a la debilidad. Un segundo pasa cuando Carter se quita la camisa, la desabotona y luego la arroja al suelo.

Es posible que me haya agarrado antes como si fuera un niño desafiante que camina imprudentemente hacia una calle concurrida, pero en este momento, él es el que actúa como un niño.

—Sólo quieres estar enojado conmigo, ¿no es así? —Hago una pausa en mis pensamientos mientras se quita la camiseta de algodón, también manchada de sangre—. No hay nada que pueda decir o hacer para hacerte cambiar de opinión. Quieres estar enojado conmigo.

Me mira por encima del hombro con una mirada burlona.

—¿Por qué querría eso, pajarillo?

—Porque si no estás enojado, tendrás que lidiar con todo lo demás que se está gestando dentro de ti. Si no eres una bestia, entonces tienes que ser un simple mortal y lidiar con lo que estás sintiendo. —Me escucho las palabras, ni siquiera consciente de ellas hasta que me dejan.

—Siempre la artista, ¿no es así? —Él toma a la ligera la verdad, no está dispuesto a admitir cuán precisas son mis palabras mientras se vuelve hacia mí y se acerca más, sin usar nada más que sus pantalones. Sus músculos endurecidos se ondulan en la tenue luz y sus ojos oscuros parecen brillar con un desafío.

—Haz todo lo que quieras a la ligera. Simplemente quieres estar enojado conmigo.

Él da un gran paso hacia adelante y yo retrocedo uno pequeño, sin dejar que se acerque lo suficiente como para tocarme.

—Y estoy bien con eso, siempre y cuando sepas que es una mierda y que yo soy muy consciente de la mierda que es. —Escupo las últimas palabras, odiándolo por lo que está haciendo. Está usando su rabia como un amortiguador para mantener su apariencia de control y no es justo—. Te amo, Carter Cross, y elijo estar contigo.

Tengo que añadir las últimas declaraciones, aunque sólo sea para ser honesta conmigo misma. Incluso ahora, todavía lo amo. Él es despiadado; un idiota brutal e indiferente. Y soy la tonta que lo ama y quiere que renuncie a una pieza de su armadura, sabiendo que protegeré esa parte de él con todo lo que tengo.

—No me elegiste a mí —él insiste y empiezo a responder, pero continúa—. Elígeme ahora y arrodíllate.

Mi pulso se acelera ante la mirada en sus ojos. La he visto antes, muchas veces, y estoy agradecida por el cambio. Con la esperanza de llegar al hombre que amo a través de este velo de odio.

Lo miro a los ojos mientras lo obedezco. La sangre que corre por mis venas se calienta de



deseo. No hay ni una sola parte de mí que dude sobre qué hacer.

Él se agacha frente a mí, llevándolo al nivel de mis ojos, y mi mirada permanece fija en la suya. Las profundidades de sus iris oscuros se encienden con poder, con una necesidad primordial.

*Toma de mí, Carter. Toma lo que necesites y lo que queda de mí todavía te amará.*

Pasando sus dedos por mi cabello, hace un puño y fuerza mi cabeza a inclinarse. Mi respiración se entrecorta con el agarre repentino y mi cuerpo se inclina ante el suyo. Apenas hay una pizca de dolor; es simplemente él tomando el control mientras choca sus labios con los míos. Mis manos se estiran instintivamente, apoyando ambos lados de su mandíbula mientras me destroza.

El beso lo es todo.

Es calidez.

Es mi hogar.

Es una caricia que despierta cada parte de mí que han estado en silencio esperando a que él regrese. Gimo, deseando no estar en esta posición para poder apoyarme en su agarre, para poder tomar más de él y mostrarle lo desesperada que estoy por que volvamos a lo que éramos.

Pero no hay forma de que podamos volver.

Nunca podremos volver.

Mis labios se sienten hinchados y magullados cuando me suelta, aflojando lentamente su agarre. Mi pecho palpita en busca de aire y me encanta. Cuando lo miro, mi visión nublada por la lujuria, veo sus ojos cerrados y sus propios labios entreabiertos mientras toma una respiración firme, luego abre los ojos para inmovilizarme en su lugar.

La mirada de un cazador, incluso un depredador, calma mi corazón palpitante.

A la pálida luz de la madrugada que se filtra a través de sus cortinas, las suaves sombras delinean su mandíbula y lo hacen parecer aún más dominante.

Él se pone de pie lentamente, dejándome donde estoy y puedo ver su gruesa erección mientras lo hace, presionando contra sus pantalones.

Camina frente a mí, deliberando sobre qué hacer a continuación, y estoy ansiosa por averiguarlo.

—Pagarás por lo que hiciste.

—¿Lo que hice? —La pregunta se formula con confusión. Tengo que parpadear para alejar el deseo mientras el miedo se infiltra.

—Levantar un arma hacia mí, desafiarme. —Sus palabras no contienen ningún enojo. Sólo verdad y certeza.

—Pensé que ya lo había hecho. —Mi voz se ahoga mientras jadeo las palabras.

—Perdiste mi confianza.

Sólo puedo asentir, sin confiar en mí misma para hablar. Pienso en todo lo que él me ha hecho desde la primera noche que lo vi. Cómo me privó, me mintió, me encerró y me castigó con placer y dolor.

—Guardar rencor endurece el corazón —murmuro para mí, pero mis palabras también son para él.

—No tengo corazón, pajarillo. —Su respuesta es rápida, pero también la mía.

—No me gusta cuando me mientes.

Él está en silencio por un momento. Carter está decidido para esta noche. Pero tenemos tiempo. No sé cuánto, pero siempre hay esperanza. Sé que mi alma le habla a la suya. Mi alma está desesperada por quedarse con la suya. Es la única verdad que importa.

*Lo necesito.*

—Si te quedas en mi cama esta noche, tendrás que satisfacerme. —Mientras Carter habla, mi mirada se dirige a su fuerte mandíbula y luego a su garganta. Observo cómo su pecho sube y baja y se para frente a mí, desabrochándose el cinturón. El sonido del cuero silbando en el aire mientras pasa a través de los lazos hace que mi coño se caliente y apriete.

—Me quedaré contigo —le digo con una mezcla de desafío y la codiciosa necesidad de ser tomado por él. No puedo evitar pensar que solo necesita que lo toquen. Ser amado. Tener rienda suelta sobre mí y *sentir* cuánto lo necesito. *Esto* es lo que necesitamos.

Él no habla mientras se desabrocha los pantalones y luego los deja caer al suelo con un ruido sordo.

Su polla se balancea frente a mí, hinchada y cada vena sobresaliendo. Prácticamente ya puedo sentir su grosor pulsando dentro de mí. Él puede necesitar esto, pero sé que yo también lo necesito. Necesito ser amada. Amada por la persona que soy, por este hombre y sólo por este hombre.

—Acuéstate en la cama boca abajo —me ordena y respondo, ansiosa por moverme.

Quiero arreglar esto entre nosotros como pueda.

Y si así elige, mandándome, profanándome, degradándome en su cama, le obedeceré sin objeciones. Porque a mí también me encanta.

Mientras me arrastro por la cama, desnudándome sobre la marcha y tirando la ropa al suelo, escucho a Carter abrir un cajón junto a la cama. No estoy segura de lo que está buscando, pero no me importa. Sólo lo quiero a él. Como sea que pueda tenerlo.

Con una mejilla pegada a la almohada, me quedo inmóvil en la cama, desnuda y esperando que haga lo que le plazca. Sé que él no me hará daño. Así no. Sus palabras son venenosas y su falta de afecto es una tortura, pero aquí, así, no me hará daño. Sé que no lo hará. Lo diga o no, una parte de él me ama más de lo que su totalidad jamás podría odiarme.

La cama se hunde al ritmo de mi corazón ante el pensamiento, y Carter se sube encima de mí, su dura erección se clava en mi muslo mientras se inclina sobre mí. Sus dedos se arrastran por mi costado y hacen que todo mi cuerpo se estremezca. Suavemente tira del cabello hacia atrás sobre mi oreja para besar mi cuello, poniéndome la piel de gallina que hace que mis pezones se endurezcan y un escalofrío recorra mis hombros.

—Crees que me amas, Aria —él susurra en un tono amenazante que convierte mi sangre en hielo—. Déjame mostrarte exactamente qué clase de bestia, puedo ser.

Dejando que mi cabello vuelva a caer en su lugar, se sienta más recto y el aire a mi alrededor de repente se siente más frío sin él allí por más tiempo.

Mi corazón se acelera, pero ignoro la persistente amenaza y le doy la bienvenida a cualquier cosa que él quiera hacerme. Él es mío y yo soy suya.

Un clic suena en el aire al mismo tiempo que un frío repentino golpea mi trasero. Está húmedo y resbaladizo, y me toma un momento darme cuenta de qué es.

Carter rocía lubricante sobre mi culo y luego pasa su dedo hacia mi entrada prohibida. El calor recorre mi cuerpo y lucho por quedarme quieta, sabiendo lo que va a hacer.

Se toma su tiempo, provocándome, estirándome, empujándose hacia adentro y hacia afuera por lo que parece demasiado tiempo. No puedo soportarlo. No puedo soportar esperar más, sabiendo lo que quiere y lo que me va a quitar.

—Carter —le digo y su nombre es una súplica en mis labios. Mi cabeza se mueve de un lado a otro mientras me calla.

Presiona su cabeza dentro de mí y ya es demasiado. Intento alejarme, apretando los dientes.

—Empuja hacia atrás —él me ordena y luego agrega mientras se desliza dentro de mí—. Empuja hacia atrás ahora mismo.

Mis caderas se inclinan ligeramente hacia arriba, aunque es sólo por su agarre y hago lo que él dice, pero es demasiado. Demasiado. Mi cuerpo arde ante las caricias prohibidas.

Estoy tan caliente. Tan llena ya. Cada centímetro de mi piel hormiguea mientras trato de no retorcerme debajo de él. Con una de sus manos en mi cadera y la otra agarrando mi hombro con una fuerza contundente, penetra dentro de mí con un rápido e implacable empujón.

El dolor de ser estirada de esta manera por primera vez me obliga a morder la almohada mientras las lágrimas fluyen y me escocen los ojos. Puedo sentirlo latir dentro de mí, cada vez más duro y grande, y es demasiado. Todo esto es demasiado.

Mi cuerpo está en llamas, alternado con un frío helado mientras él se mueve detrás de mí a un ritmo lento pero implacable.

—Carter —gimo su nombre mientras la abrumadora sensación me ruega que me aleje, pero luego, con la misma necesidad, empujo hacia atrás y tomo más de él de esta manera.

Mi clítoris se frota contra el edredón debajo de mí y gimo. Un único gemido de absoluto placer, mi cuerpo lo eligió por encima del dolor. Carter lo toma como una señal para acelerar el paso, follándome el culo sin piedad y empujando mi cuerpo hacia la cama con cada bombeo fuerte.

—Joder —gimo y él responde con un gemido bajo desde lo más profundo de su pecho.

Mis dedos se clavan en el edredón, mis uñas rascan los hilos mientras mi cabeza se agita y lucho por respirar. El placer y el dolor se mezclan en un cóctel en el que ya estoy borracha.

Él me susurra al oído—: Eres una puta tan sucia para mí. —Al mismo tiempo, él mete sus dedos dentro de mi coño y presiona su pulgar contra mi clítoris.

¡Santo cielo!

Mi boca se abre en un grito silencioso de éxtasis. El placer recorre mi cuerpo y me paraliza mientras empuja detrás de mí, moviendo sus caderas y llenándome hasta el punto en que es casi demasiado con sus dedos y su polla. Nunca me había sentido así. Tan llena, tan excitada, tan consumida por la dicha.

Él me folla más fuerte una vez que mi orgasmo comienza a disminuir. No se detiene, ni siquiera cuando se hunde dentro de mí tan profundamente que siento que me partirá en dos. Intento dar la vuelta por instinto y alejarlo.

Carter se detiene al instante. Apenas manteniéndose dentro de mí, me dice con una mirada fría —: Mantén las manos abajo. —No hay deseo en su voz, ningún sentimiento de misericordia o amor. Nada más que ira por haberme atrevido a alejarlo.

Es un shock para mi sistema. Verlo así mientras no siento nada más que deseo y amor es aleccionador. Una ráfaga de hielo me recorre mientras él cambia de expresión, suavizándola y empujando suavemente mis hombros hacia la cama.

—Es demasiado —susurro y aunque el dolor se ha ido, la intensidad de lo que teníamos se ha desvanecido.

—Acuéstate —me ordena de una manera que deja una profunda fractura en mi corazón. Puedo escuchar cómo se astilla cuando regreso mi mejilla a la almohada.

Él no me vuelve a tocar; no vuelve a follarme. No se me permite correrme.

En cambio, se levanta y se aleja de mí. Intento no llorar mientras el placer de mi orgasmo se reduce a nada mientras él entra al baño y enciende la luz.

Me siento sola en este momento, rota y usada. Totalmente sola. Me recuerda a la última vez que estuvimos juntos, a él atándome y no follándome. En cambio, me dejó después de torturarme

para sacarme la verdad.

*¿Eso es todo esto? ¿Más tortura?*

Me quedo quieta mientras me limpia y regresa al baño. Mi pecho se siente vacío y es difícil de tragar. Quizás no lo perdí esta noche. Quizás lo perdí esa noche cuando le dije que nunca lo perdonaría. Tal vez lo perdí en el momento en que tomé el arma y recién ahora lo he visto.

Todo lo que sé ahora es que siento que lo he perdido.

Negándome a llorar, muerdo el interior de mi mejilla y lo escucho caminar de regreso a la cama después de apagar la luz. La cama cruje cuando él se sienta a mi lado. No se arrastra debajo de las sábanas que puso encima de mí, y no me muevo de donde estoy. Lo espero.

El me ama. Sé que me ama, pero ¿por qué se siente como si no lo hiciera? *¿Por qué siento que me estoy mintiendo?*

—Te amo —le susurro y me arriesgo a mirarlo. Ha salido el sol y no puede esconderse en la oscuridad. Sus ojos están cansados y su rostro parece haber envejecido en un instante.

Ve su garganta moverse mientras se recuesta en la cama y no dice nada. No dice nada.

Más silencio. Y eso es lo último que puedo tomar.

Lamiendo mis labios secos, me doy cuenta de que su intención era simplemente hacerme daño, al menos en ese momento en que me doy la vuelta, el momento en el que es demasiado. Me apresuro a levantarme y alejarme de él, apartando las sábanas.

Su agarre es caliente, me quema mientras envuelve una mano fuerte alrededor de mi cadera y me empuja hacia su pecho duro y cincelado.

—Sabes que me preocupo por ti. —Él dice las palabras con severidad, pero no me mira. Al principio no. El latido de mi pecho sube hasta mi garganta hasta que sus ojos encuentran los míos, arremolinados de dolor.

El caos se deforma y se retuerce dentro de mí. Me duele por él, un hombre que se siente traicionado y no sabe qué hacer porque cada vez que la vida le ha dado alguien que lo reta, simplemente lo ha asesinado, pero aquí estoy.

Pero también estoy sufriendo. Por enamorarme de un hombre tan despiadado y sin corazón como Carter.

—No vuelvas a hacer eso —digo, apenas evitando que mi voz se rompa—. Nunca me trates como si no fuera nada para ti.

—¿Esa es una amenaza? —él pregunta, todavía sin mirarme.

—No. No es una amenaza, es una promesa. Carter, mírame. —Mi voz se agudiza y sus ojos encuentran los míos. —Si vuelves a hacer eso, te dejaré.

Se necesita de todo en mí para decirle eso, porque sé que es verdad. Y me preocupa que suceda. Se siente tan cerca de ser inevitable.

—¿Hacer qué exactamente? —me pregunta, atreviéndose a jugar como si no supiera. Como si no se diera cuenta de cuánto me ha lastimado esta noche.

—Follarme sólo para demostrar lo dispuesta que estoy para que me tengas. Caminar a mi lado como si yo no tuviera sentido en tu vida. —Casi me ahogo con mis últimas palabras, recordando cómo me sentí en el vestíbulo—. Tratarme como si no valiera ni siquiera para una de tus miradas.

—Primero, te deseaba. Te follé porque te deseaba. —Su tono es agudo hasta que agrega—. Pero algo cambió.

—¿Algo? —le pregunto, pero no me responde. Sigue hablando como si yo no hubiera expresado la pregunta en absoluto.

—¿Cómo fue apuntarme con una pistola a la cabeza? —me pregunta, y su voz está llena de

emoción—. ¿Pensaste que me hizo sentir que significaba algo para ti?

No oculta el dolor tras una máscara de fría indiferencia. Puedo escucharlo tragar y por primera vez, me muestra todo en su expresión. Lo lastimé tan profundamente y ni siquiera lo sabía.

—Carter, no. —Empiezo a decir, acercándome poco a poco a él, aunque él permanece perfectamente quieto—. Sólo estaba tratando de sobrevivir

Mis palabras le suplican que lo entienda.

—Si pudiera retractarme.

—No lo harías —él me interrumpe, y sé que tiene razón. Bajo esa circunstancia, no le permitiría asesinar a mis amigos y familiares. Es una mierda lo mucho que ese conocimiento me desanima. No hay forma de que salga viva de esto.

—Sólo estaba sobreviviendo. Tal vez fingir que no significas nada para mí es una forma de sobrevivir.

Me sorprende su confesión y la odio. Odio las vidas que tenemos y cómo el destino nos ha puesto en el camino del otro.

—Por favor, no hagas esto, Carter. —Mi garganta está apretada mientras la desesperación se abre camino—. Sé que estamos destrozados, pero detén esto. No vuelvas a hacer esto. No lo empeores.

—No puedo hacerlo de otra forma —refuta.

—Dime que te preocupas por mí, dime que soy importante para ti —le susurro, acercándome a él e ignorando el dolor que aún persiste. Cuando volví al agarre de Carter, fácilmente dejé que me trajera aquí, no tenía idea de que estábamos tan destrozados. ¿Cómo pude haber sido tan tonta al pensar que amarlo iba a arreglarlo todo? Como si pudiera detener la guerra, reescribir el pasado y hacernos invencibles para lo que nos depara el futuro.

Me dice que se preocupa por mí después de un momento, pero luego me dice una verdad que no me había atrevido a admitir que ya sabía hasta que pronunció las palabras.

—Ojalá no lo hiciera. Todo sería más fácil si no lo hiciera.

## CAPÍTULO 4

CARTER

Cada vez que empujaba dentro de ella, recordaba las confesiones que hizo la otra noche. Cómo me dijo que ella estaría con Nikolai si yo no estuviera en el panorama y cómo nunca me perdonaría. Ella se refería a ellos. Ella todavía lo hace.

Estar dentro de ella es el paraíso, pero anoche fue un infierno. No había forma de que pudiera haberme sentido complacido con ella. No cuando todo lo que puedo pensar es cómo ella me va a odiar cuando esto termine. No hay forma de que pueda quedarme con ella. Es jodidamente imposible.

Un entumecimiento se extiende a través de mi mano mientras formo un puño, dejando que mis heridas se abran y sintiendo el dolor desgarrar mis nudillos. Reclinado hacia atrás en mi silla de oficina, aprieto y aflojo mi mano una y otra vez, sólo para sentir algo más.

Nunca quise olvidar tanto. Para borrar el lío en el que nos he metido. Huir con ella y empezar de nuevo.

Es un dolor que nunca he sentido y una posición en la que nunca consideré que estaría. Porque nunca me había sentido así por nadie más. Nadie más ha significado tanto para mí antes. Ni siquiera mis hermanos.

No sé cómo saldremos juntos de esto. Ahora me doy cuenta de que es lo que más deseo en el mundo.

La larga hebra de perlas que comienza con pequeñas esferas que aumentan de tamaño hasta llegar al centro, me devuelve la mirada desde su caja de terciopelo sobre el escritorio. Las perlas pulidas brillan con iridiscencia, robándose mi atención. Me hipnotizan, al igual que mi Aria. Todo lo que pueda mantener mi atención debería pertenecerle a ella.

Necesito reemplazar su collar anterior por uno que pudiera usar para siempre. Este collar es atemporal e incluso si ella me deja, rezo para que lo conserve para siempre. Rezo para que lo que tuvimos sea interminable, incluso si estar juntos es solo un sueño al que podría atreverme a regresar mientras duermo.

Mientras escucho los pasos de Aria acercándose a mi oficina justo antes de que la puerta se abra, cierro la caja de terciopelo. Los ojos de Aria todavía están hinchados y rojos por la falta de sueño, y sus labios rojos. Se agarra la camiseta de dormir con una mano y toca juguetonamente la puerta a pesar de que está abierta y nuestras miradas ya se han encontrado.

Ella intenta sonreír, pero desaparece tan rápido como llegó. Joder, duele. No quiero nada más que ella sea feliz. Verdaderamente feliz conmigo, con el hombre que yo soy y que siempre seré.

—Yo no estaba segura de si querías que me vistiera —ella apenas habla antes de agregar, —. Ya que no había ropa dispuesta.

Yo observo su garganta mientras traga, y de nuevo se pone el fino algodón de su camisón en

la mano. No lo usa en la cama, solo cuando sale del dormitorio. La tensión en el aire es espesa y hace que mis dedos se adormezcan de nuevo y pinchen de angustia.

—¿Todavía quieres que lo haga? —le pregunto y ella asiente rápidamente y sin dudar. Amo este lado sumiso de ella, este lado confiado. Me encanta que ella quiera este lado mío. Aún más, me encanta poder darle tan fácilmente lo que quiere.

—Me gusta cuando haces cosas así —responde.

Con un solo asentimiento, me levanto y me dirijo al otro lado del escritorio, pasando saliva en seco y recordando que necesito tener el control en todo momento. Por ella, y por el bien de mi familia y de todos los que confían en mí, Aria está donde está, luciendo perdida e insegura.

Lo odio, aunque sé que soy la razón de todo. Fácilmente podría traerla de vuelta a mis brazos y amarla. Pero solo terminaría en que ella me odiara, en que me rompería y destruyera la última parte de mi cordura.

Si termina de esta manera, lentamente y con un abismo creciente entre nosotros, será más fácil de aceptar. Para nosotros dos.

—Para ti —le digo y le ofrezco la caja negra para que la tome, entonces da un paso adelante. Cuando la caja cruje al abrirse, muevo la silla para mirarla y tomo asiento, mientras mi espalda golpea el suave cuero, le explico—: Es tu regalo de cumpleaños.

Fuerza una pequeña sonrisa en sus labios, pero la tristeza permanece allí.

—Es hermoso —ella dice, aunque no me mira. —¿Qué pasó con mi otro collar? —Instintivamente, su mano toca su cuello, el lugar donde solían estar los diamantes y las perlas.

—Está donde la dejaste —le digo y luego miro la caja, todavía empujada contra la pared, pero no alineada con exactitud donde normalmente va. No quiero que vuelva a donde ella estaba. Quiero recordar. *Tengo* que recordar. Se me revuelve el estómago al recordar cómo me sentí, sentado en esta misma silla, mientras ella se encerraba en esa caja. Me enferma todo el odio y la ira que tengo, pero más que eso, la comprensión de que lo que yo quería nunca sería.

—¿Estamos bien? —La gentil pregunta de Aria, mezclada con deseo y miedo, atrae mi atención a su hermoso rostro.

—No sé si alguna vez estaremos bien. —Mi respuesta es instantánea y hablada con calma, como si fuera una certeza—. Pero eso no te hace menos mía.

—No sé qué puedo hacer, Carter. —La voz de Aria es miserable mientras mira las perlas, las yemas de sus dedos apenas rozando cada una—. Quiero hacer que esto funcione.

—Esto nunca va a funcionar, Aria. No estuvo bien lo que hice y lo que voy a hacer, no está bien para ti. —No me gusta la forma en que salen mis palabras. Como si la dejara ir, porque no es así. No seré yo quien rompa las cosas, pero sé que ella me dejará.

Es inevitable.

—No puedes decidir qué es lo correcto para mí. —Su respuesta es aguda, ese desafío que me encanta atravesar la dolorosa verdad que incluso ella no puede negar: nunca fuimos destinados a serlo.

—Todavía estás enojado conmigo, ¿no es así? Por agarrar el arma. —Su voz vacila cuando agrega—: Lo siento, Carter.

Sus palabras son apresuradas y apenas respira mientras da un solo paso hacia mí, cerrando el espacio hasta que extendiendo la mano para tomar su cintura entre mis manos. Podría llevarla a mi regazo, pero no lo hago. La mantengo justo donde está, con el brazo extendido.

—Sé que lo sientes —le digo solemnemente.

—¿Significa esto que no me perdonas? —El dolor no se esconde en lo más mínimo. No en sus palabras, o en la forma en que sus manos se aferran a las mías, no en los tonos ámbar y jade

de sus ojos.

—No se trata de perdón, Aria. Entiendo por qué. Incluso lo respeto. Pero si volviera a suceder, tú lo volverías a hacer. —Le hablo sin reservas. Ella llegará a la misma conclusión que yo. Lo hará, incluso si le duele con el mismo dolor que a mí.

—Tú eres el que me puso aquí. Quién me puso justo en el medio, Carter. Podrías encerrarme en la celda y entonces no sería un estorbo. —Ella me suplica, queriendo que le quite su libertad y la mujer que siempre debió ser solo para poder tenerla.

—Tú eres la que quería salir de tu jaula para volar. ¿No es así? —Sé que no cambia nada. Darle libertad solo para sentirme decepcionado con lo que ella hace con ella, no cambia nada entre nosotros.

—Tú eres el que no me cortó las alas —ella dice y la mezcla de avellana en sus ojos me suplica que me enamore de ella. Ceda y simplemente amarla. Ellos no lo saben, al igual que ella. Ya lo hago. La amo con todo mi ser. Pero esto es todo lo que puedo ofrecerle. Ya le estoy dando todo lo que tengo—. Tú me dejaste encontrarte. Tú me diste esa opción, sé que debes haberlo hecho.

No puedo negar esas palabras.

—Cortarte las alas, mantenerte fuera de todo, ese habría sido el mayor de los crímenes, pajarillo.



## CAPÍTULO 5

ARIA

No he salido del escondite en.... no sé cuánto tiempo.

Las perlas todavía están en mi almohada, donde las dejé. Tanto el collar de perlas que Carter me dio esta mañana como las perlas sueltas y los diamantes que saqué de la caja de su oficina. Me dejó allí de pie, sabiendo que estábamos destrozados sin posibilidad arreglar nuestra relación. E hice todo lo posible para recoger todo. Las evidencias de mi collar roto mientras lágrimas calientes se deslizan por mis mejillas y caen en la caja donde yo estuve hace sólo una semana.

Conozco el dolor de un amor que ha terminado. Es una sensación innegable que se extiende lentamente a través de cada miembro y dedo. Es entumecedor y al mismo tiempo te rompe hasta que sangras.

Mi pecho palpita con cada sollozo hasta que caigo al suelo.

El amor no es suficiente y eso es lo peor del mundo. Se supone que el amor lo conquista todo. Se supone que debe perseverar. En cambio, todo lo que ha hecho es causarnos a ambos un dolor insoportable. Un dolor que haría cualquier cosa por no volver a sentir nunca más.

Me he acostado en la cama improvisada, un montón de almohadas encima de la alfombra, peleando conmigo misma. He pensado detenidamente en todas las situaciones posibles. Desde entrar voluntariamente en la celda y cerrarla detrás de mí hasta que todo termine, hasta decirle a Carter que mataría a mi padre y a Nikolai con mis propias manos.

Y odio a la mujer en cada escenario. La desprecio. Y también sé que nunca podría vivir conmigo misma. Simplemente yo estaría esperando hasta el día de mi muerte. Viviendo cada momento con un resentimiento hacia Carter que no creo que pueda ocultar.

El destino es cruel y este mundo es más frío de lo que jamás imaginé.

Me duele el cuerpo y me lleva un momento ponerme de pie para empezar a moverme. No he bebido ni comido nada... no sé cuánto tiempo. Estoy mareada y siento un golpe en la sien que no cesa.

Me muevo lentamente hacia la cocina, escuchando mis pies descalzos pisar suavemente el suelo e inhalando y exhalando tan profundamente como puedo. Una taza de café es lo que busco, una taza bien caliente que tenga principalmente azúcar y crema. Solo necesito el café por la cafeína. Pero lo que escucho es la voz de Addison y Daniel llenando el pasillo desde la cocina.

Me detengo justo afuera de la puerta, escuchando a Addison decirle a Daniel que nunca lo dejará de nuevo.

—¿Lo prometes? —La voz de Daniel es tranquilizadora y hay una sonrisa que se esconde en su voz; Puedo ver en mi mente la sonrisa exacta que jugaría en sus labios.

—Ya no quiero huir. —La voz de Addison no es más que sincera—. Nada se interpondrá

entre nosotros, Daniel. Si podemos superar esto...

Mi mejilla descansa en el exterior de la puerta mientras los escucho, sintiendo el amor entre ellos que siempre ha estado ahí.

No puedo evitar sentir una punzada de celos y desear que fuera tan fácil para Carter y para mí.

—Entonces cástate conmigo. —La respuesta de Daniel hace que mis ojos se agranden y de repente me siento como una intrusa. Para nada como una amiga o un familiar. Sólo soy un espía que necesita irse y no manchar su momento, incluso si no se dan cuenta.

Su voz es suave mientras le dice que sí entre besos rápidos que puedo escuchar incluso cuando me aparto de la puerta. Al darme la vuelta, no siento nada y todo a la vez. Celos y felicidad. Vacío por saber que nunca tendré lo que comparten, y una sensación de plenitud por aceptarlo.

¿Es esto lo que se siente al derrumbarse por completo?

Con una sola respiración profunda, mis ojos cerrados y mis músculos tensos, doy un paso hacia adelante solo para ser golpeada por el calor de un cuerpo duro mientras camino hacia adelante.

Mi pulso se acelera cuando abro los ojos.

—¿Perdida? —La voz de Carter no está silenciada como lo fueron mis pasos, y puedo escuchar a Addison y Daniel salir de la cocina y entrar en la puerta del pasillo.

Mi cuerpo está rígido, y me toma un momento reunir el valor para mirarlos por encima del hombro.

Yo no pertenezco aquí. Nunca ha sido más evidente para mí. Yo no debería estar aquí.

—Aria —Addison se apresura a llamarme, pero ni siquiera puedo soportar mirarla sabiendo que no podríamos estar más distanciadas en lo que estamos sintiendo en este momento. Ella no necesita que la arrastre hacia abajo, arruine este momento especial para ella, y no hay nada que pueda darme en este momento que yo acepte.

—Estoy bien —yo digo y apenas me giro para mirar por encima del hombro a la única amiga que tengo aquí. Con mi mano levantada, se detiene dónde está—. Por favor.

Esas palabras son una súplica para que me deje en paz y ella escucha.

Dando un paso alrededor de Carter, los dejo lo más rápido que puedo. Sólo miro hacia atrás una vez para ver a Daniel sosteniendo la muñeca de Addison mientras ella me mira con lágrimas en los ojos. Carter se ha ido; ¿a dónde? No lo sé y no me importa.

Nunca me había sentido tan desgarrada en mi vida.

Yo sabía que la vida nunca sería fácil para mí. No con el hombre que es mi padre. Pero nunca imaginé que me enamoraría del enemigo. Tanto es así que estaría aquí con él, de buena gana, mientras mi familia llora las muertes cometidas por su mano o que yo estaría de luto por la pérdida de un amor que nunca debería de haber sucedido.

Entonces, ¿en qué me convierte eso?

¿En *quién* me convierte eso?

## CAPÍTULO 6

CARTER

La guerra no se detiene por nadie.  
La muerte nunca espera.

—Cada ala está asegurada y las reparaciones están en marcha, señor —me dice Aden con un movimiento de cabeza mientras se para fuera de la oficina de Jase en su ala. La mayor parte del daño se hizo en el ala de Declan, pero todo se puede arreglar.

—¿Cuál es la línea de tiempo? —le pregunto a Aden. Es un guardia nuevo, uno de una docena. Cuando hicimos el recuento de los muertos, resultó que perdimos más hombres de los que pensaba originalmente. En este momento mantenemos a todos cerca, pero es solo temporal; es solo hasta que tengamos ojos tanto en los hombres de Romano como en los de Talvery. Jett se está ocupando de eso con un pequeño grupo. Tenemos que esperar hasta que él nos diga algo. Pero yo odio esperar.

—Dos semanas como máximo hasta que todo sea reemplazado —él responde y le doy un asentimiento, efectivamente despidiéndolo antes de entrar en la puerta abierta de Jase y cerrarla detrás de mí.

La oficina de Jase no se parece en nada a la mía. No hay un solo libro. Tampoco hay escritorio. Solo me refiero a ella como una oficina porque él lo hace. Sin embargo, la chimenea casi siempre está encendida y las llamas se reflejan en la mesa de café con espejos frente a ella. La superficie reflejada tiene una pátina gruesa que aumenta con el tiempo. Supongo que Jase lo prefiere así, o lo puliría.

Los estantes que bordean la pared a la derecha contienen las raras armas antiguas que él colecciona. Mayormente espadas y cuchillos. La sensación antigua que tienen y sus toscos orígenes primitivos están en desacuerdo con las líneas limpias del resto del lugar. En general, la estética es moderna y estéril.

—¿Como está ella? —Jase me pregunta. Su mirada permanece en el fuego hasta que tomo asiento junto a él en el elegante sofá de cuero negro. Solo entonces él me mira.

No le respondo, las palabras peleando con mis emociones en el fondo de mi garganta.

—¿Así de mal? —él pregunta, y yo solo asiento con la cabeza.

El fuego crepita frente a nosotros mientras me siento con mi hermano, recordando cómo llegamos aquí hace casi una década. Cuando yo era solo un chico, abandonado a las puertas de la muerte y deseando que llegara rápidamente. Jase es quien dio el primer paso. Mató a cada uno de los hombres que me agarraron en la esquina. Él estaba alimentado solo por la ira, pero cuando me recuperé y supe lo que él había hecho, supe que habría muchas más muertes antes de que se permitiera que la ira lo abandonara.

Uno a uno, matamos, robamos, gobernamos con el miedo que alguna vez tuvimos por los

demás.

Pero el miedo tiene una forma de cambiarte. Y sería un mentiroso si dijera que ahora no me motiva.

Me temo que voy a perder a la única mujer por la que vale la pena luchar. La única mujer que soy capaz de amar.

El cuero grueso gime cuando Jase se inclina hacia atrás, frotando su pulgar sobre su mandíbula y me dice—: Todo estará bien cuando esto termine. Ella estará bien a su tiempo.

—O ella será consumida por la ira —le digo y le doy una mirada de complicidad, pero la expresión de su rostro no vacila.

—Ella te ama —es su única respuesta.

Rompo su mirada para mirar el fuego, preguntándome cuánto tiempo tomará para que una llama tan alta y caliente se quemé hasta convertirse en cenizas y arder sin llama.

—No vine a hablar de ella.

—¿Se trata de ella, no? —pregunta y mi pecho se aprieta. Si pudiera volver a ese momento y decirle que no luchara por venganza, si pudiera regresar y en su lugar tomar a mis hermanos y dejar ese horrible lugar, lo haría. No estoy orgulloso de lo que nos hemos convertido y sé que es gracias a mí.

—Sabes a lo que me refiero —le digo en lugar de mentirle y fingir que no me metí en esta mierda por una necesidad enfermiza de tener a Aria para mí.

—¿De qué viniste a hablar entonces? —Jase pregunta y luego echa la cabeza hacia atrás. Agarra un cuchillo de la mesa y juega con el filo entre los dedos.

—¿Qué quieres hacer desde aquí? —le pregunto. La lucha en mí es moderada y él puede verlo. Estoy seguro de que todos pueden. Nunca me había sentido tan débil en mi vida.

—Yo digo que esperemos —ofrece, mirando fijamente el fuego rugiente. Las llamas bailan en la oscuridad de sus ojos.

—Podríamos golpearlos ahora... Que las calles se llenen de sangre —sugiero, sabiendo que el día llegará pronto. Así es como funciona esto. El ganador da el golpe final.

—Dos razones. La primera es que Sebastian va a volver.

Sebastian. Mi reacción inicial al enterarme de que volverá no es la que esperaba. Siento como si le hubiera fallado. Me avergüenza que vuelva y me vea así. Desde que Aria vino aquí, le envié un mensaje para mantenerlo informado. Ha sido mi confidente desde que lo hice construir la casa franca. Me ha anclado más de una vez. Y él sabe sobre Aria, y lo mal que hemos caído.

—¿Cuándo? —pregunto y tengo que aclararme la garganta después.

—Él estará aquí esta noche, aunque primero irá a su propiedad y a la casa de seguridad para ver los daños.

Un gruñido me abandona antes de preguntar—: ¿Él todavía no ha visto la magnitud del daño, verdad?

No quería creer que doliera tanto como cuando él se fue. Con el tiempo, el dolor se alivió. Pero no puedo negar que el recuerdo de que él se fue y luego no regresó durante tanto tiempo me mata. Él era familia. Todavía lo es.

—Todavía no —responde Jase de manera uniforme y luego agrega—: Chloe no vendrá por un tiempo.

—Eso es comprensible —digo distraídamente. En el fondo de mi mente, siempre supe que se mantuvo alejado por tres razones:

Chloe nunca quiso estar aquí.

Romano lo haría matar si todavía tuviera el poder para hacerlo.

Marcus.

Cuando Marcus se acerca a las personas, tienden a cumplir sus órdenes y luego se mueven muy, muy lejos. Mis hermanos y yo somos los únicos que parecen haber desafiado ese patrón.

Es silencioso mientras la madera se parte en el fuego rugiente y motas de ceniza vuelan en el aire caliente.

—¿Dijiste que había dos razones? —Le recuerdo a Jase, esperando la otra razón por la que no deberíamos destruir lo que queda de Talvery.

—Su padre se retiró —me dice, todavía pasando los dedos por el filo mientras se inclina hacia atrás en la silla. Él está esperando la guerra. Soy la razón por la que mis hermanos fueron arrastrados a esta vida, y me odio a mí mismo por eso.

Odio que se refiera tanto a Talvery como su padre.

—Tiene que irse eventualmente. No puede esconderse para siempre.

—Hasta que lo haga, ¿esperamos? —pregunta Jase y solo puedo asentir. Cada día que dura esta guerra es un día más que tengo a Aria tan cerca, pero inalcanzable.

—No me vienes a menudo a pedir consejo —comenta Jase y no respondo por un momento.

—Estoy cansado —le digo con sinceridad, pero no le cuento todo lo demás. En lo único que puedo pensar es en lo que seré cuando ella me deje. Seré el caparazón de un hombre que espera morir, como Jase espera esta guerra.

Su mirada me quema, pero no me presiona por más. Quizás él ya lo sepa.

—Talvery también llamó.

Mi cabeza se mueve hacia la suya y mis cejas se juntan en shock y enojo por su admisión.

—¿Cuándo? ¿Por qué no...?

—Justo ahora, antes de que entraras. —Intento interrumpirlo, enojado porque no me dijeron, pero Jase continúa—: Solo quería saber una cosa y luego colgó.

—¿Y le dijiste lo que quería saber? —Mis uñas desafiladas se clavan en el suave cuero del reposabrazos.

—Quería saber si Aria todavía estaba viva. Si ella estaba bien. —Habla de manera uniforme, mirando al fuego antes de mirarme cuando le pregunto—: ¿Qué le dijiste?

—La verdad.

Tengo que morderme la lengua cuando casi le pregunto qué verdad le dijo a Talvery. Porque sé que ella no está bien. No hay nada de nosotros que esté bien.

## CAPÍTULO 7

ARIA

Nunca olvidaré la primera pelea que tuve con Nikolai. Mientras me siento en mi escondite, mirando el hermoso papel tapiz frente a mí con un lienzo en blanco a mis pies y una barra de tiza sin usar en mi mano, recuerdo cómo le grité y cómo él me gritó.

Fue una pelea de adolescentes enamorados. Pero también fue el principio del fin y ambos lo sabíamos.

Me había enseñado a disparar ese día, dejándome disparar su arma. Él solo tenía diecisiete años y yo dieciséis. Le rogué que me dejara disparar. Quería saber cómo se sentía y me dijo que no debería, y que nunca necesitaría saberlo de todos modos.

No puedo explicar lo enojada que eso me hizo sentir, pero no importó, porque se movió detrás de mí mientras estábamos parados frente al bosque detrás de mi casa. Su pecho presionaba mi espalda y sus manos sostenían las mías mientras me enseñaba a disparar.

La pistola retrocedió, pero él la mantuvo firme en mis manos. Recuerdo el calor que se extendió a través de mí cuando me preguntó cómo se sentía, susurrándome la pregunta al oído. Nos habíamos estado viendo a altas horas de la noche, casi todas las noches durante un tiempo.

Yo sabía que él se preocupaba por mí, pero no me había dicho esas palabras que yo le había confesado.

Eché un vistazo por encima de mi hombro y sus labios estaban allí, tan cerca de los míos. Los miré por un momento y gracias a Dios lo hice, porque ese fue el momento en que mi padre salió furioso de la casa.

Me aparté de Nikolai antes de que él siquiera viera a mi padre.

Esa noche no peleamos por el arma, o por si debería o no aprender a disparar una. Peleamos porque él quería acabar con lo que teníamos. Dijo que mi padre nunca lo permitiría.

Peleamos porque quería huir con él, pero Nikolai se negó. Decidió que era mejor quedarnos donde estábamos y dejar de vernos, que correr el riesgo de irnos y quedarnos con lo que teníamos.

Él no quería volver a ser visto conmigo y por eso grité. Él era todo lo que yo tenía y él lo sabía. Me dolió profundamente, aunque entendí por qué no quería que mi padre se enterara. En el segundo en que le mostré mi dolor, él me lo quitó.

Nikolai lo apartó con un beso y dijo que lo mejoraría. Que lo estaba haciendo todo por mí y que algún día yo lo vería. Me tomó tiempo acostumbrarme a no tenerlo. Y cada vez que lloraba, cada vez que lo necesitaba, aunque solo fuera por un momento, él venía a mí.

Nunca me dijo que me amaba hasta después de que superé lo que teníamos y sólo lo consideré un amigo. Pero supe que lo hacía antes de que me lo dijera. Porque cuando amas a alguien, no

puedes soportar verlo sufrir.

Sin embargo, Carter no es así. No es un hombre para calmar o ser consolado. Es del tipo que mete el pulgar dentro de una herida de bala en carne viva y empuja con más fuerza. Ese es el tipo de hombre que es Carter.

No hay forma de quitarme el dolor con un beso de Carter. Quiere que yo viva en él, porque él vive en el suyo. Estar a su lado significa deleitarse en la agonía y, más aún, gobernarla.

El golpe en mi puerta me asusta. Es suave y aunque desearía que fuera Carter del otro lado, ya sé que no lo es.

Carter tampoco es del tipo que golpea tan suavemente.

—¿Sí? —Grito desde detrás de la puerta cerrada.

—Soy yo. —La voz de Addison llega a través de la puerta y tengo que tomar un respiro antes de poder responderle.

Mis ojos están cansados y arden por la falta de sueño cuando ella entra.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —le pregunto y solo entonces escucho lo ronca que es mi voz.

Mientras me siento en mi pila de almohadas y miro a mi alrededor, me doy cuenta de lo patético que se ve. Qué patética *me* veo.

—Daniel me lo dijo —ella dice en voz baja, con una sonrisa que parece forzada. Ella mira a su alrededor con torpeza por sólo un breve segundo antes de venir a sentarse conmigo en mi cama improvisada.

Quiero decirle que estoy feliz por ella, por lo que escuché. Quiero abrazarla y confiarle que ya sé la buena noticia, aunque fue por accidente. Quiero hacer muchas cosas, pero Addison vino con un propósito y no me da la oportunidad de hablar primero.

Estoy agradecida por eso porque verla me pone ansiosa e incómoda, dadas las circunstancias.

—Cuando me mudé aquí por primera vez, bueno... —Ella hace una pausa y se aclara la garganta, luego continúa—: Cerca de aquí, cuando me mudé a Crescent Hills, no tenía a nadie.

Pongo mis piernas en mi pecho y apoyo mi espalda contra la pared mientras la veo sentarse con las piernas cruzadas. Hay una pequeña pila de mantas de felpa dobladas a mi lado y ella toma la rosa más pálida, una felpilla suave, y se cubre con la manta.

—Sé cómo es eso —le digo y ella niega con la cabeza.

—Era huérfana —ella me dice con la voz quebrada y estoy desconcertada.

—Yo no tenía ni idea.

—¿No parezco una huérfana? —ella levanta la ceja y bromea, pero la pequeña risa que la acompaña es triste—. No hablo mucho de eso, ¿sabes?

Asiento con la cabeza mientras ella habla, y trato de imaginar cómo fue eso.

—De todos modos, me mudé entre algunas familias diferentes y la de aquí estaba bien; no era mejor que las demás en muchos sentidos. No se preocuparon por mí, solo les pagaron para mantenerme con vida, ¿sabes? —Addison se muerde el labio inferior por un momento y no puedo evitar preguntarme por qué me está contando todo esto. Toma una respiración profunda y me mira fijamente a los ojos—. Me quedé por Tyler.

—¿Tyler? —Una sensación de congelamiento recorre mi piel al escuchar su nombre. Se siente como si conociera al hermano Cross que murió. He soñado con él y las palabras que le dio a Addison en su sueño no me abandonan.

—Todos crecimos en la pobreza, así que él no me juzgó, no como los otros chicos de la escuela. Su padre era alcohólico y sus hermanos... bueno, hicieron lo que tenían que hacer para sobrevivir. Y a veces me asustaba. Pero él me quería y yo lo quería de muchas maneras. También

me di cuenta de que amaba a su hermano, amaba más a Daniel, incluso si no éramos nada en ese entonces. Apenas hablé con Daniel en ese momento. —Las lágrimas nublan su visión y las limpia—. Los chicos Cross, me protegieron, me cuidaron de una manera que nadie lo había hecho. Incluido Carter.

Ella deja que las lágrimas caigan y solloza antes de decirme—: Te lo juro, hay tanto bien ahí.

Se lame el labio inferior, juntando la lágrima que queda allí y es entonces cuando me doy cuenta de que piensa que no estoy bien porque quiero irme. Porque no amo a Carter.

—Sé que lo hay —le digo y ella espera más. Para el pero que no vendrá de mí—. Lo amo y amo a esta familia.

Las emociones se derraman de mí, emociones que desearía poder enterrar en el fondo hasta que ya no pueda sentir las.

—Quiero ser parte de esta familia más de lo que podrías imaginar.

Ella inclina la cabeza y me mira, y de hecho esbozo una sonrisa.

—Bueno, tal vez lo sepas. —Aspiro y miro al techo para no romperme ante la idea de ser parte de esta familia, una familia que me ha protegido y me ha amado. Incluso si son... los hombres que son.

—¿Así que lo amas? —ella pregunta y se acerca a mí, poniendo una mano en mi rodilla—. ¿Lo perdonaste?

Asiento con la cabeza, sabiendo que es verdad. Ambas declaraciones son tan ciertas.

—Él no me ha perdonado. —Le digo la verdad que me hace un agujero en el pecho. Tengo que meter la mano en el bolsillo de la camiseta para poder sacar algunas de las perlas sueltas del collar que solía usar. Las cuentas se juntan suavemente en mi mano cuando le digo—: No confía en mí y no va a mostrar misericordia, ni a mí ni a nadie.

—Yo quería venir aquí y decirte algo. Algo que me asusta, Aria. —La voz de Addison cae y sus ojos se oscurecen con una intensidad que nunca había visto en ella.

—Adelante —le digo en un susurro, sintiendo la temperatura de mi sangre bajar. Frota sus palmas en sus jeans mientras exhala lentamente.

—Fui a la tumba de Tyler. —Las lágrimas se acumulan en sus ojos de la misma manera que lo hacen las nubes cuando amenaza una tormenta, lentamente y con una necesidad inminente—. Había tantas nomeolvides.

Mira más allá de mí, hacia la ventana que está cubierta con hermosas sábanas, pero que está cerrada con llave y nunca se abrirá. Aunque dudo que sepa ese pequeño hecho. Su mirada permanece allí mientras me dice—: Llevé dos paquetes de semillas antes de irme, y los esparcí por toda su tumba. —Su mirada encuentra la mía—. Ahora no es más que un campo azul y blanco.

Al escuchar esa información un escalofrío me recorre la espalda. Una extraña sensación de déjà vu penetra más profundamente en mis huesos.

Ella deja escapar un suspiro tranquilizador y niega con la cabeza suavemente.

—He estado soñando con él desde que regresamos. Es el mismo sueño, Aria.

Recuerdo un sueño que ha ido y venido desde que llegué aquí. Desde la primera semana que estuve encerrada en la celda de este lugar, pero no es lo que ella describe.

—Tyler sigue diciéndome que te lo recuerde. Que te aferres a él. Que no lo sueltes o él morirá.

En lo más profundo de mi ser, sé que Carter necesita a alguien que lo ame y a alguien a quien él pueda amar a cambio. Es un hombre que sufre, una bestia atrapada en un castillo que él mismo construyó. Simplemente no estoy convencida de que yo pueda ser esa mujer.



O que él me dejará acercarme lo suficiente para ser esa mujer.

—Lo sé —le digo con sinceridad—. Pero no todo depende de mí.

—Inténtalo —ella me ruega—. Por favor, trata de aferrarte a él.

Trago mi corazón, que ha viajado hasta mi garganta, y solo asiento con la cabeza. Ella no tiene idea de cuánto desearía poder hacerlo.

## CAPÍTULO 8

CARTER

*A* noche ella se quedó en su habitación, la que se supone a la que no debo entrar. Me senté junto a la puerta y la escuché llorar suavemente. No sé cuánto más puedo soportar.

Mi pulgar golpea el escritorio mientras miro la caja. Ella lo arregló. Ella lo hizo. Yo no. Ella no preguntó y no sabe lo que me hace. Una parte de mí quiere arrancarlo. La otra parte espera que signifique algo. Algo más allá de lo que soy capaz de controlar.

*Toc, toc.* El suave golpe en la puerta perturba mis pensamientos. Es temprano. Ya me he reunido con Aden y Jase. Sabemos dónde está cada enemigo y aliado, y qué están planeando. No hay nada que hacer más que esperar a que Romano deje a Talvery de lado. Él perderá hombres haciéndolo, pero mi lado ha perdido lo suficiente. Y le informé exactamente de eso. Sus opciones son limitadas.

*Toc, toc.* Ella golpea de nuevo y tengo que aclararme la garganta, sintiendo la aspereza en la espalda mientras me endezco en mi silla y la llamo para que entre.

La puerta se abre lentamente, revelándome a Aria con el sueño todavía nublándole los ojos. Su cabello fluye por su espalda desnuda en ondas y lo único que lleva puesto es un camisón de fina seda negra con perlas blancas cayendo sobre sus pechos. Mi polla se endurece instantáneamente mientras ella da un solo paso con cuidado, caminando silenciosamente sobre las puntas de sus pies hasta que se gira y cierra la puerta dándome la espalda.

—Te ves... impresionante —le digo, las palabras caen de mis labios.

Su cabeza gira primero, trayendo consigo el balanceo de sus caderas, el suave balanceo de su cabello alrededor de sus hombros y esos hermosos ojos que juegan con mis emociones. Sus labios se inclinan hacia arriba, dibujando una sonrisa femenina mientras un rubor sube por su pecho y sube hasta su sien. Con la cabeza inclinada hacia abajo, me mira a través de las pestañas, se quita un mechón perdido de la cara y murmura—: Eso parece apropiado ya que tú me dejas sin aliento.

Da pasos pausados pero lentos, así que sé exactamente hacia dónde se dirige mientras rodea el escritorio. No sé por qué apago los monitores, cierro mi computadora portátil y echo la silla hacia atrás, abriendo mis piernas para que ella pueda subirse fácilmente a mi regazo. Mientras se adapta, su pequeña mano se desliza hacia mi ingle y un gemido ahogado se escapa de mi garganta, retumbando en mi pecho. Los ojos de Aria se iluminan con alegría, pero también mucho más. Sus ojos siempre me dan más de lo que merezco.

—Te extraño —ella susurra mientras su trasero presiona contra mi polla y se acuesta pesadamente contra mi pecho. Su cabello me hace cosquillas en el cuello hasta que apoya la mejilla en mi hombro y, perezosamente, me da un pequeño beso en la garganta.

Tengo un pequeño momento, una fracción de segundo en el que me pregunto si esto es real o un sueño. La tensión se ha ido; los pensamientos de lo que vendrá no existen en este momento. Ella simplemente me quiere a mí y yo a ella. Mientras sus uñas recorren suavemente mi garganta, jugando entre la barba incipiente, traga saliva y tengo que preguntarme si el mismo pensamiento la ha golpeado cuando veo que el dolor crece en su expresión en el reflejo del monitor negro frente a mí.

—No pensé que vendrías a mí —le digo en voz baja, y arranco una de las perlas de su collar, haciéndola rodar entre mi pulgar y mi índice. Ella acaricia mi hombro y susurra con una voz sensual—: Pensé que me conocía mejor que eso, Sr. Cross.

La risa áspera que le doy a cambio sacude mi pecho, y junto con eso, a ella. Sus senos presionan contra mi pecho, y siento sus pezones endurecerse por el ligero movimiento.

—Te amo —ella susurra y besa mi cuello de nuevo, más suave esta vez, dejando un toque de humedad atrás. —No hay nada que pueda evitar que te ame. Lo intenté. No puedo parar.

Termina esas palabras en voz baja, levantando la cabeza para mirarme a los ojos.

En lugar de responderle, ahueco su coño en mi regazo, presionando mis dedos contra la fina seda que separa mi mano de su entrada caliente.

Ella está húmeda de inmediato.

Mojada y caliente para mí.

Mientras se estira para agarrar mis hombros instintivamente, maniobro mis dedos alrededor de la tela y los presiono dentro de ella. Su espalda se arquea y sus pechos se acercan a mi cara. Me agacho lo suficiente para pellizcar suavemente el pico endurecido de un pezón a través de la fina tela, dejando una marca en su camisón.

Ella chilla en mi abrazo, sacudiéndose levemente, pero no me suelta, solo se aferra más fuerte, sus uñas presionando más profundamente en mi piel a través de la camisa de vestir.

—Te deseo —respiro contra su delgado cuello mientras empujo mis dedos dentro y fuera de ella, moviendo parte de la humedad hacia arriba y hacia abajo por su coño y luego hacia su trasero, alrededor de su estrecho agujero. Necesito arreglar lo de la otra noche y follarla como ella necesita.

—Te amo —me dice de nuevo en un gemido ahogado mientras bajo la cremallera de mis pantalones y la reposiciono para que me monte a horcajadas.

Una vez más, no le digo esas palabras que quiere escuchar, y en cambio choco mis labios con los suyos, presionándolos tan profundamente como puedo mientras empujo mi polla dentro de ella lo más rápido posible. Con mis dos manos sobre sus hombros, mis antebrazos apoyándola en la espalda, la golpeo contra el suelo, obligándola a gritar en mi beso con un éxtasis que me encanta darle.

Esto se lo puedo dar. Tanto como ella necesite.

Ella está tan jodidamente apretada. Sentirla apretar mi polla con cada embestida es algo que no merezco.

Sus uñas se clavan en mis hombros y gime con cada empuje hacia arriba. Los sonidos suaves son cortos y vienen en jadeos silenciosos, instándome a penetrarla más y más alto.

El aire está caliente pero mi piel está más caliente cuando la siento apretarse a mi alrededor. Estoy cerca, pero no quiero correrme. No quiero quitarle más de lo que ya he hecho.

No puedo respirar mientras la penetro con una necesidad primordial de forzar el placer a atravesarla, pero ella no se suelta. Ella tampoco respira mientras su cabeza cae hacia atrás, sus dientes se clavan en su labio inferior.

Ella me mira como yo la miro. Con cada golpe de mis caderas quiero verla iluminarse con un

placer implacable, pero ella niega con la cabeza suavemente, apenas capaz de hablar mientras susurra—: No sin ti.

Mi agarre en su cadera se aprieta, la amenaza de que ella se contenga enfurece a un lado de mí. Una parte de mi alma enterrada en lo más profundo que no quiere nada más que darle todo.

Con el dorso de mi brazo barriendo el escritorio, le despejo un lugar, dejando que todo lo demás se estrelle contra el suelo para poder moverla para que se acueste sobre el escritorio. La computadora portátil se queda a un lado, pero el teléfono, los papeles y el diario con todos los números, mi celular, toda esa mierda cae al suelo. Su culo está colgando del escritorio y mi polla todavía está enterrada profundamente dentro de ella.

La haré correrse. Ella no me rechazará.

Tomo un segundo, solo un jodido segundo para envolver su pierna más arriba alrededor de mi cadera, así tengo el ángulo perfecto para golpear profundamente dentro de ella hasta que no pueda aguantar más. Entonces ella se hará añicos debajo de mí como yo lo necesito. Pero en ese segundo, sus ojos se agrandan y se acerca a mí, su mano agarra mi camisa y la aprieta mientras se inclina, sus hombros se levantan del escritorio. Mientras traga, veo la súplica en sus ojos y lo tenso que se pone su cuello.

—Por favor —me suplica mientras penetro dentro de ella, forzando su cabeza a ser echada hacia atrás mientras su cuello y espalda ambas amenazan con arquearse.

Incluso con mi ritmo despiadado, me grita que me corra con ella, que caiga de lo más alto y me pierda en pedazos bajo el mundo y la realidad que nos atormenta.

—Carter —ella gime mi nombre y me derrumbo. Acelero el paso y siento un cosquilleo en la base de mi columna vertebral. Mis dedos de los pies se curvan y los dejo.

Por mucho que sé que esto no durará, no puedo negarlo. No lo haré. La amo demasiado y esa será mi perdición.

## CAPÍTULO 9

ARIA

Es una mezcla de él sin decirme que me ama, aunque sé que lo hace, y la forma en que me deja después del sexo.

Me dejó jadeando y tambaleándome en su escritorio, mi camisón rasgado y las perlas envueltas alrededor de mí con tanta fuerza, sentí como si me estuvieran sujetando. Yo soy un desastre, destruida por él. Y él se fue a limpiar, tomándose su tiempo sin mí para recoger sus propios pedazos. Cada segundo se siente crudo. A cada momento, otro trozo de realidad se inmiscuye en el momento.

Me recuerda del momento que pasamos en su baño cuando me di cuenta de que me había olvidado de mi cumpleaños y nunca fui a ver a mi madre. Se siente como que ha pasado tanto tiempo cuando peleamos y follamos en el piso de baldosas. Y cuando se puso de pie, de espaldas a mí y la expresión de arrepentimiento claramente escrita en su rostro... nunca olvidaré la forma en que se sintió. Y eso es exactamente lo que se siente ahora.

*Aférrate a él*, susurra una voz mientras las emociones intentan estrangular mi garganta. *Aférrate a él.*

—Lo estoy intentando —susurro.

—¿Qué? —Carter pregunta y me trago las palabras secas, apoyándome en su escritorio a pesar de que puedo sentir la humedad entre mis piernas. Tengo que enrollar la parte inferior del camisón, la parte que debería cubrir mis piernas, y presionarla contra mí para evitar hacer un desastre. Carter solo viene a ayudarme a bajar entonces. Y solo para ayudarme a bajar. En el momento en que las puntas de mis pies golpean el suelo de madera, él me suelta.

Necesito que alguien me abrace también. Mi voz es débil cuando le respondo—: Nada.

El momento se rompe y lo siento dentro de mí. Los bordes afilados se clavan en mi pecho y dejan que el mundo real encuentre su camino de regreso a mi cabeza.

La mirada de Carter es como fuego, quemando un lado de mi cara mientras me alejo de él, como me hizo hace un momento.

—Tengo que irme a cambiar. —Ofrezco la excusa y luego me odio por ello. Odio poder fingir en lo más mínimo que estoy bien.

Mi cabello me hace cosquillas en la parte superior de la espalda mientras me giro para mirar al hombre que amo, el hombre cuyo amor me matará. Con un escalofrío recorriendo mis hombros y la frialdad de su oficina reemplazando el calor tan necesario que sentí hace un minuto, le digo la verdad.

—Se siente como si te arrepintieras casi cada vez que me tocas ahora.

Tengo que tragar saliva después de soltar las palabras. Es casi todas las veces, ¿no? Cada vez desde la casa de seguridad... nunca se corrió, no hasta ahora.

Es un cambio lento en su expresión, ya que la leve preocupación se transforma en indiferencia. A la máscara que siempre usa.

—¿Te arrepientes de esto? —le pregunto. Antes de que pueda siquiera responder, saco más de la cruda verdad y le digo—: No quiero sentirme así después. No quiero sentir...

Me apago cuando mi mano llega a mi pecho y mis dedos se enredan alrededor de la hebra de perlas, sin saber cuáles son las palabras que describen con precisión lo que siento.

Siento que lo pierdo cada vez más cuando hace esto después. Pero cuando estoy con él, de verdad con él, estoy completa.

—Te quiero de vuelta —susurro las palabras con voz entrecortada y empapada de desesperación.

—Esto no va a durar. —Esas son las únicas palabras que Carter me da, pero su expresión dice más. Su mirada firme oculta las profundidades huecas de su dolor. Mirando más de cerca, la suavidad alrededor de sus ojos muestra cuán cansado está, cuán vulnerable, incluso.

Es solo entonces cuando las lágrimas pican, pero, aun así, las contengo. El dolor no hará nada por nosotros. Solo come en el precioso tiempo que nos queda.

—Detente. —Apenas alcanzo a decirle eso antes de tener que tomar un respiro para estabilizarme. Puedo sentir que me rompo, pero no lo haré. Debe verlo, pero no viene a mí. No intenta consolarme y tengo que alcanzar detrás de mí, agarrando el borde del escritorio para sujetarme.

—Lo dijiste tú misma. —Carter comienza a devolverme mis propias palabras, y tengo que apartar la mirada de él, mirando las enormes ventanas, aunque no veo nada en absoluto—. Dijiste que nunca me perdonarías, y ambos sabemos que es la verdad y lo que merezco.

Con los dedos apretados alrededor de las perlas, hablo con calma y sin rumbo fijo—: Entonces, es un gesto tan razonable, alejarte de mí y no luchar por mí.

En la última palabra, me vuelvo para mirarlo.

—¿Terminarlo entonces, envíame de vuelta?

Aunque es una falsa amenaza, un escalofrío recorre mi cuerpo. Ralentiza todo: mi respiración, mi pulso.

Un tic en la mandíbula de Carter comienza a sufrir espasmos cuando se aleja de mí, apoyando las caderas contra el escritorio y apoyándose en él mientras yo miro hacia las ventanas conmigo.

—En el momento en que escuché tu voz, supe que una vez que te tuve, nunca te dejaría ir. — Su voz es baja y llena de consuelo. Por dentro estoy tambaleándome con la bomba de relojería de la verdad que él no sabe.

—¿Qué momento? —le pregunto.

No puedo mirarlo, sabiendo lo que está a punto de derramarse de mis labios. La revelación que podría cambiarlo todo. Si alguna vez hubo un momento para confesar lo que he estado escondiendo, es ahora, cuando no queda nada que nos mantenga unidos.

—Cuando tu padre me dejó ir. Me dejó vivir y es solo porque lo llamaste.

—No fui yo —suelto, y las palabras están muertas en mis labios, completamente en desacuerdo con la emoción en los suyos. Tengo que aclararme la garganta y repetir mis palabras cuando no dice nada—. Nunca llamé a la puerta. No fui yo.

—Escuché tu voz —Carter comienza a hablar e incluso da medio paso más cerca de mí, pero lo interrumpo y lo miro a los ojos mientras confieso.

—No fui yo. Nunca fui a ese lado de la casa. —Mi cabeza se sacude mientras mi voz se vuelve ronca y tengo que hacer una pausa y tragar. Mi madre murió en el suelo directamente encima de donde trabajaba mi padre. No quería volver a ese lado de la casa nunca más después

de que sucedió—. Nunca le habría dicho a mi padre que lo necesitaba. Nunca hubiera interrumpido su trabajo.

Mi corazón se aprieta con un dolor insoportable ante la mirada en los ojos de Carter.

—Más que eso, mi padre no habría dejado de hacer lo que estaba haciendo por mí —le digo una verdad que hace que la pequeña parte de mí que todavía anhela más amor de mi padre se retuerza de dolor—. No fui yo a quien escuchaste.

—Estás mintiendo —Carter dice, pero no hay ninguna convicción.

—Sabes que no necesito mentirte. —Con una respiración profunda y luego una exhalación desesperada, le digo—: Te amo, pero si sólo me quieres aquí porque querías a la chica que te salvó la vida.

Mis ojos se llenan de lágrimas y me maldigo por ello, pero me niego a dejarlas caer mientras yo trago y continúo—: Si solo quieres a una chica con la que has soñado...

No puedo continuar mientras los ojos de Carter se entrecierran y su agarre en el escritorio detrás de él se aprieta.

—No quería decírtelo porque pensé que, si lo sabías, ya no me querías. —Una sola lágrima cae y la ignoro—. Si sólo me querías por esa noche, porque pensabas que era yo, entonces déjame ir.

Cuando lamo mis labios secos, pruebo la sal de más lágrimas. Lágrimas que me niego a reconocer.

—Nunca se suponía que fuera yo —susurro mientras me limpio debajo de mis ojos ardientes y miro la estantería detrás de él. Su propia mirada es indescifrable e implacable; la máscara se ha vuelto a colocar en su lugar.

—No te creo —él dice y la voz de Carter es baja y amenazante. Con el aire frío posándose sobre mi piel desnuda, me siento más expuesta en este momento que en tanto tiempo—. Conozco tu voz. Fuiste tú.

Mi corazón parpadea cuando Carter se acerca medio paso, su mirada me evalúa como cuando estuve por primera vez en la celda.

—No estoy mintiendo, Carter, no tendría por qué ser yo.

—No sé por qué mientes. —Carter continúa como si yo no hubiera expuesto una verdad que arruina todo lo que él pensaba de mí, cada pieza que odia y ama antes de que me viera.

—Deja de llamarme mentirosa. —Una pequeña llama se enciende dentro de mí mientras se acerca, invadiendo mi espacio y elevándose sobre mí. Mi voz es firme, rozando la dureza.

Puedo sentir mis ojos entrecerrarse en los suyos mientras se acerca tanto que puedo sentir el calor de su piel. Las llamas lamen entre nosotros mientras me sonrío, dejando que su mirada recorra mi cuerpo de arriba a abajo.

—¿Qué pensaste que lograrías diciéndome esto? —me cuestiona. Es un jodido interrogatorio.

La rabia arde en mi sangre. Tengo que respirar hondo rápidamente para no romperme.

—Quería compartir contigo algo que cambiaría las cosas. Algo que influiría en la posición que mantienes sobre cómo siempre hemos sido enemigos y...

Él me interrumpe y refuta en un tono casual—: Pero nuestras familias siempre han sido enemigas.

Su mirada siempre está evaluando. Soy el enemigo en este momento. Soy una mentirosa a sus ojos.

—Eres un tonto por pensar que te mentiría. —Mi respuesta viene con más dolor del que imaginaba.

La sonrisa que adorna sus labios no oculta su dolor.

—¿Lo soy?

—Yo no soy una mentirosa. —Mis manos se aprietan a mis costados y las emociones que se deslizaron antes se estrellan contra mí de repente, como olas en la orilla—. Y esto fue un error.

No sé si me refiero a decirle que él se equivocó, que no hui cuando pude... o que me enamoré de él para empezar. Quizás todo.

—Todo fue un error —me susurro antes de volver a mirar a Carter. En una versión de él que es cautelosa e impenetrable, mientras que todo lo que soy es vulnerable a él—. Lo sé ahora.

Entenderlo me resulta aleccionador.

Me encuentro con su mirada mientras le digo—: No soy quien crees que soy. Soy Aria Talvery y se suponía que esto nunca iba a pasar.

Con una de sus palmas apoyada en el escritorio, baja la mirada hasta que estamos cara a cara y sus labios están cerca de los míos. Tan cerca, y ese lado de mí que no quiere nada más que su cariño me ruega que los tome con los míos y silencie las palabras que se atreva a decir. Pero no lo hago.

—Puedes ser una Talvery, pero estás en el territorio equivocado, pequeño pajarillo. —Retrocediendo un poco, busca algo en mi expresión antes de agregar—: E incluso si me odias, no te dejaré ir.



## CAPÍTULO 10

CARTER

*N*o era ella?

Joder, claro que era ella.

Es todo en lo que puedo pensar mientras la llevo de regreso al dormitorio. Los sonidos de nuestros pasos son pesados, pero no tan pesados como el latido de mi corazón.

Conozco esa noche, conozco su voz. Esa noche, incluso ese momento, cambió mi vida para siempre. Conozco cada detalle. La cadencia de sus palabras. He soñado con ellas y ese momento me ha consumido durante años.

La puerta del dormitorio se cierra con un clic resonante mientras camino hacia el tocador, donde un vaso nuevo y una botella de whisky me esperan.

Hago los movimientos, apenas escuchándola desvestirse y moviéndose entre los cajones mientras trato de calmarme.

Es una tarea imposible. Cada segundo, la ira aumenta.

¿Cómo se atreve a mentirme?

¿Cómo se atreve a mirarme a los ojos y negar algo que me llevó por un camino de violencia y odio a mí mismo?

¿Cómo jodidamente se atreve a hacer eso, y sin embargo dice que me ama?

Nunca he odiado lo capaz que es ella de afectarme más que lo que lo hago en este momento.

Nunca le diré cuánto duele oírle negarlo. Me niego a hacérselo saber. Que me condenen si alguna vez le doy esa verdad y ese poder.

Mientras respiro, el líquido ámbar fluye entre los cubos de hielo. Mi agarre en el vaso está suelto mientras lo hago girar, pero no sirve de nada. No tengo apetito por el licor esta noche.

Quiero castigarla. Es todo en lo que puedo pensar.

He manejado todo mal porque la he subestimado, pero ahora que ha mostrado sus cartas y ha revelado los mínimos a los que está dispuesta a llegar, no volveré a cometer ese error.

Ella tiene razón. Debería haberle cortado las alas.

—No sé por qué no puedes creerme —dice Aria en voz baja, tan suavemente que el susurro de las sábanas casi ahoga sus palabras mientras se mete en la cama. Echando un vistazo por encima de mi hombro, observo cómo se las acerca a la garganta y me mira de la forma en que siempre debería haberlo hecho, como si yo fuera el enemigo.

Muerdo mi lengua para no responder mientras respiro pesadamente por la nariz. No sé por qué ella mentiría al respecto. ¿Qué motivo hay detrás de sus mentiras?

Mis hombros se tensan mientras me inclino para agarrar lo que hay dentro del cajón superior de mi tocador. El sonido de la apertura es ominoso. El metal está frío en mi mano mientras las esposas tintinean. Mientras camino hacia ella, pienso en cómo esposarla, pero la idea de tocarla

ahora mismo es peligrosa. Tan jodidamente peligroso.

Ella lanza un hechizo sobre mí cada vez que mi piel la toca. No puedo arriesgarme.

Las arrojó sobre la cama cuando el pensamiento me golpea.

—Esposa tu mano izquierda al poste de la cama— le ordeno mientras arrastro la silla en la esquina de la habitación hacia la cama, más cerca de ella.

De espaldas a ella, me pregunto si me obedecerá hasta que el revelador chasquido del cierre resuena en el dormitorio.

Solo entonces respiro y me dejo caer en la silla. La tengo y no se va a ninguna parte.

La luz de la luna brilla sobre su piel suave de una manera que me duele el pecho. Ella es tan jodidamente hermosa. Se aparta los mechones castaños de la cara y me mira expectante antes de apoyarse contra la cabecera.

—¿Me vas a mantener aquí hasta que termine la guerra y te odie para siempre? —ella pregunta cuando no digo nada. Su voz es plana, pero no puede ocultar el dolor en sus ojos. Ella no me puede ocultar eso. No cuando he visto la cruda agonía que le trajo la celda, el tormento que le dio la muerte de Stephan, y la pena que el amarme ha manchado esos hermosos ojos color avellana.

—No es una mala idea —comento, sin ocultar el cansancio de mi voz.

El bufido que sale de sus labios no tiene sentido del humor. Intenta ponerse cómoda, pero está esposada demasiado alto en el poste. La esposa está entre el peldaño medio y superior, en lugar de en la parte inferior. Puede llegar a la mesita de noche, donde se encuentran una botella de vino y una copa, junto con su teléfono celular. Al menos puede alcanzarlos, pero no tiene nada más a su disposición.

La agitación se muestra rápidamente en sus labios fruncidos mientras coloca una almohada debajo del brazo. Dejando escapar un suspiro, me inclino hacia adelante, apoyo los codos en las rodillas y la miro. Espero a que ella me mire y le pregunto—: ¿Por qué mientes?

El fuego arde en su mirada mientras pronuncia las palabras—: No fui yo.

Tic, tic. No es el reloj, es el latido constante de mi corazón, al límite y queriendo saber por qué intentaría herirme como ella lo hace.

—Tengo todo el tiempo del mundo —le digo y me inclino hacia atrás.

Mientras trago, me doy cuenta de lo mucho que me mata, la sola idea de que haya sido otra persona.

—Fuiste tú —le digo, endureciendo mi voz, negándome a entretener el pensamiento de que la voz que me salvó pertenecía a otra. Sé que fue Aria. En lo profundo de mis huesos, sé que fue ella.

—Lo siento, Carter. —El susurro de Aria es doloroso. Ella se acerca a mí en la cama y miro como la esposa la mantiene alejada de mí. Joder, soy un maldito desastre y ella puede verlo.

Aunque ella siempre puede verme. Algo en ella simplemente sabe quién soy. Su alma conoce la mía.

—No quería decírtelo —ella susurra y me transporta a esa noche, al dolor, a la desesperación por morir.

—Quería morir y me salvaste —le digo, sabiendo lo cierto que es. Fue su voz la que me llamó cuando sentí la mano fría de la muerte acercándose al suelo. No a la luz blanca y la salvación, sino al sucio suelo de cemento. Y recé para que sucediera. Codiciaba nada menos que la muerte para que viniera por mí y me quitara el dolor. La tortura que soporté había destruido cualquier posibilidad de paz y felicidad que un chico como yo pudiera tener.

—Lo siento —es de nuevo todo lo que ella puede decir mientras la emoción brota de mi

pecho y luego sube por mi garganta.

—No lo sientes —yo hablo con los dientes apretados y me aferro al hecho de que está mintiendo. Conozco la voz que me salvó—. Eres una mentirosa.

Mientras Aria trata de limpiarse las lágrimas que se han deslizado por sus mejillas enrojecidas, levanta la mano izquierda, solo para que la sujete por el puño.

—Y te quedarás ahí hasta que termine de hacer lo que tengo que hacer. —De pie abruptamente, veo sus ojos abrirse—. Puedes quedarte allí. Justo allí donde perteneces.

Mis palabras son huecas, pero la amenaza es real. No la abandonaré tan fácilmente. Si pensaba que mentirme la liberaría de mí, pensó mal.

—Carter —Aria grita y se mueve en la cama, las sábanas caen alrededor de su cuerpo en un charco desordenado, pero su brazo izquierdo está restringido detrás de ella. La frustración se une a la desesperación en sus ojos.

Su mano derecha se mueve hacia la izquierda como si pudiera liberarla mientras yo acecho hacia la puerta.

—¡Carter! —Ella grita mi nombre para que me detenga mientras me paro en la puerta. Miro hacia atrás a mi pajarillo, desnuda de rodillas en mi cama, y encadenada a ella de buena gana. Todavía se ve una marca pálida en su pecho donde la toqué antes, justo debajo de las perlas que se balancean ligeramente por su frente. Ella es una hermosa visión. Hermosa, pero condenada a la tristeza.

—No me dejes aquí —ella exige, como si pudiera, y luego traga saliva visiblemente.

—No estás en posición de dar las órdenes —es todo lo que le digo. Solo alcanzo a dar medio paso fuera de la habitación antes de que el sonido de un cristal al romperse a mi derecha se acompañe de humedad a lo largo del lado derecho de la mejilla, la mandíbula, el cuello y la camisa. El líquido rojo oscuro se filtra en mi camisa de vestir blanca y miro las manchas, mirándolas extenderse sobre la tela antes de volver a mirar a Aria. La botella rota está hecha pedazos a mis pies y hay una pequeña abolladura en el panel de yeso. Está rodeado de vetas de color burdeos que gotean hasta el suelo.

Mi corazón se acelera en mi pecho por la conmoción, pero también por la ira.

—Ahora no puedes esconderte en el fondo. —Mis palabras son escupidas con veneno mientras el control se me escapa.

—¡Vete a la mierda, te odio!

Ella lo grita como si realmente lo dijera en serio. Como si su odio fuera lo único que la mantiene viva, y sé que eso es lo que es. He estado allí. La odié antes de que supiera mi nombre.

—Sé que es cierto, sé que me odias. No cambia que seas mía. —No puedo ocultar la falta de control, la pérdida de la compostura mientras la miro hacia abajo, viendo su pecho subir y bajar con una respiración caótica.

—No dejaré que me hagas esto —ella habla con convicción y la risa seca que brota de mis labios es oscura y genuina mientras agarro el pomo de la puerta para evitar acercarme a ella.

—¡Vete a la mierda! —escupe mientras separa su brazo del poste de la cama. No jalando, sino tirando de su muñeca contra la esposa. El dolor es evidente en su rostro y en el chillido que le desgarrar la garganta. Mi corazón golpea en mi pecho mientras la veo hacerlo de nuevo. Y otra vez. Mi temperatura corporal desciende y por un segundo no lo creo. Ella aparta su cuerpo hasta que un grito horrible sale de sus labios. Las lágrimas corren por su rostro mientras su brazo está flácido, y su muñeca, aún esposada, está roja y en carne viva con cortes del metal.

—Vete a la mierda —grita, sus palabras bajas y llenas de sufrimiento. Ella vuelve a tirar del brazo, aunque esta vez solo puede usar el peso de su cuerpo y la acción se hace sin convicción.

Mierda.

Soy demasiado débil por ella. Su agonía destruye cualquier pensamiento racional que tenga. No puedo llegar a ella lo suficientemente rápido, aunque no estoy pensando lógicamente y no tengo la llave. En un intento por ayudar, la agarro tan suavemente como puedo para empujar su espalda contra la cabecera para aflojar la tensión de la manga, pero el odio de Aria es más fuerte que su razón.

Incluso con un hombro dislocado, me empuja con su mano ilesa.

—Aléjate —ella me grita con lágrimas aun cayendo libremente—. ¡Aléjate!

Solo cuando intenta empujarme de nuevo, su cuerpo se niega a obedecer y se agarra del hombro.

—Aria —empiezo a decir, listo para suplicarle que sea razonable y me deje ayudar.

—Lo digo en serio, ¡te odio! —Su confesión es sobria. Su cara está roja mientras se traga el dolor y me mira fijamente a los ojos—. ¿Querías tenerme así? ¿Encadenarme y hacerme pagar? No puedes retractarte. Eso es lo tuyo, ¿verdad?

Hace una pausa por un momento para respirar y luego retrocede contra la cabecera, agarrándose del hombro y sollozando.

—Bueno, no puedes retractarte. —Su respiración es inestable y ella habla más suave—. Tu hiciste esto. Me hiciste odiarte.

Su rostro se arruga con las últimas confesiones.

—Esto es lo que querías y ahora puedes tenerlo.

El dolor es entumecedor. Me toma un minuto y luego otro para recuperar la llave para quitarle las esposas. Ella no me mira en absoluto mientras pongo su hombro en su lugar.

Y cuando ella solloza, no quiero nada más que abrazarla, pero ella me empuja y se acuesta de costado, de espaldas a mí y con el hombro herido en el aire.

Nunca había sentido tanto dolor en mi vida.

Recuerdo todo de esa noche hace años. E incluso ese dolor no se compara con esto.

\* \* \*

EL WHISKY ES MÁS que tentador esta vez.

Cada vaso es más fácil de tragar que el anterior, y cada uno me trae la imagen de nuestro pasado como Aria lo pinta. Cada momento parece hecho de hermosos trazos en su lienzo. Podría pintar un pasado doloroso y, sin embargo, hacerte desear tocarlo con la forma magistral en que se mueve su pincel cuando crea arte.

Durante mucho tiempo, todo lo que veo son los momentos que hemos tenido juntos.

El siguiente vaso saca a relucir mis celos. Y la idea de enviarle a Nikolai un video de mí follando con Aria y mostrarle cuánto ella lo ama.

Ella saca a relucir un lado posesivo de mí que nunca había conocido. Ella me hace perder el control. Ella arruina todo, pero ella es la razón de todo.

Ella es mía.

Eso es lo único que importa.

Yo nunca lo haría. Nunca dejaría que un hombre como Nikolai la viera correrse. Tuvo una oportunidad con ella y la perdió. Joder, me niego a perderla como lo hizo él. No dejaré que eso suceda.

Al pensarlo, el vaso cae de golpe sobre el escritorio. Por un momento, creo que lo he roto.

No lo he hecho, pero el whisky, zumba en mis venas y, sabiendo eso, empujo el vaso lejos de

mí.

Me arrodillo, sintiéndome mareado mientras recojo toda la mierda que arrojé de mi escritorio antes para poder follarla. Colocando los últimos artículos donde pertenecen, dejo que mi mano descansa donde descansaba su espalda baja hace tan sólo unas horas. El duro café es muy frío y no se parece en nada al calor de ella.

Mi mirada se posa en las fotografías polaroid colocadas al azar sobre una pila de papeles. Fotos que saqué hace días para mostrárselas a Aria. Fotos de la casa que ella dice que son tan familiares. Y una de ellas tiene a mi padre y a mi madre en el porche.

Él la amaba. Cualquiera que los mirara podía verlo. Mi padre la amaba con todo lo que tenía.

Cuando ella tuvo una muerte muy lenta, él murió con ella.

Yo nunca aprendí a amar, sólo a sobrevivir.

Quizás eso es lo que ha estado haciendo Aria. Pensar en el pasado me hace volver a agarrar el vaso. El líquido arde mientras tomo en más grandes tragos y recuerdo cómo se acostó en el sofá en la esquina de mi oficina la primera vez.

Ella estaba tan cansada, pero bien alimentada y follada. Los efectos de lo que yo le había hecho todavía eran evidentes. Su piel carecía de color y las costillas todavía se le clavaban en la carne.

Yo le hice esto. La puse en esta posición para simplemente sobrevivir.

Ese día se acostó en el sofá, durmió de vez en cuando. Cada vez que despertaba sobresaltada y aterrorizada hasta que fui hacia ella. Yo la calmé. Le quité las pesadillas.

Las lágrimas pinchan en la parte posterior de mis ojos mientras lucho por respirar. Sí, la lastimé, pero la hice olvidarlo todo. Todo el dolor, todo el miedo.

Pensé que contaba más de lo que lo hizo.

Mientras ella dormía ese primer día, no pude hacer nada más que mirarla a ella y a cada pequeño movimiento de su cuerpo. Recuerdo cada centímetro de su cuerpo. Nunca me había sentido tan asqueado por quién soy en ese entonces.

Pero traté de olvidarlo todo.

Mis codos chocan con más fuerza de lo que quiero sobre el escritorio mientras descanso mi frente en mis manos y dejo escapar un profundo suspiro, agobiado por todos los pecados que he cometido contra Aria Talvery.

Es demasiado.

Esta noche ha sido demasiado.

Busco en el cajón superior derecho el vial de dulces canciones de cuna, pero no lo encuentro. Los papeles están desparramados cuando termino, pero no me importa. Cuando lo cierro de golpe, el de abajo se abre y lo abro de un jalón para encontrar lo que estoy buscando justo en la parte superior.

Sé que el licor me entumecerá lo suficiente como para dormir, pero nunca duermo mucho y esta noche lo necesito. Con un vial lleno, lo trago todo y cuando pasa un momento y el sueño no llega, agarro otro vial y tomo más de la droga.

Mis piernas se sienten pesadas mientras me muevo hacia el sofá en el que ella dormía y me acuesto en su lugar.

No sé si lo retiraría todo. No sé cómo podría tenerla. Todo lo que quería era a ella, y todavía la quiero. No puedo evitarlo. Todo lo que quiero es que Aria sea mía.

*PRIMERO ESCUCHO SU RESPIRACIÓN TEMBLOROSA. Y cuando levanto mi mirada del piso debajo del*

escritorio a sus mejillas sonrojadas y luego esos hermosos ojos, siento que me quitan un peso de encima.

Como si el dolor ya no existiera. Porque ella está gateando hacia mí. Ella viene hacia mí. Mi pajarillo.

—¿Todavía estás enfadada? —pregunto y mi voz se siente áspera, como si no hubiera dicho ni una palabra durante mucho tiempo. Puedo sentir mi ceño fruncirse por la confusión ante el pensamiento, y es entonces cuando me doy cuenta de que siento frío. Tanto frío.

Nada de eso importa cuando Aria niega con la cabeza. El cabello desordenado alrededor de su cara me permite saber que ha estado durmiendo aquí en esta habitación. Ella estaba esperando a que yo me despertara.

—No estoy enojada. —Su voz es suave cuando me alcanza, pero las lágrimas no se detienen. Mis dedos se extienden en su cabello mientras coloco mi mano detrás de su cabeza y la acerco más a mí. Ni siquiera recuerdo de qué se trataba la pelea cuando la toco. Nada más importa cuando la toco. Ella se aferra a mí, sus manos en mis muslos, mientras levanta sus labios y me besa.

Con sus labios en los míos, todo se siente bien de nuevo y el dolor no existe. No hasta que siento la humedad de sus lágrimas en mi rostro y ella se estremece en mi agarre, alejándose para susurrar—: Por favor, perdóname.

Me toma un momento, la neblina del whisky entorpece mis pensamientos mientras lucho por recordar esta noche. Cómo me mintió, cómo dijo que no era ella.

—¿Por qué mentiste? —le pregunto, pero ella no responde. Ella solo me suplica que la perdone.

Su voz es miserable cuando dice—: Nunca me dijiste que lo hiciste y después de tanto tiempo... por favor, Carter. Por favor perdóname.

Mi cabeza late con un dolor que proviene de beber demasiado y me toma un minuto registrar lo que dijo. Le pregunto—: ¿Qué quieres decir con después de tanto tiempo?

Ella se siente tan bien en mis brazos, y ninguno de los dos está dispuesto a dejarlo ir, pero me siento tan mareado. Tan frío y confuso. La habitación se inclina de repente.

—Joder —digo, la palabra se estira en el aire y la habitación se inclina de nuevo, como si intentara hacerme caer.

—Ha pasado tanto tiempo desde que te vi —me dice Aria mientras toca mi cara con las yemas de los dedos muy suavemente. Ella solloza y agrega—: Desde que pude hablar contigo.

—Te acabo de ver. —Es todo lo que puedo decir, pero Aria no parece escucharme.

—Te amo tanto —ella dice, y su labio inferior se tambalea cuando sus ojos encuentran los míos—. Por favor dime que me perdonas. Lo necesito, Carter.

Ella tira de mi mano, sosteniéndola entre las suyas y acunando mi mano contra su pecho.

—Deja de llorar —le digo, tratando de respirar, pero sintiendo que el aire se vuelve más delgado. Es como si me estuviera asfixiando. Algo está mal.

No quiero apartar mi mano de ella, pero necesito alcanzar mi cuello. No puedo respirar, joder. Es entonces, cuando pienso en mover mi mano, cuando siento lo fría ella está contra mis nudillos. Y lo quieto que está su pecho. Y lo pálida que ella está.

—Aria. —Su nombre es un susurro, pero no sé si lo he dicho. El frío se filtra en mi sangre. Ella no respira.

—Carter, no. No —ella me dice como si supiera lo que estoy pensando—. Se suponía que iba a terminar así. Yo nunca podría estar en medio de una guerra. Siempre iba a ser yo quien muriera.

*¿Que está diciendo ella? ¡No! Yo grito, pero no hay ningún sonido que se escape de mi boca. La habitación está en silencio, salvo su súplica.*

*—Está bien. Cuando suceda... estoy de acuerdo en morir por ti. Sólo necesito que me perdones, por favor. Perdóname y ámame como yo te amo. Siempre te amaré.*

*El pinchazo en la parte de atrás de mi cuello fluye por cada centímetro de mi piel. La habitación se oscurece y todavía no puedo respirar. No puedo pensar. Ella no puede estar muerta. ¡Aria! Grito de nuevo, pero está en silencio.*

*—No tenemos mucho tiempo. Por favor, Carter. Perdóname. —Sus ojos buscan los míos mientras grito y es entonces cuando ve que mi boca se mueve, pero no hay sonido.*

*Ella me grita algo mientras la distancia entre nosotros se alarga, pero su voz se ha ido.*

*¡Aria! Grito su nombre, la alcanzo y me aferro a sus manos frías con cada gramo de fuerza que tengo. ¡No me dejes! ¡Te perdono! Rezo para que me escuche, pero todo lo que hace es llorar mientras la oscuridad invade todos los sentidos que me quedan.*

EL GRITO ahogado que llena mi pecho envía un dolor a mi espalda y me caigo del sofá al duro piso de la oficina. Estoy sudando y mi corazón late salvajemente en mi pecho.

Mi codo raspa contra el suelo mientras lucho por levantarme lo suficientemente rápido.

—¡Aria! —grito, aunque no hay forma de que ella me escuche—. ¡Aria!

Es todo lo que puedo decir mientras corro hacia ella, a mi habitación y abro la puerta para encontrar su pequeña figura en la cama. No es suficiente. No puedo tragar, no puedo respirar, no puedo hacer nada hasta que tiro de las sábanas hacia atrás y vea su pecho subir y bajar. Ella gime una pequeña protesta en sueños por el frío, pero, aun así, pongo mi mano contra su pecho, justo donde estaba hace unos momentos, pero hay calidez y el latido constante de su corazón.

Hay un nudo sofocante en mi garganta al verla. Todavía está viva y todavía aquí conmigo. Caigo de rodillas a su lado antes de volver a cubrirla con las sábanas.

Ella no se mueve de su sueño, y una mirada a la mesita de noche revela una botella de analgésicos que debe haber encontrado en el baño. Tiene sentido, dado su brazo. Se desmayó después de tomar las últimas dos pastillas que yo tenía. Pero ella está aquí y está viva.

Solo fue un sueño. Pero se sentía tan real. Lucho por respirar en el suelo a su lado y, lo que es peor, lucho por sacarme de la cabeza esa espantosa imagen.

No dormiré hasta que esto termine.

Nunca me he odiado más a mí mismo. No me importa si ella mintió. No me importa si esas palabras no vinieron de ella. Nunca he amado a nada ni a nadie en esta vida como a ella, la Aria que conozco, la mujer que sé que me ama. Tomé a la chica y la rompí, luego volví a juntar las piezas astilladas lo mejor que pude.

No la dejaré morir.

Aria Talvery, mi pajarillo, no puede morir.

## CAPÍTULO 11

ARIA

Cuando me despierto, todo me duele, me siento muy mal. Literalmente me duele el estómago mientras ruedo hacia el lado equivocado, mi lado izquierdo, y un dolor aullante se dispara por mi espalda y luego viaja por delante de mí.

Hirviendo a través de mis dientes apretados, mis ojos se abren de par en par mientras me despierto a última hora de la mañana y lucho por no vomitar.

Ojalá pudiera decir que estaba borracha cuando perdí los estribos anoche. Eso es exactamente lo que hice. He perdido toda la compostura cuando se trata de este hombre.

Me toma mucho tiempo, más de lo que debería, darme cuenta de que estoy sola en el dormitorio. Yo esperaba verlo a él en la silla mirándome, o en la cama. No estoy segura de por qué lo esperaba. No debería haberlo hecho. Él nunca está aquí por la mañana. Pero nunca habíamos sido así antes. Tan rotos y cada uno de nosotros lastimándonos el uno al otro.

No estamos tirando piedras; estamos volcando rocas sobre un acantilado empinado mientras el otro yace indefenso en la tierra de abajo.

Yo lo elegí. Yo quería estar con él, y él está eligiendo hacerme sentir tan jodidamente sola. La fina sábana superior se junta en mis manos mientras se forman los puños y lucho por contener el dolor de todo.

Despertar sola duele más que nunca. Ya no quiero estar sola. No quiero sufrir. Tampoco quiero ser la causante del dolor de Carter. Y creo que eso es todo lo que seré. Después de anoche, no sé cómo podría ser otra cosa que un doloroso recordatorio para él.

Acunando mi hombro dolorido, me siento en la cama y dejo que mis piernas cuelguen a un lado mientras pruebo mi brazo. Duele muchísimo, pero es mi culpa. Pero las profundas hendiduras de mi muñeca son peores.

El suelo está frío bajo mis pies descalzos mientras me dirijo al baño en busca de más analgésicos y algo que pueda usar para limpiar mis heridas. Tampoco encuentro, pero me preparo pensando en el baño que se encuentra junto al vestíbulo. Apuesto a que hay algunos ahí.

Me lavo los dientes y me miro en el espejo. Mientras me cepillo el cabello, mi reflejo hace lo mismo, mirando a la mujer que soy. No hay ni una pizca de felicidad. No hay nada más que oscuridad.

Leí en un artículo hace un tiempo que las mascotas comienzan a parecerse a sus dueños porque aprenden a imitar sus expresiones faciales. Lo mismo ocurre con los niños adoptados que se parecen a padres que no son biológicos. Cuanto más tiempo pases con alguien, más heredan sus características.

Y mientras me miro a mí misma, todo lo que veo es la oscuridad que es Carter. El dolor que se avecinaba en el interior. Me habita de una manera que no había visto antes.



La habitación está en silencio mientras cierro el agua y dejo con cuidado mi cepillo sobre la encimera de granito.

Nada de esto me pertenece. Nada de esto es mío.

Cada pieza era un regalo, artículos de confort destinados a apaciguarme. Con un paso atrás, es difícil de tragar. Con una mirada en el espejo, es difícil soportar la vista.

Nunca me ha quedado tan claro que tengo que irme, como en este momento. Carter Cross es una droga que nunca podre dejar. Una droga que se filtró por mis venas y envolvió cada pequeña parte de mí.

Soy adicta a lo que me hace y seguiré haciéndome daño. Él sabe cuánto me lastima, al igual que yo, y sin embargo, aquí estoy.

Cuando le doy la espalda, siento que hay alguien más, alguien detrás de mí. Quizás la chica del espejo. Ella me está mirando y envía pinchazos por mi cuello mientras salgo lentamente del baño, demasiado frío y perturbado para atreverme a cerrar la puerta.

Incluso mientras me visto, lentamente y con una quemadura ardiente cada vez que tengo que mover mi hombro izquierdo, miro el baño como si en algún lugar profundo, una parte de mí estuviera esperando a que una persona se fuera.

No puedo deshacerme de este sentimiento. No hasta que salgo del dormitorio. Al menos por un momento.

Se siente demasiado vacío mientras camino sola hacia el baño del vestíbulo. Estoy vacía por dentro con la miserable verdad tan clara en mi cabeza.

Dejar a alguien que te hiere no debería sentirse así. Como si estuvieras perdiendo una parte de tu alma. Como si adentro hubiera una fisura que se está expandiendo y, mientras lo hace, está dañando lo que sea que da vida a una persona. Lo que sea que me haga sentir está marcado con cicatrices con cada paso que doy.

Porque cuanto más me acerco a la puerta principal, más quiero irme y nunca mirar atrás.

Nunca, ni siquiera por un segundo, podría mirar hacia atrás. Ya puedo imaginar su rostro y la forma en que me miraría si lo dejara.

Puedo *sentir* su dolor.

Al doblar la esquina, tengo cuidado de contener mis emociones para no volver a derrumbarme.

Con una rápida toma de aire, me endezco en el momento en que miro hacia adelante, directamente a la puerta abierta del baño.

Incluso mi corazón se detiene, no queriendo que me escuchen ni me vean.

Addison no me ve mientras se recoge el cabello en una cola de caballo. Ella está perdida en sus pensamientos, sé que lo está. Prácticamente puedo ver las ruedas girando mientras camina por el pasillo de la derecha, pasando por el baño.

Es solo cuando ella está fuera de la vista que me atrevo a respirar.

Aunque todavía no me muevo. Mis extremidades no lo permiten.

¿Cómo dejé que mi vida llegara a esto? Donde tengo miedo de ver a la única amiga con la que puedo interactuar porque... porque ¿por qué? Porque estoy avergonzada, asustada y miserable por lo que soy y las decisiones que he tomado, y no puedo decirle nada de eso... porque ella está del lado del enemigo.

Esa fisura en lo profundo de mí, la que destruye todo a su paso, me abre de par en par mientras camino tan silenciosamente como puedo hacia el pequeño medio baño y cierro la puerta.

El clic suena como la cosa más fuerte que he escuchado mientras me siento en el inodoro y

me cubro la cara con las manos.

Siento calor e inmediatamente tengo ganas de vomitar de nuevo cuando me estiro y mi hombro envía un rayo de dolor por mi espalda. ¡Mierda!

Muerdo el interior de mi mejilla con tanta fuerza que puedo saborear el sabor metálico de la sangre. Sin embargo, vale la pena no gritar. Aun así, tengo tantas ganas de gritar. Quiero sacarme todo esto.

Soy más fuerte que esto, pero siento que hay algo dentro de mí que se está desmoronando de una manera en la que sé que nunca volverá a estar completo.

Hay una frase en una de mis historias favoritas de *Alicia en el país de las maravillas*, que tiene el efecto de, no tiene sentido volver a ayer, eres una persona diferente de lo que eras entonces.

Ahora odio esa cita, me encantaba. Podría haber vivido con ese sentimiento, sintiéndome decidida y realizada. ¿Ahora mismo? La sola idea de esa frase me obliga a saltar del asiento del inodoro para poder arrojar lo poco que tengo dentro de mí en la taza.

Es jodidamente repugnante. El sabor, el olor, la sensación de ardor. Y cuando termino, mientras me lavo la boca con el agua corriente, no me siento nada mejor.

Las respiraciones profundas me ayudan a limpiarlo todo. Es cuando estoy buscando debajo del fregadero una nueva toalla de mano para reemplazar la que usé para limpiarme la boca que veo la caja de las pruebas de embarazo.

*Addison.*

—Ay, Dios mío. —Las palabras me dejan en un susurro y por primera vez esta mañana sonrío. Es solo un indicio de una, pero ahora tengo una luz que está creciendo, aunque tenue. Ella está embarazada. Caigo de culo y me apoyo contra la pared mientras sostengo la caja de las pruebas de embarazo y me pregunto qué está sintiendo y pensando. Ella va a tener un bebé. Y qué madre tan maravillosa será. Sé que lo hará.

Sin embargo, la luz dentro de mí se desvanece rápidamente cuando me doy cuenta de que no me lo dijo. Pero tal vez no haya nada que contar. La capa gruesa de la prueba que saco se arruga en mi mano y pienso en mi último período... antes de que todo esto comenzara.

Los días se han desvanecido y con la inyección que me dio Carter, nunca consideré ninguna otra razón para no tener mi período.

Estoy constantemente cansada, irritada y emocionada, y ahora estoy enferma. Enferma del estómago. Pero enferma y cansada también describiría a cualquiera en mi situación. Aun así, una ola de ansiedad me recorre hasta que me muevo para hacer el examen.

*Tic.*

*Tic.*

El tiempo pasa y mis pensamientos se vuelven locos.

*Tic.*

*Tic.*

El tiempo pasa mientras la confusión y la enfermedad disminuyen, dejando que el polvo se asiente y se forme una imagen clara.

*Tic.*

*Tic.*

No sé cuánto tiempo me quedo sentada sosteniendo la caja.

O cuánto tiempo me pregunto si es inútil. Si todo esto es inútil.

No necesito una amiga. Tampoco necesito que alguien me ame.

Necesito largarme de aquí.

## CAPÍTULO 12

CARTER

No puedo sacarme de la cabeza el sonido de su suplica de que la perdone. Las palabras están grabadas dentro de mí, rebotando en las paredes de cada habitación en la que entro.

Exactamente cómo me siguieron sus palabras hace años, pero estas súplicas son inquietantes de una manera que nunca he sentido.

Demasiado real.

Aunque estoy en la silla de mi escritorio, esperando a mis hermanos, no puedo dejar de mirar dónde ella estaba anoche. Todavía estoy mirando el lugar cuando se abre la puerta y es entonces cuando miro el monitor, esperando ver a Aria durmiendo, pero ella ya está levantada y vistiéndose.

No sé quién ha entrado, pero empiezo a hablar de todos modos.

—Tenemos que llamar al médico. —Dejo que el aire de mis pulmones me abandone antes de ver a Jase y Declan entrar y tomar asiento. Jase se sienta cómodamente en la silla frente al escritorio de la derecha. Declan deja el de la izquierda, presumiblemente para Sebastian o Daniel.

Sebastian llegó tarde anoche a su casa, donde durmió, yendo en contra de lo que le recomendé, y está de camino aquí ahora. Lo necesito aquí. Necesito que mi amigo me ayude a descubrir qué me pasa.

Declan se inclina contra la estantería, desliza su teléfono en su bolsillo y deja caer su cabeza hacia atrás contra el listón de madera para preguntar—: ¿El médico?

Su frente está pellizcada y me tomo un momento para mirarlo realmente. Ha envejecido mucho en los últimos años.

Puedo escuchar los pasos pesados de Daniel sonando por el pasillo mientras asiento con la cabeza a Declan, sintiendo mi garganta apretarse a pesar de que intento relajarme y reclinar me en mi silla.

—Aria se lastimó el hombro anoche.

El dolor en mi pecho se expande como una bomba.

—Anoche fue complicada. —No puedo mirar a mis hermanos a los ojos y Daniel entra en ese momento. La puerta se cierra silenciosamente mientras miro hacia el sofá en el que dormí anoche y luego a Daniel, quien pregunta por la hora.

—Tenemos seis minutos —le responde Jase y rápidamente vuelve a mí y a mis pensamientos perdidos—. ¿Qué hizo ella?

La vergüenza es amarga. Sabe tan jodidamente amarga.

—¿Está bien? —Declan pregunta, y Daniel se apresura a preguntar qué pasa mientras toma el asiento de la izquierda frente a mi escritorio.

—Aria se lastimó el hombro anoche, eso es todo. Ella está bien —le digo. Es mentira y con lo silenciosa que está la habitación, mis hermanos también lo saben. Sin embargo, no puedo decirles lo que pasó. Apenas puedo soportar mirarme, sabiendo lo que pasó anoche.

—Cinco minutos. —Jase rompe el silencio, levantando su brazo para mirar su reloj. La luz se refleja en el metal brillante y le doy la bienvenida a la distracción. Ojalá no lo hubiera mencionado en absoluto, pero no estoy acostumbrado a ocultarles nada a mis hermanos.

—Cuando terminemos, me ocuparé de eso, pero esta llamada, con suerte, nos dará algo.

—Para que lo sepas, le dimos la última caja de armas a Romano y sacamos a todos.

—¿Entonces tienen todo lo que querían? —Daniel aclara con Jase ante la noticia, y Jase asiente.

Ya nos hemos involucrado lo suficiente y Talvery ya no tiene hombres para amenazarnos.

—Bien —comenta Declan—. Deja que los dos se maten entre sí.

Mi agarre se aprieta sobre el suave cuero del apoyabrazos mientras miro a Jase y le digo—: Todo lo que quiero es mantenerlos a todos lejos de aquí.

Él asiente fácilmente al principio, completamente de acuerdo, pero cuando me mira, su expresión se vuelve más seria.

—Nadie se acerca —le advierto, y mi voz se endurece, pensando en mantener a Aria a salvo. No la dejaré morir.

—Por supuesto —me dice Jase, su mirada buscando en mi rostro lo que ha cambiado desde la última vez que hablé con él ayer sobre tirar a todos. Sé que todavía estoy conmocionado y fuera de todo el mundo, sé que Jase puede decir que algo está mal.

Me salvo de su inquisición cuando se abre la puerta y entra Sebastian. Su cabello es más largo, su barba ahora una corta y prolijamente recortada. Algo en su mirada dice que ha madurado, pero el hombre que una vez conocí como un hermano, entra a la oficina y puedo sentir que la tensión comienza a abandonar mi cuerpo casi de inmediato.

—Lo siento, por llegar tarde.

—Bienvenido a casa —le digo, mirándolo a los ojos, pero mis propias palabras quedan ahogadas por las de mis hermanos. Cuando éramos más jóvenes, Sebastian era todo lo que teníamos para guiarnos.

Mi cuerpo está rígido mientras me dirijo a saludarlo. Verlo es agrí dulce. Ha pasado el tiempo y los dos hemos cambiado. Pero en este mundo cruel en el que vivimos donde tienes que luchar para sobrevivir, no hay nada como un amigo que ha estado ahí cada vez que lo necesitas.

En el caso de Sebastian, cada vez menos una, pero no hay tiempo para pensar en el pasado. Nuevamente mi mirada se desplaza hacia el sofá vacío mientras me dirijo hacia mi asiento.

Todavía tengo tanto frío, y por un momento siento que no puedo respirar de nuevo.

—Es bueno verlos de nuevo —dice Sebastian y luego nos observa uno por uno.

—Ojalá las cosas fueran diferentes —le digo y no hay palabras que puedan decir más verdad.

—Es sólo un pequeño derramamiento de sangre —ofrece Sebastian, sonriendo y apoyándose contra la pared.

—¿Estás bien? —me pregunta, y no oculta la preocupación en su pregunta. Él nunca lo ha hecho, y con esas palabras me remontan a cuando yo era solo un niño y todas las veces que él me preguntaba exactamente lo mismo.

—Estoy listo para que esto termine —le respondo y compartimos una mirada de complicidad.

—Supongo que es bueno que haya venido entonces —su respuesta es firme, pero sale de una manera que me hace sentir un poco aliviado.

Le doy una sonrisa tan genuina como puedo mientras camina sobre el lugar en el que estaba

Aria anoche y luego regresa a la puerta. *Sólo fue un sueño.* Tengo que recordarme a mí mismo.

Sebastian le pregunta a Declan mientras se inclina contra la puerta cerrada—: ¿Estás listo?

Mi hermano asiente con la cabeza y le devuelve una sonrisa arrogante.

Declan sale de la estantería y se acerca al escritorio, con los ojos en el teléfono sentado en la esquina izquierda mientras dice—: Los trazadores están encendidos y estos son nuevos. Incluso si está rebotando su señal en varias torres, o la llamada se corta en segundos, puedo encontrarlo.

Mi espalda está rígida por la tensión... pero también por la creciente sensación de peligro. Vamos a cazar al ángel de la muerte, uno de los nombres con los que se llama Marcus.

—¿Estás seguro? —Él asiente con la cabeza a la pregunta de Daniel y luego todos nos quedamos mirando el teléfono, preparándonos para obtener respuestas que hemos esperado demasiado tiempo mientras suena, como si desafiara a Declan a tener razón.

*Ring.*

Puedo sentir el escritorio vibrar y los pequeños movimientos temblorosos del teléfono mientras lo alcanzo.

Levantando el auricular y poniéndolo en altavoz, le hago saber a Marcus que estamos todos aquí.

—Los hermanos Cross —habla Marcus, el ángel de la muerte, el fantasma... sea cual sea el nombre por el que se llame, finalmente nos está honrando con una llamada. Mis dientes se aprietan cuando escucho su voz, y mi sangre se enfría.

Su voz siempre me ha recordado a una serpiente. No es una serpiente que puedas matar fácilmente cortándole la cabeza, sino el tipo de serpiente que los mitos hacen inmortal.

Es la forma en que sus palabras permanecen en el aire y se asientan en tus huesos.

—Ha pasado un tiempo —comenta Marcus y Daniel se apresura a responder—: No por culpa nuestra.

Mi mano izquierda se eleva silenciosamente en el aire, calmando a Daniel, aunque puedo ver la ira creciendo dentro de él cuando apenas está apoyado en la silla. Sabe que Marcus tiene respuestas y se niega a dárnoslas.

—Creo que es posible que nuestros resultados deseados ya no estén alineados, Marcus. —Los latidos de mi corazón se aceleran, pero mantengo mi voz tranquila y mantengo la calma y el control—. ¿Es por eso que nos has estado evitando en silencio?

Silencio. Por un segundo y luego otro.

Puedo sentir a mis hermanos mirándome, sus ojos clavados en mí, pero miro el teléfono, deseando que Marcus responda.

Y finalmente, recibo una respuesta.

—No necesariamente —me responde y luego agrega—: Hiciste un cambio con el que no estaba necesariamente de acuerdo, Cross.

—Tendrás que ser más claro a cuál de nosotros te refieres —le digo mientras apoyo el codo en la mesa y la barbilla en el puño. Mi pulgar recorre mi barba incipiente mientras miro a Declan, que está mirando la tableta en su mano con una mirada inquebrantable.

—Supongo que tienes razón... —dice Marcus y luego hace una pausa antes de agregar—: De hecho, dos de ustedes se desviaron.

Los ojos de Daniel se encuentran con los míos al mismo tiempo que lo miro.

—¿Qué cambió exactamente qué decidiste que ya no éramos aliados? —le pregunto a Marcus, sintiéndome más caliente y cada vez más irritado. Marcus es una fuerza incomparable, pero me fastidia muchísimo lo cauteloso que es. Cuando puedo usarlo para mi ventaja, lo que hice en el pasado, pienso muy bien en el hombre. Le he temido y admirado a la vez.

Pero estar del otro lado de su temperamento es... frustrante.

—Necesitaba hacer un trato con Nicholas Talvery. —Marcus me sorprende con una respuesta directa.

—Y mi interferencia fue... —adivino.

—No apreciada. —Marcus termina mi oración y yo simplemente asiento con la cabeza, con la boca en una línea recta y sombría.

—¿Qué pasó con Addison? —Daniel pregunta, y Marcus lo ignora.

—Quiero a Aria Talvery. —La exigencia de Marcus obtiene una reacción de mí que él no puede ver. Alzo la ceja y una sonrisa se dibuja en mis labios.

—No. —Estoy sorprendentemente tranquilo cuando respondo—: Ni lo pienses.

El siempre presente tic-tac del reloj pasa en el silencio hasta que Marcus responde—: No esperaba que tu respuesta fuera tan... poco inteligente.

—Daniel te hizo una pregunta —le recuerdo a Marcus y miro a mi hermano—. ¿Por qué estaba ella involucrada?

No estoy seguro de que Marcus esté detrás de lo que sucedió, pero sé que conoce la respuesta.

—¿Por qué trataste de llevártela? —Daniel me pregunta entre dientes, apenas conteniendo su ira. Su incapacidad para mantener la calma es comprensible, pero ineficaz.

—No fui yo, ya sabes quién lo hizo.

Apenas contengo mi irritación, viendo a Daniel desquiciarse mientras Marcus continúa eludiendo la única cosa que necesita saber.

—Si lo supiéramos, no te lo estaríamos preguntando —le digo a Marcus intencionadamente.

—¿Quién intentó llevarse a Addison? —Daniel habla con la única pregunta que quiere que se le responda. Tengo tantas dudas que podría ahogarme en ellas, pero él sólo quiere saber una cosa.

Espero un sólo nombre. O la negación de la información por completo. En cambio, Marcus sigue evadiendo la respuesta, pero también me sorprende.

No me gusta que me sorprendan, porque significa que me falta información, lo que significa que no tengo el control.

—El mismo hombre que te hizo daño hace años y empezó todo esto. —¿Hace años? Sus palabras se repiten en mi cabeza. En la década transcurrida desde que asumimos el poder, nadie se ha atrevido a hacernos daño hasta hace poco.

Marcus continúa y esta vez, coloca una pequeña pista en su respuesta.

—Ella no sería tuya si no hubiera sucedido.

—¿Si no hubiera sucedido, qué? —pregunta Jase, hablando por primera vez. Y ahora me pregunto si Marcus se refiere a Addison o Aria.

—El primer golpe que recibió su familia —dice Marcus, dando más información para resolver un acertijo en lugar de dar una respuesta que sería tan fácil de dar.

—Hablas en círculos y acertijos —se burla Daniel y luego cierra el puño antes de levantar la voz para decirle—: Solo quiero un nombre.

—Y yo quiero a Aria —responde Marcus, siempre calmado de una manera que hace que mi sangre se congele.

Mi hermano me mira, desesperado por obtener información, pero antes de que pueda responder, Daniel entrecierra los ojos en el teléfono y le dice a Marcus—: Si todo lo que buscas es Aria, esta conversación es inútil. Nunca te la entregaremos.

La línea se apaga y en el momento en que lo hace, miro a Daniel, que no aparta la mirada del teléfono silencioso. Con su mandíbula apretada y cada emoción escrita en su rostro, no siento

nada más que pena por él. Quizás también vergüenza. Me avergüenza haber metido a mis hermanos en esto y no tengo forma de solucionarlo.

—¿Hace años que? —Sebastian repite las palabras de Marcus y abre la puerta mientras Declan se mueve para irse, luciendo enojado.

—Lo hizo...

Antes de que Sebastian pueda siquiera terminar su pregunta, el puño de Declan golpea el marco de la puerta, partiéndolo con su rabia.

No habla; ni siquiera ralentiza el paso. Declan es el primero en irse y Daniel lo sigue.

—¿Puedo tener un minuto a solas con Sebastian? —le pregunto a Jase, dejando de lado mis pensamientos de averiguar qué estaba insinuando Marcus. Con un asentimiento, Jase se ha ido, dejándome solo a Sebastian y a mí.

—No dejes que nadie se acerque a este lugar y solo confía en nosotros —le digo a Sebastian, sin perder un segundo mientras camina hacia donde Jase está sentado. Con ambas manos envueltas alrededor del respaldo de la silla, me mira de cerca.

—¿Estás bien? —me pregunta de nuevo y la sonrisa triste se acelera esta vez.

—No.

—¿Qué tiene que pasar? —pregunta, y estoy agradecido por esa pregunta más que por la obvia, *¿por qué?*

—Ella necesita estar a salvo. Aria Talvery.

—¿Porque él la quiere? —él adivina y mantengo mi expresión quieta e inquebrantable, pero después de un breve momento, niego con la cabeza.

—No tiene nada que ver con Marcus. Ella simplemente necesita estar a salvo.

Sus ojos buscan los míos y odio su vacilación.

—Sabes lo que ella significa para mí —hablo con desesperación y odio tener que decirlo. Fue idea suya darle Stephan a Aria. Entre mis hermanos y Sebastian, conocen todos mis secretos. Amar a Aria ya no es un secreto y Sebastian lo sabe.

—No me importa lo que pase, siempre y cuando la mantengas a salvo. Ella no puede ser lastimada, de ninguna manera.

—¿Así que quieres que yo... sea su guardaespaldas? —ofrece y no lo había pensado así, pero asiento, sabiendo que necesito a alguien que vigile a Aria.

Sebastian asiente y me dice que hablaremos más en detalle pronto antes de dar la vuelta y salir. Y ese es el final de esta breve reunión.

Después de que se va, desearía que no lo hubiera hecho. Estoy solo en la habitación con los recuerdos de anoche y acertijos que no sé cómo empezar a resolver. El mundo se siente como si se estuviera acercando a mí, y años de pecado están a solo segundos de destruir lo que queda de mí.

—Tuve un pensamiento —habla Jase y abro los ojos, dándome cuenta de que ni siquiera lo escuché regresar.

—Necesito ver a Aria —le digo, no queriendo lidiar con más mierda. Tiene que conocer a Sebastian, y una extraña sensación cuaja la bilis en la boca del estómago al pensar en lo que le dirá sobre mí.

—Escucha un minuto.

—Un minuto —murmuro. Me concentro en el teléfono, en la conversación que sigue repitiéndose en el fondo de mi mente mientras Jase me dice que deberíamos reunirnos con Nikolai y dejar que Aria lo vea todo. Dejarla ver cómo Nikolai se muestra a sí mismo como el hombre que es frente a ella.

—¿Y si ella lo viera como lo hacemos nosotros? —él sugiere y me mira expectante.

—Ni siquiera puedo empezar a entender por qué piensas que es una buena idea.

—Deja que Aria lo vea. Déjala ver que le das la oportunidad de alejarse y mostrarle el lado de él que ella no conoce.

—¿Por qué...? —Casi cuestiono la cordura de mi hermano hasta que me doy cuenta de que él piensa que estoy jodido hoy por culpa de Nikolai. No tiene idea del peso que llevo hoy, pero su primera suposición es que tiene que ver con Aria y Nikolai.

—¿Crees que ella estaría bien con su muerte entonces? Te equivocas. —No le doy un momento para responder.

—Me importa un carajo Nikolai, y me he resignado al hecho de que Aria me va a odiar por lo que estoy a punto de hacer. Lo que ella sabe y lo que no sabe es irrelevante.

La derrota cruza la expresión de Jase cuando le digo una verdad que desearía que no existiera.

—Ella lo amaba primero, lo sé. Y ella me ama ahora. —Trago saliva y luego le digo—: Una parte de ella siempre lo amaré a él, pero una parte siempre me amaré a mí también.

—Estoy luchando aquí —dice Jase y se pasa una mano por el cabello—. Algo está mal.

¿Cómo él no puede verlo? ¿Cómo es posible que alguien no lo entienda?

—No sé cómo se supone que esto terminará de otra manera que no sea con nosotros separados.

No hay forma de que esto termine si no es que ella me odie o que yo muera.

—Ella entiende...

—Y yo entiendo que ella me odiará cuando termine —lo interrumpo con mis palabras apresuradas. —Lo que todos necesitan entender es que incluso si...

Tengo que hacer una pausa y tomar una respiración profunda, mirando más allá de mi hermano hacia la puerta cerrada mientras continúo—: Incluso si ella se va... Incluso si decide que no puede vivir con...

He pensado en este final tantas veces, pero nunca lo he aceptado por completo hasta este momento.

—Incluso si ella ya no me quiere cuando todo esto termine, la quiero protegida. La quiero a salvo. Incluso si ella no puede vivir siendo mi esposa, mi amante, mi... todo. Aun así, necesito que todos sepan que ella está protegida y que siempre será mía.



## CAPÍTULO 13

ARIA

Carter nunca cambió la cerradura.

Es curioso cómo el arrepentimiento se apodera de mí cuando abro la puerta principal. Mi mano se siente pesada por la culpa y cuando miro por encima del hombro, hacia el pasillo, también lo están mis piernas. Cuando llevo la mano al escáner, no espero que funcione. No pensé que sería tan fácil.

Decir adiós nunca es fácil. Especialmente el tipo de despedida que es definitiva. Del tipo que duele decir en voz alta, pero duele aún más cuando está enterrada en el fondo.

Sólo me quedo en la puerta un momento antes de sentir la brisa de la tarde. Me sorprende que nadie corra por el pasillo mientras cierro la puerta detrás de mí.

Aún más sorprendida cuando envuelvo mis brazos alrededor de mí, con cuidado con mi hombro izquierdo, aunque me siento mejor ahora que las pastillas para el dolor que encontré en el botiquín del medio baño han hecho efecto.

El viento me quita el cabello del hombro, exponiendo mi piel al frío. Se me pone la piel de gallina a medida que doy cada paso hacia abajo, cada paso más lejos de Carter.

Una parte de mí se pregunta si él está mirando. Otra parte sabe que lo está.

No me dejará ir muy lejos. Ya lo sé, pero necesito saber hasta dónde permitirá antes de que alguien venga y me recoja para llevarme de regreso con él.

Ya sea que suceda hoy, mañana o dentro de una semana, nunca dejaré de intentar irme. Repito esas palabras en mi cabeza mientras doy otro paso.

No pienso en las razones. Hay demasiadas en este momento y solo importa el resultado.

No puedo quedarme aquí por más tiempo. Esta no es la vida que quiero. Nunca ha sido más claro que ahora.

El ritmo de mis pasos no disminuye hasta que llego a una puerta de metal al final del camino. No la había visto antes a través de todos los árboles, y supongo que la dejaron abierta la última vez que pasaron los carros.

No puedo imaginar que dejen afuera algo más que vehículos, porque los huecos en el intrincado metal son lo suficientemente anchos como para que pase una persona.

Mis dedos agarran el fierro frío y agacho la cabeza mientras me giro para deslizarme entre los barrotes.

Mirando hacia atrás en la casa, sé que él está mirando y cuando doy la vuelta al camino de entrada restante que continúa por al menos un cuarto de milla y luego serpentea a través de un espeso bosque, sé que me detendrá pronto. Las cámaras en la parte superior de la puerta giran, siguiéndome.

Mi corazón parpadea débilmente. La estupidez no entiende. Todavía está lleno de esperanza.

Sin embargo, no hay esperanza. Nunca la hubo.

## CAPÍTULO 14

CARTER

*S*al vez si ella no está conmigo, no morirá por mí.  
El pensamiento va y viene rápidamente, pero mientras la veo bajar los escalones del porche, está allí por un momento.

Que podría dejarla ir, para salvarla.

*Ella no puede morir por mí si no estoy con ella.*

El pensamiento es solo un pequeño destello en mi conciencia, pero sigue regresando. Incluso cuando Sebastian entra corriendo a la habitación para decirme que ella está afuera. No tengo tiempo para cuestionar el destino y lo que he hecho. No puedo dejarla desprotegida. Esa no es una opción. No lo permitiré.

—Lo sé. —Las palabras salen parejas, pero bajo, con una amenaza muy notable que no puedo ocultar.

—Tenemos un ojo en ella. —Él está recuperando el aliento, su pecho sube y baja con pesados jadeos, pero su comportamiento es tranquilo. Sin embargo, sus palabras son indiscretas—. ¿Ella normalmente pasa por la puerta?

Tiene cuidado de no preguntar directamente si ella está tratando de escapar, que es algo a lo que no estoy acostumbrado de él. Puedo ver el cambio en la forma en que me mira. El tiempo ha cambiado muchas cosas desde la última vez que hicimos algo como esto juntos.

Toma un momento, otro momento antes de que pueda siquiera respirar al darme cuenta. Ha pasado una década y odio en lo que me he convertido.

No quería ser este hombre. No pedí esta vida.

Por mucho que quisiera, no puedo volver atrás. Mi mirada se centra en Sebastian, sosteniendo la maldita autoridad que me he ganado.

—Enciérrala. —Sale fuerte y la palabra va acompañada de un golpe en el pecho.

Entonces ella estará protegida. Ella está a salvo aquí.

—Todo está barricado, vigilado y armado. Nadie se está acercando y nadie la va a lastimar. — Las palabras resuenan en la habitación y Sebastian guarda silencio. Él ya sabe que me estoy tranquilizando a mí mismo.

—¿Sólo agarrarla? —Sebastian pregunta con facilidad, como si no hubiera nada malo en lo que estoy haciendo. Asiento con la cabeza, sintiendo un nudo en mi estómago, retorciéndome implacablemente por el hecho de que ella está tratando de dejarme. Ella está dispuesta a dejarme.

—Sé que ella está enojada.

Intento justificar el hecho de que se va, pero me trago las palabras.

—Lo arreglaré con ella —digo mientras me alejo de Sebastian y me muevo hacia la ventana para ver cuánto más se ha ido—. No dejes que llegue mucho más allá de la puerta.

—¿Crees que ella recorrerá todo el camino? —Jase pregunta detrás de mí. Hay hombres alineados en la finca, más allá del camino, aunque todavía no es seguro. No me molesto en girarme hacia él mientras el sol se pone más allá de los árboles, donde está menos protegido. El azul claro en el cielo se oscurece instantáneamente cuando el castaño deja patrones de tejido con la luz restante.

—Nada más agárrala. —El nudo sube por mi estómago y se retuerce y gira dentro de mí. Es un dolor que no había sentido antes.

La noche se desarrolla mientras me miro en el reflejo de la ventana. La amo. Completa e indudablemente. Pero soy del tipo de hombre que destruye todo lo que toca.

El hecho de que una parte de ella me ame, solo significa que se está preparando para arruinarse. Cada pedazo de ella roto... por mí.

Mientras me trago el pensamiento, mis manos se mueven a mis bolsillos y prometo arreglar esto entre nosotros. No tengo otra opción. No la dejaré ir.

—¿Estás bien? —La voz de Jase me devuelve al presente y cuando me vuelvo hacia él, miro hacia el sofá. Vacío. Justo cuando el piso está frente a mi escritorio. Las visiones de anoche pasan como un destello más.

Sebastian se ha ido y Jase ha ocupado su lugar. El tiempo se mueve como las imágenes parpadeantes de una vieja película en la que faltan algunos pedazos. No sé cuánto tiempo hace que Sebastian se ha ido o cuándo entró Jase en mi oficina.

—No —le respondo a mi hermano con sinceridad y mis siguientes palabras salen entrecortadas—. Yo nunca he sido así. Nunca he hecho.

Hago una pausa para sacar mis manos de mis bolsillos y pasarlas por mi cara. Mirando el cajón de mi escritorio, recuerdo haber tomado la ayuda para dormir anoche. Es sólo una droga y nunca me ha afectado de esta manera. Tiene que ser la droga. *Los dulces*. La última vez que lo tomé fue hace años.

—Ella está enojada —dice Jase, luego mira por encima del hombro antes de cerrar la puerta de la oficina y tomar asiento frente a mí.

—No quiero sentarme —le digo con agitación antes de que pueda hundirse en la silla.

Ve sus nudillos apretarse mientras se agarra al respaldo del asiento.

—Quiero que esto termine. Tenemos que acabar con esto. —Mis palabras salen más fuerte y rápido a medida que la desesperación por superar esto con Aria se hace cargo.

—Estamos dejando que Romano...

—¡Que se joda Romano! —Golpeo el dorso de mi mano apretada contra mi silla, necesitando sentir algo más que este dolor que se arrastra dentro de mí. Necesidad de hacer algo más que esperar.

—No podemos hacer ambas cosas, Carter. —La voz de Jase es tranquila, pero llena de razón. No se mueve de donde está, pero sus ojos me miran con mayor interés—. No podemos proteger la propiedad y también atacar la de Talvery.

Finalmente se mueve, alejándose de la silla, aunque sus manos todavía la agarran.

—No puedes tener las dos cosas.

El tiempo pasa mientras considero a mi hermano. Lo único que siempre ha tenido es una opinión. Ideas de mierda constantes. Empuje constante. Sin embargo, cuando me inclino hacia adelante, inhalando para estabilizarme, él está callado. No está presionando de ninguna manera.

—¿Qué harías? —le pregunto, sin mirarlo, sino mirando la puerta cerrada detrás de él.

—No puedo responder eso —me dice y lo odio por dejarme sin nada. La parte de atrás de mi mandíbula se aprieta mientras miro la pantalla. Ella está en la puerta.

Ella quiere dejarme.

*Nunca se suponía que fuera yo.*

Sus palabras de anoche, palabras que me destrozaron y causaron toda esta mierda. Esas palabras vuelven y mientras la miro, le creo.

—Ella me dijo. —Trago antes de terminar la frase, cuestionando decirle a Jase algo de esto, pero decidiendo que necesito decirle a alguien—. Ella me dijo que no era ella hace todos esos años.

A Jase le toma un momento antes de que su expresión registre de lo que estoy hablando. Él sabe de esa noche. Además de Declan y Daniel, Sebastian también. Esa noche lo cambió todo. Para que ella niegue ser parte de eso... no puedo soportarlo.

—¿Quién más podría haber sido?

—Nadie. —Mi respuesta es inmediata e implacable, junto con un dolor similar en mi garganta mientras se aprieta. Mis ojos se cierran mientras pienso para mí mismo, *¿cómo lo sabría? ¿Cómo podría saber si hubo otra mujer allí?*

—Carter —la voz de Jase corta el recuerdo de esa noche—. ¿Qué le pasó a su hombro?

—La esposé a la cama. Bueno, lo hizo ella, porque yo le dije que lo hiciera.

Jase no vacila mientras me lamo el labio inferior, ocultando la vergüenza.

—Le dije que podía quedarse allí hasta que esto terminara. —Mis ojos se levantan y encuentro los suyos mientras le explico—: Y luego ella arrancó su brazo hasta que se lo dislocó y le quité las esposas, pero ella...

Ni siquiera puedo terminar.

—¿Ella se lo hizo a sí misma?

—Físicamente... sí. —Se siente como una mentira en mi lengua. Yo soy la razón por la que sucedió. Que es mi culpa.

El asentimiento de comprensión de Jase es breve y luego mira más allá de mí hacia la ventana.

—Bueno, eso explica por qué quiere irse.

—Ella siempre quiere irse —le digo mientras la derrota consciente se apodera de mí.

—Deja de mentirme a ti mismo. —La voz tranquila de Jase me pilla con la guardia baja—. La amas. Lo sé. Y ella te ama. No dejes que nada se interponga entre ustedes.

*El amor no siempre es suficiente*, creo, pero no lo digo en voz alta. En cambio, mi mirada se vuelve hacia el suelo frente a mi escritorio, anoche todavía dando vueltas en mi mente. La imagen de ella acostada allí va y viene con el parpadeo de mis ojos.

—Necesitas ayudarme a mantenerla a salvo. —Ni siquiera sé cómo hablo. Mi cuerpo está rígido y mis miembros están congelados.

—Me estás asustando con la forma en que has estado hoy. —Una vez más, los pies y la postura de Jase cambian, pero su agarre permanece rígido, manteniéndolo donde está.

Miro hacia atrás al sofá mientras le digo la única cosa que es responsable de cómo he estado hoy—: No quiero que ella muera.

—Eso no va a pasar, tranquilo —La respuesta de Jase está llena de confianza. Ojalá la noche anterior no me hubiera robado esa misma certeza. Casi le hablo de la pesadilla. Sobre lo real que fue y cómo me está jodiendo la cabeza.

—Lo que sea que se te haya metido en la cabeza —él comienza a decir, la preocupación grabada en las palabras de Jase me hace mirar hacia atrás mientras termina su pensamiento—. Sácalo.

—Es que no dormí bien. —Le doy una verdad a medias.

—Bueno, dile a Aria que la amas, fíllala hasta que se olvide de por qué está enojada y duerme. Ambos necesitan dormir.

—¿Eso es todo lo que necesito hacer? —le pregunto para aliviar la tensión, pero hace todo lo contrario.

—Puedes empezar mostrándole más respeto. Más amor. Dile que la amas.

—Ella no se va porque no se lo digo. —Me burlo de su sugerencia.

—Creo que es exactamente por eso que se va. Eso y el hecho de que le dijiste lo que tenía que hacer. —Sus palabras se registran una a una—. Creo que te dejaría destruir todo en su mundo menos a ti, siempre y cuando le mostraras cuánto la amas y se lo dijeras a menudo.

No sé cuándo mi hermano se convirtió en la voz de la razón, pero todo lo que dice se hunde profunda y lentamente, adormeciendo la ira, la necesidad de luchar. Adormeciendo la culpa y las preocupaciones. Todo parece desvanecerse ante la sola idea de que puedo quedarme con ella. Eso es posible.

—Si ella sintiera el amor que tienes por ella, no se iría. Nadie renunciaría a eso. —Sus ojos oscuros brillan con el recuerdo de algo más. Algo que sé no tiene nada que ver conmigo, pero sus próximas palabras son exactamente lo que necesito escuchar en este momento—. Ella no se siente amada, y sé que puedes darle eso.

¿Cómo no puede sentir todo lo que siento por ella? ¿Cómo puede ella no sentir *esto*?

Justo cuando la pregunta me consume, suena el teléfono y es el mismo número que antes.

*Marcus.*

## CAPÍTULO 15

ARIA

Quizás cerca de quinientos metros.

El camino de entrada a la finca tiene kilómetros de largo. Miles. Las farolas de hierro fundido que lo bordean proyectan un brillo amarillo pálido por la carretera pavimentada que serpentea a través del bosque, y llegué tal vez a un cuarto de kilómetro de la puerta antes de escuchar la grava levantarse cuando los neumáticos se mueven detrás de mí. Mirando al lugar donde comienza el bosque, creo que tal vez estén a poca distancia.

El carro que se dirige hacia mí no va rápido y simplemente camino hacia el costado de la carretera y me quedo allí cruzando los brazos mientras lo escucho acercarse. Me imagino que parezco una niña petulante, pero es solo porque tengo frío. El aire de la tarde en la sombra es amargo e implacable.

Mi hombro está entumecido, al igual que todo el dolor. Estoy lista para que termine. Sea como sea, estoy preparada para lo que sigue.

El pensamiento hace que mi garganta se apriete y es entonces cuando bajan el vidrio ahumado. Es Sebastian, no Carter. Me toma un momento reconocer que es él. Addison me habló de él cuando estábamos en su casa de seguridad. Ella me mostró algunas fotos de Carter y sus hermanos con Sebastian en ellas. Sé que es él, pero eso no apaga la decepción de que Carter no haya venido él mismo.

—¿Carter te envió? —pregunto entre dientes. Odiando que incluso esperaba que Carter se molestara en venir a buscarme. Por supuesto que no lo haría. Con el carro en marcha lenta, espero a que el hombre hable.

Obviamente él es mayor, pero sus facciones son clásicamente hermosas. Es el tipo de hombre que podría salirse con la suya en lo que quisiera; él podría encantarte con cualquier cosa. Incluso si hay un aire de peligro que lo rodea.

—¿Me harías un favor y entrarías sin problemas? —él me pregunta.

Una hermosa sonrisa muestra sus dientes perfectos.

—Te haré un favor a cambio —él ofrece.

Pateando el camino de entrada, dejo caer la mirada y luego siento el frío en la brisa antes de preguntarle—: ¿Qué favor?

—Vamos a dar una vuelta; podemos dar un paseo para que te calmes —él ofrece—. Puedes decirme por qué estás molesta.

Aunque aparentemente es amable, detesto lo que acaba de decir.

—¿Molesta? —Trago saliva después de hablar y Sebastian levanta ambas manos en defensa.

—No quiero empeorar nada ni pisar los dedos de los pies de nadie, Aria. —Su voz me suplica mientras agrega—: Solo ayúdame a arreglar esto sí puedo.

El cielo se oscurece mientras espero un momento. Observando a este hombre y encontrando que siento envidia. Él conoce a Carter. El chico antes de convertirse en lo que es ahora. La curiosidad abruma cualquier enojo con ese pensamiento.

Mis piernas se mueven solas y me encuentro subiendo al carro. La puerta se cierra con un golpe sordo, silenciando los débiles sonidos del bosque.

—Soy Aria —le ofrezco a pesar de que ya lo sabe—. Lamento que tuviéramos que conocernos de esta manera.

Mis modales parecen volver a mí cuando suelta los frenos y avanzamos.

Las cerraduras del carro son automáticas y se cierran de golpe, sonando mucho más fuerte de lo que deberían y recordándome qué todo esto para mí, es una prisión.

—He conocido a gente en peores circunstancias —me dice. Mantiene su palabra, conduciendo lentamente por el largo camino. Tan lento que podría caminar más rápido que esto, pero simplemente estoy agradecida de alejarme del castillo de crueldad de Carter.

—No quiero volver —digo distraídamente. No espero que haga ninguna diferencia. Cuando la confesión me abandona, me quedo mirando la cerradura de la puerta, que se levanta tan fácilmente si tan solo extendiera la mano.

—¿Sabes que tengo que devolverte a él, verdad?

Mi pulso se acelera y luego parece congelarse cuando recuerdo que Daniel me ofreció una salida hace solo unos días. Podría haber corrido, podría haber aceptado la oferta de Daniel, aunque quién sabe si realmente lo decía en serio o no.

—Nunca lo había visto así. —Sebastian comienza a decir algo más, pero luego niega con la cabeza y rechaza el pensamiento—. No quiero meterme entre ustedes dos.

—Todos los demás lo hacen —respondo rotundamente y luego lo miro hasta que sus ojos se lanzan a los míos—. Todo el mundo siempre ha estado entre nosotros.

Esa es la triste verdad. Si solo fuéramos nosotros, no hay duda de que estaría a su lado.

Partes de Sebastian me recuerdan a Eli, o tal vez simplemente anhelo a alguien en quien confiar, alguien que entienda y respete la situación como lo hizo Eli. El pensamiento trae una oleada de emoción a mi pecho y miro por la ventana, las hojas de color verde oscuro esparcidas entre las secas de color ámbar.

—Oye. —La voz de Sebastian devuelve mi atención a él.

—¿Has hablado con él hoy? —La preocupación en su rostro parece fuera de lugar mientras espera que responda.

—Me acabo de levantar, y... —me ahogo para tragarme el malestar que sube por mi garganta, recordando lo que pasó cuando llegué al baño—. No lo he hecho.

No hay nada más que decir. Esa es la verdad de la situación, pero no me molesto en expresarla.

El silencio en el carro es incómodo. Sebastian hace preguntas que no quiero responder.

—¿Qué ocurre?

Ni siquiera me molesto en darle una respuesta a eso.

—¿También te gusta el silencio? —él me pregunta después de que pasa un momento sin que ninguno de los dos hablemos.

—¿Te gusta el silencio? —le pido que me aclare y niega con la cabeza.

—A Carter siempre le ha gustado.

De nuevo me giro hacia la ventana. No es sorprendente que el hombre melancólico prefiera el silencio. Y la forma en que ese pequeño hecho me atrae me hace desear no haberme subido al carro.



—Aunque algunos días él encendía la radio sólo para adormecerlo. —Él se aclara la garganta y hace girar el carro. Mientras hace el giro de tres puntos para regresar a la finca, me dice—: Cuando se quedaba conmigo, cuando su madre estaba enferma, siempre quería que todo estuviera en silencio. Él solía decir que el silencio era su lugar seguro, pero, de nuevo, creció con cuatro hermanos y el único momento en que había silencio era cuando no estaba en casa... así que...

Él se encoge de hombros.

—¿Cómo era él en ese entonces?

Sebastian me mira por un segundo y se detiene mientras nos acercamos a la propiedad.

—Obstinado, ambicioso —él me responde y luego dice—: Leal hasta el extremo.

Se detiene frente a la puerta y le pido que dé la vuelta una vez más. Mis manos se sienten húmedas cuando mi mirada se mueve rápidamente hacia la cerradura y luego de nuevo a él. Aunque no creo que lo haya visto.

—¿Así que siempre él ha sido así? —Parece más una afirmación que una pregunta, pero Sebastian la refuta.

—Carter nunca fue así. No fue brutal, fue justo. No lo hizo... —Sebastian detiene sus pensamientos de nuevo y esta vez una serie de emociones más oscuras se reproducen en su rostro —. Nunca debí haberme ido.

Me confía y le doy una débil sonrisa.

—Si pudiera regresar —él comienza a decir, pero lo interrumpo y le digo—: No puedes regresar nunca.

El momento termina con el silencio mientras el automóvil continúa alejándose. Cada vez más cerca del punto de la carretera que he elegido. El lugar donde él dio la vuelta la última vez. Donde él desaceleró más y más lejos en el camino que irá.

—¿Por qué te fuiste? —le pregunto a Sebastian, más para distraerlo que cualquier otra cosa.

Sebastian ni siquiera me echa una mirada cuando alcanzo la cerradura. Él está demasiado ocupado pellizcándose el puente de la nariz para mantener a raya las emociones que lo atormentan.

*Clic.* No debería haberme girado para mirarlo, perdiendo la fracción de segundo, pero también sintiéndome culpable por la mirada de sorpresa y dolor en su rostro cuando me ve arrancar la manija y empujar la puerta hacia afuera.

Sin embargo, escucha el clic de la cerradura y sus dedos se envuelven alrededor de mi muñeca, la izquierda con las profundas hendiduras de la esposa anoche. ¡Mierda! El dolor viaja rápidamente y con un sólo movimiento. Siseo por la repentina sacudida de dolor mientras arranco mi brazo de su agarre, casi me caigo del carro hasta que tengo ambos pies en el suelo y corro tan rápido como puedo. No me detengo. Ni por un momento. No cuando maldice y estaciona el carro. No cuando casi tropiezo al pasar del asfalto a la tierra cuando entro en el bosque. Cada respiración me duele los pulmones mientras inhalo.

Algunas voces de hombres se escuchan a través del bosque. Sé que hay más hombres que vigilan la propiedad, pero no sé dónde están. En algún lugar donde me vieron, lo que significa que están cerca.

Mis piernas están demasiado débiles, y puedo escuchar la puerta del carro de Sebastian abrirse y luego sus pasos duros en el pavimento mientras paso las ramas. Más hombres gritan y las ramas de los árboles me atacan como para castigarme, y lo acepto. Tomo cada bocado de las finas ramas y cuando llego a un borde repentino, me arrojo, ansiosa por escapar. Caer fuerte, y eso es exactamente lo que hago. Aterrizando sobre mi espalda, golpeo la tierra fría y ruedo.

Mi palma se apoya contra algo al mismo tiempo que mis piernas chocan con el áspero tronco de un árbol. La corteza me desgarran las piernas y muerdo para no gritar de dolor. Me duele estar de pie, pero lo hago. Sintiendo mareada y débil, tropiezo al principio, pero sigo moviéndome. Las voces suenan ahora más lejanas. Espero que lo estén.

No sé qué camino es cuál, pero corro lo más rápido y fuerte que puedo. No puedo correr más rápido que Sebastian; él es demasiado grande y yo nunca he sido corredora. Pero lo escucharé cuando venga, y al menos puedo esconderme.

—¡Mierda! —La voz de Sebastian resuena en el bosque y pájaros salen volando desde las copas de los árboles. Su movimiento repentino hace que mi corazón se tambalee, y los miro mientras me encuentro con algo duro.

Algo con manos.

Algo que me atrapa.

El grito en mi garganta es retenido por una gran mano sobre mi boca.

Mi corazón late con fuerza y mi ansiedad se dispara salvajemente hasta que él me calla, sosteniendo mi pequeño cuerpo cerca del suyo y escondiéndose detrás de un árbol grueso.

—Tranquila, cálmate, Ria. —La voz de Nikolai es lo más reconfortante que podría haber pedido en este momento. Pequeños cortes en mis brazos y cara me duelen mientras me aferro a Nikolai. Las lágrimas arden en el fondo de mis ojos.

—Estás conmigo.

## CAPÍTULO 16

CARTER

— *P*ensé que no había nada de qué hablar? —Contesto el teléfono con Jase frente a mí. Es lento para tomar asiento en la silla, pero callado mientras lo hace. No hay un sonido en la habitación que no sean los latidos de mi propio corazón hasta que Marcus responde.

—Olvidé que quería mencionar algo —me dice por teléfono—. ¿Están tus hermanos contigo? Ellos también pueden estar interesados en escuchar esto.

—Acabo de enviarles un mensaje —responde Jase y deja su teléfono sobre la mesa. Vibra con una respuesta y luego con otra.

—Me alegro de que estés ahí, Jase —dice Marcus y puedo escuchar la sonrisa que debe estar plasmada en su rostro. Su voz atraviesa el espacio y llega a la puerta cuando se abre, llevando a Daniel a la oficina. Todavía está recuperando el aliento y ralentizando el paso después de dar pasos rápidos en el lugar.

—¿Y quién es ese? —Marcus pregunta cuando Declan entra a continuación, con su tablet en la mano—. ¿Es él que intenta rastrearme?

Marcus pregunta e instintivamente muevo mi mirada hacia Declan. Simplemente mira el teléfono en mi escritorio, sin contestar.

—Por supuesto que estamos tratando de rastrearte —le respondo a Marcus, lentamente tomando asiento e ignorando mi propio teléfono sonando—. Es justo, y lo sabes.

Él se ríe por lo bajo, pero no dice nada.

—¿Qué es lo que quieres decirnos? —le pregunto y miro el monitor para ver el carro de Sebastian estacionado en la calle. Sé que él estaba hablando con ella. La voz molesta en mi cabeza solo se preocupa por Aria, pero ella ni siquiera ha regresado todavía. Esta llamada será rápida. Primero me ocuparé de esto, y luego me ocuparé de Aria.

Pronto. Pronto la recuperaré y seguiré el consejo de Jase.

—Tengo más información sobre la primera vez que se dibujaron las líneas en la arena —dice Marcus—. Líneas que no pudiste ver.

—No más acertijos. —Corto a Marcus y aprieto los dientes antes de decirle—: Estoy cansado de los juegos. Cuéntanos quién intentó llevarse a Addison y Aria.

Endurezco mi voz mientras agrego—: Quiero nombres.

Él está en silencio por un segundo y luego otro, pero Marcus finalmente habla.

—¿Jase, recuerdas los artículos que te envié? —pregunta Marcus y la mirada de Jase se estrecha mientras mira el teléfono, no con ira, sino con recuerdo. Y todos lo miramos.

—¿Sobre Tyler? —pregunta Jase y al instante mi sangre se congela—. ¿Los artículos sobre la mujer que lo golpeó?

Jase aclara y mi mente se acelera.

Líneas dibujadas en la arena.

El primer golpe que recibió nuestra familia.

—La muerte de Tyler fue un accidente —habla Daniel y luego visiblemente traga, acercándose al borde del escritorio y desafiando la voz del teléfono para negar esa verdad.

Fue hace cinco años. Casi seis ahora.

La muerte de Tyler fue antes de todo esto. Hace años. Después de ir contra Talvery, una vez que comencé a hacerme un nombre, sí. Pero yo no era nadie. Solo en los últimos años mi nombre se ha convertido en sinónimo de miedo. Jase y yo apenas habíamos ganado terreno, y mucho menos algo que mereciera la atención de lastimar a Tyler.

—Su muerte fue un accidente —digo con firmeza, repitiendo las palabras de Daniel.

Aun así, la frialdad no me abandona. Poco a poco vuelven los recuerdos de mi hermano menor. Era la única alma buena de los cinco. Si alguna vez una muerte fue cruel, acortar su vida fue solo eso.

—¿Cuáles fueron los artículos? —le pregunto a Jase, pero Marcus responde en su lugar.

—Acerca de sus adicciones... —La voz de Marcus arrastra las palabras hasta que dice—: Acerca de su muerte repentina mientras esperaba su sentencia.

El rostro de Daniel está pálido y sus ojos están vidriosos. Él lo vio suceder. Él estaba allí cuando Tyler fue atropellado por él carro de ella.

—¿A dónde quieres llegar? —Interrogo a Marcus, manteniendo mi voz tranquila y sin dejar que la emoción me afecte.

—Ella murió mientras dormía —Jase habla sobre mí y Marcus responde sin dudarlo, para decir—: Fue asesinada.

—Un nombre, Marcus —le recuerdo—. Querías decirnos algo, así que cuéntanoslo todo. Una mujer asesinada en la cárcel no significa nada.

—No, pero el nombre del contrato que le dieron, sí. Un golpe que negué. El nombre era Jase Cross. —Una náusea abrumadora me sube por la garganta mientras Marcus teje una historia y pinta la imagen de mi pasado de manera diferente a como nunca la había visto—. Un matón de un pueblo pequeño de Crescent Hills. Un chico que se interponía en el camino y necesitaban encargarse de él antes de que él y sus hermanos ganaran demasiado terreno. Pero ella sabía demasiado y tuvo que morir una vez que cumplió sus órdenes.

—¿Qué? —La voz de Jase transmite incredulidad mientras un entumecimiento creciente cubre mi piel con la piel de gallina.

—¿Un ataque? —Declan pregunta. La incredulidad está escrita en su rostro.

No puedo moverme. Hay tanta tensión en cada parte de mi cuerpo.

—Tony Romano vino a verme primero. —Escuchar el nombre de Romano despierta la necesidad de venganza, pero no actuaré rápidamente.

Escucharé primero y evaluaré. Pero imaginar a mi hermano menor, de tan solo dieciséis años y muerto en la calle, prueba que esa tarea es inútil.

—Dijo que cualquiera de los dos estaría bien, pero se decidió por Jase. —Marcus continúa contando su historia mientras yo me pregunto si es posible. Si es verdad.

Si Tyler fue asesinado hace tantos años. Si él tomó el lugar de Jase.

—El artículo que le envié a Jase en particular fue la pista más grande de todas. Su foto estaba ahí. ¿Qué llevaba puesto él, Jase? —Marcus le dice a Jase, y solo entonces el rostro de Jase se arruga de tormento—. Tu sudadera.

Marcus responde a su propia pregunta, y puedo escuchar a Jase tragar.

—Se suponía que fuera Jase, y ella vio a un chico que se parecía a él, en una noche lluviosa

con la misma sudadera que estaba buscando. Ella no era una conductora ebria, ella era alcohólica y drogadicta contratada por Romano porque yo me negué.

—¿Por eso estabas allí? —Daniel habla, su voz lo suficientemente fuerte como para que Marcus la escuche por el altavoz—. ¿Sabías que iba a suceder?

—Pensé que ibas a ser tú, quería salvarte. Tenía otros planes para ti. —Mi garganta se aprieta mientras escucho a Marcus, cada vez me resulta más difícil estar en desacuerdo con su versión de lo que sucedió. No importa cuánto quiera negar que estas revelaciones salgan a la luz, años después.

—Él quería acabar contigo, pero en cambio dio una muerte que los impulsó a ambos a conquistar sin remordimiento.

—¿Romano? —Declan pregunta, y compartimos una mirada de complicidad.

—Romano —confirma Marcus.

*Él está muerto. Está jodidamente muerto.*

—¿Por qué ahora? —pregunta Daniel, sin ocultar la emoción en su voz—. Tú estabas ahí. Sabías todo este tiempo y no me lo dijiste en ese entonces, no me avisaste... ¿pero ahora?

—¿Por qué decimos esto ahora? —Declan repite la pregunta de Daniel.

—Por un lado, preguntaste quién intentó llevarse a Addison y Aria. Te estoy dando una respuesta. Pero la otra razón, la razón mucho más importante, es porque sabía que Carter escucharía. Sabía que yo tendría su atención. —La voz de Marcus carece de la misma profundidad que tuvo durante su relato. Como si hubiera regresado al presente y ya no estuviera interesado.

—Habrías tenido mi atención cuando quisieras, Marcus —le digo honestamente.

—Sí —responde—. Pero no lo quería en ese entonces. La quería ahora.

Y con eso, la línea se corta.

Ninguno de mis hermanos habla después de que el clic llena el lugar.

¿No lo quería en ese entonces?

Otro acertijo. Dejo que las palabras se hundan, pero casi no significan nada. Marcus nunca ha mentido. Romano hizo matar a mi hermano. Romano ha tomado su último aliento libre.

—Es hombre muerto —hablo en voz alta, aunque ninguno de mis hermanos reacciona.

Jase no se ha movido. Está tan quieto como puede estar y Declan sigue mirando entre él y Daniel.

—No fue tu culpa —le dice Daniel a Jase, pero Jase solo niega con la cabeza.

Lamentar la pérdida de un ser querido es el peor sentimiento del mundo. No existe ningún fármaco que pueda aliviar ese dolor, porque no hay ningún fármaco que pueda traerlo de vuelta. Simplemente se han ido para siempre.

Pero conocer la verdad de una tragedia, saber que había más en la historia, más de lo que le dijeron antes y aún no tener el control, le agrega sal a la herida.

Y para Jase... está en una maldita agonía, sabiendo que se suponía que fuera él.

Las vibraciones de mi teléfono son una distracción silenciosa. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha estado sonando, el de Jase también está sonando, y estoy ansioso por retomararlo, solo para darme cuenta de lo que Marcus quiso decir.

No quería mi atención en ese entonces. La quería ahora, porque no quería mi atención en otra parte.

La ira se enciende dentro de mí como nunca mientras leo el mensaje en voz alta.

—Aria se ha ido.

*Los mataré a todos.*

## CAPÍTULO 17

ARIA

**M**i corazón no deja de acelerarse. Todo se mueve muy rápido. Una decisión podría cambiar el curso de todo. No sabía cuando entré por esa puerta que sucedería así, moviéndome fácilmente de un lado a otro. Fui tonta al pensar que podía simplemente huir de esta vida. El pensamiento hace eco en los compartimentos de mi mente cuando mi pie izquierdo aplasta las ramitas en el suelo y mi lado derecho se inclina más hacia Nikolai. Él camina tan rápido, acercándose más a él. Todo se mueve demasiado rápido.

Hay pequeños rasguños por todas partes. Mis jeans están rotos y cubiertos de tierra y mis brazos manchados de sangre. Lo peor es que no puedo dejar de temblar. Creo que es sólo la adrenalina, o tal vez se debe a la ansiedad. No sé cuál, pero no puedo dejar de temblar y eso hace que Nikolai me abrace mucho más fuerte.

Las ramas se rompen bajo nuestros pies con cada paso y sigo mirando hacia atrás. Deben escucharnos. Es más oscuro con cada momento que pasa, y no sé a dónde vamos, pero no importa; Nikolai me lleva lejos. Nikolai será al que culpe Carter.

Cada pequeño sonido detrás de nosotros me hace saltar, pero incluso entonces, no tengo un momento para detenerme; Nikolai no se detiene. Puedo oír su corazón latir con fuerza, y sé que sabe que él está muerto si los hombres de Carter nos atrapan antes de que salgamos de aquí.

No creo que él me lastime, pero matará a Nikolai.

—No puede encontrarnos juntos. —Las palabras salen corriendo de mí mientras me estiro y agarro la camisa de Nikolai, lo que lo obliga a detenerse y pensar—. No puede pensar que me tomaste; te matará. No puede...

Las palabras no paran de salir de mí, pero Nik me calla.

—Te tengo, y no me importa si él lo sabe. —Él está sorprendentemente tranquilo y justificado en su respuesta—. He esperado demasiado para acercarme lo suficiente como para salvarte.

Mis pensamientos corren, preguntándome cómo logró atravesar la seguridad de Carter, dónde están y cuánto tiempo ha esperado Nikolai aquí para este momento.

—¿Como supiste? —le pregunto, mis ojos buscando en los suyos todas las respuestas.

—Alguien me dijo que viniera. Me dijo que podría salvarte.

Mientras habla, la voz de Nik está llena de muchas emociones.

—Siento que haya tardado tanto, Ria —él dice, con la voz quebrada mientras agarra mi cintura y me urge a seguir. Me tambaleo, me niego a moverme y espero a que me mire. Necesito que se dé cuenta de lo grave que es esto.

—Él te va a matar —yo digo y miro profundamente sus ojos azul claro, sabiendo que es verdad. Antes de que pueda instarlo a que corra, me dice—: No si lo mato primero.

—No hables así. —Las palabras son arrancadas de mi garganta, inmediatas y crudas, al igual

que los instintos. La traición destella en los ojos de Nikolai y desearía poder retirar las palabras, aunque solo sea para aliviar su dolor, pero no puedo. Él está aturdido y dolido, destrozado por mis palabras, pero no dura mucho.

El sonido de pasos pesados detrás de nosotros me obliga a aplastarme en el abrazo de Nik. Aferrándome a su camisa, le suplico en un susurro—: Corre.

Puedo sentir su gran mano extendida a lo largo de mi hombro, acercándose a él mientras susurra contra mi cabello—: Nunca. Nunca más.

Mi rostro está enterrado en su pecho cuando escucho mi nombre detrás de mí. Por un momento imagino alguna forma en la que puedo intercambiar mi vida por la de Nikolai, pero no creo ni por un segundo que Carter negociaría conmigo. No cuando no tengo el control y no tengo nada que ofrecer.

El momento es de corta duración, porque escucho la voz de nuevo. Tan familiar, pero se siente como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que escuché a mi primo Brett.

El shock me obliga a alejarme de Nik, pero de nuevo todo sucede muy rápido. Incluso mientras me agarra en un abrazo de oso, Brett me arrastra por el borde del bosque hasta un camino de tierra donde una camioneta vieja y destartalada está parada. Hay otros dos hombres con nosotros, pero no recuerdo sus nombres y con Brett a mi lado, no tengo tiempo para preguntar.

—Lo siento mucho, Ria —sigue diciendo mi primo mientras nos acercamos a la camioneta—. Soy un bastardo y un cobarde, lo siento.

—Está bien —le digo repetidamente, sin saber qué más decir o cómo consolarlo.

O de dónde diablos vino.

—Te dije que corrieras —es todo lo que puedo decidir, pero él niega con la cabeza, el remordimiento inunda sus ojos.

—Dos en la parte de atrás, armados y listos. —Nik da la orden cuando la puerta de la camioneta se abre con un crujido que atraviesa el bosque.

—Ria. —Brett dice mi nombre con reverencia antes de abrazarme por última vez y ayudarme a subir a la camioneta. Los asientos de cuero seco están agrietados. Nunca he visto este vehículo en toda mi vida.

—No te preocupes, es un sonido, simplemente hecho para que parezca algo que hay que ignorar —dice Nik, como si leyera mi mente. Mi mirada se encuentra con la suya mientras la camioneta se balancea con Brett y uno de los otros chicos subiendo a la parte trasera y debajo de una lona, las armas se deslizan por agujeros discretos. Esta camioneta fue hecha para escapadas. El silencioso zumbido del motor es todo lo que escucho por un momento.

Solo entonces siento que es real. Como si en realidad estoy dejando a Carter y me voy a casa.

Voy a volver con mi padre y sus hombres.

No puedo ubicar a los otros dos hombres, aunque sus caras son muy familiares, pero sus nombres aún me eluden en este momento. Puedo sentir sus ojos en mí mientras se suben a la parte de atrás, evaluando, juzgando y cuestionando. Queriendo saber qué pasó y, lo que es más importante, de qué lado estoy, estoy segura.

*Él me dejó escapar.* Es todo lo que puedo pensar. Carter dejó que me llevaran. Esa es la única forma en que podría ser tan fácil.

El pensamiento trae una oleada de emoción a mi garganta y siento que voy a enfermarme de nuevo. El tirón seco me obliga a abrir la puerta y asomarme por ella. El aire es frío contra el calor repentino que se extiende por mi cuerpo y viaja hasta mi cara.

Todo está en silencio mientras el malestar me abandona. Es repugnante y deja una quemadura

ácida a su paso. Pero incluso cuando se acaba, no puedo volver a meterme en el vehículo por completo. Me inclino hacia afuera, sintiendo el aire fresco y deseando poder irme tan fácilmente como puede el viento.

Todo esto es demasiado. Todo es demasiado rápido y me agarro la barriga, sin saber qué pensar o qué hacer.

Solo cuando Nik frota suavemente mi espalda y susurra que tenemos que irnos, me resigno al destino que elegí.

—No planeé esto —le confieso a Nikolai mientras me lleva de regreso a la camioneta y me da una servilleta para limpiarme la boca.

No pensaba dejar al hombre que amo. No pensaba que él lo permitiría.

Yo no tenía la intención de volver corriendo con mi familia, con su enemigo.

Y no planeé la pequeña vida que quiero proteger de todo esto.

Yo necesitaba correr para escapar. No volver a caer en el mismo juego, solo para encontrar que el color de mis piezas ha cambiado.

—Me va a odiar —yo grito suavemente y una vez más, Nikolai me atrae hacia él. La camioneta todavía está inactiva y sé que el tiempo corre. Valioso tiempo.

Nik llama a uno de los chicos para que venga y se desliza hacia el medio para que él pueda consolarme, incluso mientras lloro por Carter.

Cuando el otro hombre se sienta en el asiento del conductor y me mira con simpatía, Nik busca detrás del asiento y saca una manta de lana gruesa.

—Está bien —me dice Nik, sin tomarse el momento para maldecir a Carter o cuestionar mi cordura—. Nos vamos a casa.

\* \* \*

DURANTE LOS PRIMEROS DIEZ MINUTOS, sigo esperando que las balas salgan volando de la nada. Estoy lista para que el sonido del acero golpee contra la camioneta. Y luego pienso que tal vez Carter simplemente aparecerá frente a la camioneta. De pie en medio de la carretera como un loco.

Me toma demasiado tiempo tragarme lo que está pasando. Realmente dejé a Carter. Él no vendrá por mí para llevarme de regreso.

—No tienes que decírmelo ahora. —La voz de Nik atraviesa mis pensamientos. El hombre al volante, un hombre llamado Connor, me mira. Sé que tiene curiosidad. No puedo imaginar lo que todos piensan de mí, sabiendo que elegí quedarme con Carter cuando vinieron a rescatarme.

Vergonzosamente, considero inventar una mentira, solo para que no sepan cómo me he enamorado de él y cómo los traicioné al hacerlo. La idea viene y se va con el estruendo de la camioneta que se transporta en el aire otoñal.

—No tienes que decírmelo ahora —él repite y miro a los ojos de Nik mientras continúa, —pero necesito saber todo lo que recuerdas—. Él asiente levemente, como si quisiera que yo aceptara tal cosa.

—No quieres saber, Nik —le respondo, sintiendo la dolorosa fisura de nuevo en mi pecho. Mis mejillas se calientan mientras miro mis manos y me alejo de él. Empiezo a decirle que amo a Carter y que solo corrí porque él no me ama de una manera saludable. Solo corrí porque no puedo soportar pensar en un niño que crezca en este mundo en el que habitamos. Quería escapar de todo, pero cuando la camioneta brinca sobre un bache, sé que solo me encontraré con otro infierno.



—Estás a salvo ahora —dice Connor con tranquilidad desde su asiento. Me toma un largo segundo recordar quién es. Reconocer su rostro y su voz. Dándome la vuelta en mi asiento, recuerdo al otro hombre de cuando éramos más jóvenes. Los recuerdos se juntan y me recuerdan quién soy.

—¿Qué tal si te cuento un secreto? —Nik ofrece. Pone su mano en mi muslo y frota un círculo relajante con la yema del pulgar. Él es mucho más alto que yo, tengo que estirar el cuello para mirarlo después de verlo tragar.

El aire cambia instantáneamente, tensándose y volviéndose espeso. Demasiado gruesa cuando Nik comienza—: ¿Recuerdas el día que nos conocimos en el funeral de mi padre cuando éramos niños?

Mi pulso se siente débil cuando le respondo, sabiendo muy dentro de mí que Nikolai nunca me hará daño, pero también sintiendo que lo que sea que esté a punto de decirme, sea lo que sea, me va a causar dolor. Es la mirada en sus ojos. Lo reconozco demasiado bien.

—Tienes que esperar a que termine

Nik presagia su confesión, y yo asiento.

—Dime que lo harás. Prométemelo, Ria —me ordena y su voz se endurece.

Miro a Connor, quien nos mira con cautela antes de decirle a Nikolai—: Lo prometo. —Con un suspiro rápido agregó—: Te dejaré terminar.

Las mariposas revolotean en la boca de mi estómago cuando Nikolai dice—: Yo estaba trabajando para Romano en el funeral. Cuando murió mi padre, yo trabajaba para Romano.

Las palabras me golpean una y otra vez. *Trabajando para Romano*. Una repugnante oleada de náuseas me recorre mientras Nikolai traga saliva y me mira, esperando una respuesta. No puedo respirar.

*Romano*. El hombre que me tomó y me cambió por una guerra. El hombre que me habría visto muerta esa noche que maté a Stephan en lugar de que asesinaran a su aliado.

Mi cuerpo se pone rígido y no puedo controlarlo. Nunca le temí a Nikolai, no hasta este momento.

—Romano me dijo que tu padre hizo que mataran a mi padre. Por eso yo estaba tan enojado cuando me tocaste. Cuando te acercaste a mí como si tuvieras derecho a hacerlo.

No puedo tragar y lucho por respirar.

—No sé lo que mi padre... —Lucho contra la necesidad de explicar, defender, hacer lo que tenga que hacer para sobrevivir con la ira que crece lentamente. Mentiras. Mi vida se ha basado en tantas mentiras y con tantos hombres en los que no puedo confiar.

Nikolai me interrumpe.

—No importa. Nada de eso importa, Ria.

Tengo que morderme el labio para no gritarle que no me llame por el nombre que me llamó mi madre. La traición y la rabia se agitan dentro de mí, preparando un cóctel que no estoy segura de poder controlar.

Mi mejor amigo. Mi único amigo. Me engañó durante años.

Es una rata. ¡Una maldita rata!

—Tu padre me dijo que fue Romano quien lo había hecho. Qué Romano hizo matar a mi padre. Y no sabía a quién creer. No tenía a nadie, pero ambos me habían contratado. Yo era solo un chico; yo estaba enojado y más que eso, estaba asustado y jodidamente solo.

La camioneta avanza de manera constante hasta que salimos por completo de la maleza y el camino de tierra y nos dirigimos por un camino secundario de asfalto delgado.

El día del funeral vuelve a mí lentamente con el retumbar silencioso, el cuadro pintado en un

tono diferente al que había visto antes.

—Sigo siendo el mismo, Ria. Tienes que entender. Yo era un chico y no le dices que no a hombres como tu padre... ni a hombres como Romano.

—¿Mi padre lo sabía? —Me las arreglo para preguntarle mientras la ira se desvanece y el chico en mi memoria me mira. Recuerdo su rostro. Recuerdo la ira y recuerdo cómo me abrazó a cambio. Cómo yo necesitaba a alguien como él. Él era mi alguien. Pero las mentiras... Estoy tan harta de los pecados y los secretos.

—No. —Su respuesta es solemne—. Romano quería que mantuviera los ojos en Talvery, y Talvery me contrató para hacer un trabajo de mierda. Pensé que algún día uno de ellos me mataría.

La voz de Nik es resignada y plana, sin otro motivo revelado en sus palabras que no sea la supervivencia.

—Romano me mataría por no contarle todo. O tu padre, por ser una rata. No quería esto. Yo era nada más un niño.

A través de mis pestañas, miro a Connor, que no responde. Es entonces cuando me doy cuenta de que Connor también lo sabe.

La adrenalina me atraviesa, adormeciéndome cuando la mirada de Connor atrapa la mía.

—No trabajo para Romano —me dice Connor antes de que tenga que preguntar—. Pero yo sé lo de Nik, todos nosotros lo sabemos, desde hace años.

Se me revuelve el estómago. Mi garganta se aprieta mientras miro a Nik.

—¿No me lo dijiste? —Las palabras son meramente susurros.

Nik no habla, solo me mira con pesar, pero Connor responde en su lugar.

—Tu padre nos mataría si se entera de que lo sabemos, Aria. —Apenas puedo apartar la mirada de Nik para volver a mirar a Connor—. No merecías estar en el medio.

La ironía de sus palabras no se me escapa.

—Tuve que quedarme y como todo pasó, hice lo que tenía que hacer para sobrevivir.

—No tenías que quedarte —argumento.

—Sí, tenía que hacerlo.

—¿Por qué te quedaste? Podrías haberte ido en cualquier momento y simplemente huir. —Escupo las palabras, conteniendo mi ira que se está apagando y recordando todas las veces que hemos estado juntos. En un momento de mi vida, él era mi todo y, sin embargo, él guardaba secretos que podrían haberme destruido.

Él está en silencio durante tanto tiempo que empiezo a pensar que no hice la pregunta, hasta que lo miro.

Me devuelve la mirada con tanto dolor en las profundidades de sus ojos angustiados. Dolor que aún no conozco, pero en algún lugar profundo de mi alma sí lo conozco. Siempre lo supe.

—Nunca podría dejarte, Ria —me dice y luego aparta la mirada para mirar al frente mientras sus ojos brillan.

—Entonces, ¿por qué dejaste que me tomaran? —le pregunto y trago el nudo duro que crece en mi garganta—. ¡Me entregaste a Romano!

Mi voz se eleva y no puedo evitarlo, pero mientras lo hace, Nik me agarra con más fuerza y me mira con una fiereza que es innegable.

Me dijo que él es la razón por la que me secuestraron. Es culpa de Nikolai que todo esto haya comenzado. Si me amaba tanto, ¿por qué se atrevería a arriesgarlo?

—No, no lo hice. Él me jodió y él pagará por eso. —La mandíbula de Nik está dura y sus ojos oscurecidos por la ira. El tipo de ira que he visto antes. Ira que viene con la venganza.

—Yo te quería lejos de esta vida —él me confiesa, sus hombros se relajan mientras mira por la ventana detrás de mí—. Tu padre está envejeciendo. Todo el mundo sabe que su tiempo está llegando a su fin. ¿Qué crees que te habría pasado?

No contesto la pregunta de Nik.

—Él prometió que te salvaría. Te atraje, tomé tu cuaderno y supe que intentarías recuperarlo. Sabía que pensarías que era Mika. Y Romano me mintió. Lo siento, Ria. Tu padre no tiene mucho tiempo y yo necesitaba protegerte. Te necesitaba lejos de todo esto.

—No fue tu decisión —es todo lo que puedo decirle. Mi cuaderno. Es una sensación extraña que un objeto signifique tanto en una vida en la que ya nada tiene sentido.

—No puedo creer que todo haya sido tu plan.

—Yo tenía que salvarte —me dice y vuelve a sentarse en su asiento, aparentemente ha terminado con la conversación.

Es difícil no culparlo de todo. Todo por lo que he pasado. Lucho con todas las emociones que corren por mi sangre.

—Lo amas, ¿no es así? —él me pregunta con una pizca de disgusto en su tono—. Él te ha lavado el cerebro.

Él da una explicación sin esperar mi respuesta.

—Sí —digo, mirando a Nikolai directamente a los ojos—. Me he enamorado de Carter Cross...

Tengo que tragar antes de terminar.

—Pero no soy tan tonta como para pensar que duraríamos... Porque él no me ama. No como lo necesito que lo haga.

Mi corazón hace esta cosa horrible en ese momento. Bombea, pero no tiene vida. Late, pero no hay sonido. Me abandona en este momento y puedo sentirlo mientras sucede.

Es una mentira en mis labios. Escucho un susurro en la parte de atrás de mi cabeza.

Tengo que recordar por qué me fui. Tengo que recordar esta vida y lo que le hace a la gente.

—Necesito salir de aquí —murmuro entre dientes, no a Nikolai o Connor, sino para mí misma.

—Puedo ayudarte —Nik se apresura a decirme, acercándose a él, aunque todavía estoy en sus manos—. Lo haré bien. Te sacaré de aquí, Ria. Pero primero tengo que hacer una cosa.

## CAPÍTULO 18

CARTER

—*P*or supuesto que él se la llevaría de vuelta. —Las palabras van acompañadas de silencio mientras vemos a Nikolai y su gente detenerse y esperar a que se abran las puertas de la finca Talvery.

Ella no corrió hacia Nikolai, ni siquiera hacia su padre. Joder, sé que ella no lo hizo. Ella corrió, y tenía una buena razón con la forma en que la traté, pero no corrió hacia él.

Vi las grabaciones.

—Lo siento —dice Sebastian desde la parte trasera de la Grand Cherokee SRT. El todoterreno negro se encuentra en las sombras. Con vidrios polarizados y un motor que puede alcanzar los cien kilómetros por hora en cuatro punto ocho segundos, es nuestro vehículo de referencia, armado y equipado para todo lo que se nos presente.

Lo conseguimos hace años para que pudiéramos escaparnos después de los ataques que hacíamos.

Mientras nos sentamos ociosos a lo largo del bosque a dos millas de la finca de Talvery, no me importa un carajo alejarme de nada. No sin Aria.

—Ella iba a huir como pudiera —yo murmuro en voz baja en el asiento del conductor, excusando a Sebastian.

—Aun así... —él murmura, pasando su mano por su cabello. Él apenas puede mirarme y lo odio. No es culpa suya que ella huyera. No es culpa suya que ella se escapara. Es mía.

El volante está caliente bajo mi agarre y todo dentro de mí me empuja a salir y asaltar las puertas de entrada de la finca de su padre.

Lo que me dejaría muerto en los escalones de mármol pulido de la entrada.

Ella está tan jodidamente cerca, pero fuera de mi alcance mientras los arbustos cuidadosamente recortados que bordean el camino hacia la puerta se balancean con el viento. Solo he estado más cerca de esta propiedad una vez en mi vida.

A merced de su padre cuando yo era solo un chico.

Me trago el recuerdo cuando la puerta del carro se abre y varios hombres con ametralladoras se acercan a la destartada camioneta de Nik.

Ese maldito idiota.

Mi corazón golpea en mi pecho cuando la veo. Sus cabellos castaños caen alrededor de sus hombros. Su blusa está rota y todavía hay suciedad cubriendo la mitad de su trasero hasta el final de su pierna.

No se comporta como la chica que solía ser. Tiene la cabeza erguida y los hombros rectos, pero el miedo sigue ahí, bailando en sus ojos de ciervo.

Por mucho que no pueda ocultar que es una mujer destinada a esta vida, tampoco puede

ocultar el miedo que le produce verse atrapada en medio de una guerra.

Aria no deja de mirar a su alrededor mientras Nikolai la lleva a la puerta principal, mirando por encima del hombro en la dirección de la cámara que hemos hackeado. Como si supiera que estamos aquí.

Solo cuando los hombres la rodean, me doy cuenta de lo silencioso que está la SUV.

La vergüenza y el arrepentimiento ya casi no se registran. Vergüenza por la forma en que la he tratado. Y arrepentirme de todo.

—Me portaré mejor con ella —les digo y todavía ni uno de ellos dice una palabra. Veo a Sebastian asentir en mi periferia y tengo que cerrar los ojos y tomar un respiro antes de abrirlos para ver la mano de Nikolai en la parte baja de la espalda de Aria. Y luego se cierra la gran puerta de entrada.

—Será diferente cuando termine la guerra —ofrece Jase y Sebastian está de acuerdo. Como si algo se debiera a la guerra.

—Será menos complicado. —Daniel interviene.

—Menos necesidad de luchar —agrega Declan.

Sin embargo, nunca fue la guerra. Esto es mi culpa.

Saber que Nik está con ella alivia algo de la tensión que me atraviesa. Los celos están presentes como siempre, pero no tengo tiempo para eso. Él la protegerá, y esa es la única gracia salvadora que tengo en este momento. Nikolai no dejará que le pase nada a ella, y se lo debo a él. Sé más sobre Nikolai que cualquier otro hombre de Talvery por una razón. Él es el que siempre estuvo con Aria. Él es en quien quería cada detalle. Y él la ama, sé que la ama. Le debo más de lo que jamás le dejaré saber.

Puede ser su héroe por el momento. Él puede protegerla.

Me importa un carajo si no soy más que el villano que la captura.

El villano que la retiene contra su voluntad hasta que su voluntad cambie.

El villano que pondrá fin a esta guerra y al imperio al que da poder su apellido.

El villano que no se detendrá ante nada para tenerla por completo.

Y el resto de mí, lo que quede, el resto le pertenecerá a ella. Siempre.

No tengo elección; eso es todo lo que aceptaré.

Y ella también aprenderá a aceptarlo.

—Ya conocemos el lugar, y contamos con los hombres. —Jase es el primero en ponerse manos a la obra. Esta noche, Talvery finalmente caerá.

Hay ocho hombres en la entrada principal. Otras cuatro torres a lo largo de los altos muros de ladrillo que rodean la propiedad. Cada una con un puñado de hombres armados y listos.

Habrán aún más hombres adentro. Ellos también tendrán que morir.

—Donde quiera que atacemos será una distracción —dice Declan como si estuviera pensando en voz alta—. Pero también enviarán a Talvery a la habitación segura.

—Necesitamos contenerlo a él y a Aria también si podemos —responde Jase a la declaración de Declan, inclinándose hacia adelante en su asiento para mirar los planos en la tablet.

—La habitación segura es grande, pero si nos deshacemos de esa opción, no tendrán adónde ir, están en inferioridad numérica... es solo la cuestión de la habitación segura y si hay algo que no veamos.

—Primero ve a la habitación segura —respondo sin pensarlo dos veces, pero luego agrego, volviéndome hacia Jase—. A menos que lleven a Aria allí.

Ella encerrada en una habitación, negándose a dejarme entrar a pesar de que sabe que la estará esperando y que solo el tiempo la mantiene alejada de mí, es exactamente lo que ha sido nuestra

relación. Puedo verlo al revés, aunque con la misma facilidad.

Esta noche elimino esa opción. Esta noche cambio el curso de nuestro destino. Yo nos elijo. Siempre. No más peleas; ya he luchado bastante en esta vida. Solo quiero amarla.

—¿Están todos en su lugar? —le pregunto a Jase y él asiente solemnemente. Dejamos nuestra casa y cada propiedad que poseemos sin vigilancia. Todos y cada uno de los hombres están aquí. Todo hombre listo para la sangre. La única excepción es un pequeño grupo que custodia Addison en este momento, lejos de todo esto.

—Tengo las grabaciones de seguridad. —Mientras Declan habla, mis ojos se abren y espero a que la pantalla muestre una nueva transmisión de video, una que muestra el video hackeado dentro de todas y cada una de las habitaciones de Talvery hasta que aterriza en una imagen de Aria.

Las imágenes pasan rápidamente por la pantalla, se mueven a medida que ella se mueve y se enfocan en su expresión.

Mi pobre Aria. Joder, nunca había conocido un dolor como este antes.

—Eres bueno para algo, Declan —le dice Daniel, con la mano en el arma cargada en su regazo.

—Vete a la mierda —responde Declan con una sonrisa.

—Se siente como en los viejos tiempos —dice Jase y me vuelvo para mirarlo, mirando a cada uno de mis hermanos y a Sebastian. Sí, así se siente.

—Ha pasado un tiempo, ¿no es así? —Le digo, sintiendo cada pulso en mis venas. La tensión, la acumulación. Pero también algo más.

—¿Desde que sentiste como si todo estuviera en juego en este momento?

—Sí —le respondo.

—Demasiado —dice Sebastian en voz baja, comprobando su arma y luego golpeando el cargador en su lugar con la culata de la mano.

—Sin embargo, solía ser emocionante —dice Jase en voz baja, mirando la pantalla que muestra a los hombres fuera de la puerta a donde han llevado a Aria. Algunos hombres esperan afuera, pero Nikolai entra con ella—. Esto es diferente.

—Hay demasiado en juego en esto —les digo a todos y sus asentimientos son instantáneos.

—La buscaremos y la llevaremos a casa —me dice Jase y Sebastian nos mira a los dos.

—Cuando esto termine —dice Sebastian—. No me iré, traeré a Chloe a casa; ella vendrá conmigo.

No tengo tiempo para responderle.

—Primero Talvery, luego Romano. No te vas a ninguna parte. —La respuesta de Jase tira de los labios de Sebastian en una sonrisa asimétrica.

Es difícil dejar ir las palabras, pero les digo a mis hermanos algo que no digo a menudo—: Gracias.

Trago saliva y luego me giro hacia cada uno de ellos, los asientos de cuero crujen mientras lo hago.

—Gracias por estar aquí. Por ayudarme y por ayudarla a ella.

—Por supuesto —dice Jase, sus ojos buscando los míos y mostrando la triste sonrisa—. Sobrevivimos juntos. Luchamos juntos... Amamos juntos.

—No estaría en ningún otro lugar. Tú me necesitas —me dice Sebastian y me mira a los ojos—. Sobre todo porque la cagué, pero, aun así, me necesitas.

Su broma aligera un poco el estado de ánimo, lo suficiente como para dejar entrar las otras emociones solo un poco. Las emociones que me recuerdan que ella me dejó. Las que me prueban

que es por mí.

Con su mano agarrando mi hombro, Sebastian me dice—: La recuperaremos.

—Y me quedaré con ella —les digo, diciendo con decisión cada palabra. Me quedaré con ella de todas las formas que se.

—Está bien, basta con esta mierda —dice Declan, y Daniel suelta una breve carcajada. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve una conversación como esta. Una que es real y toca una parte de mí que permanece inactiva. Una pieza que Aria tiene como rehén.

—Ya lo tengo todo cubierto —dice Declan desde la parte trasera de la camioneta—. La caja fuerte está vacía, pero no está lo suficientemente cerca de las habitaciones exteriores como para golpearla fácilmente.

—¿Aden tiene visión en algún lugar cerca de la habitación segura?

—Él puede atacar el lado oeste a través de la ventana del pasillo, enviar las bombas de humo y tender una emboscada en ese lado de la casa. Entraremos y saldremos con las bombas en unos minutos, pero reaccionarán. Las probabilidades de salir del armario no son las mejores. —Jase responde por Declan, y puedo ver el plan ya formulándose en su cabeza.

Aden ya está esperando del otro lado. Están esperando la señal de Jase.

—Tenemos que atacarlos a todos a la vez —le digo a Jase. La adrenalina en mi sangre casi me ahoga. Solo porque estoy sentado aquí. Necesito moverme, terminar con esta mierda y tenerla de vuelta—. Diles a todos que ataquen a mi orden.

Mientras hablo, lo que sucede en la pantalla cambia y se vuelve hacia Aria. Sus brazos están cruzados con fuerza y se queda sola, incómoda, en la habitación del centro. Frente a Nikolai, ninguno de los dos se mueve, pero ambos muestran la imagen del arrepentimiento.

No hay manera de que no haga todo lo que pueda para aferrarme a ella.

—Ataquen las torres, la entrada principal y la habitación segura a la vez. Tenemos más hombres que ellos. —Las palabras me abandonan en el segundo en que la pantalla vuelve a cambiar.

—¿Qué hay de Romano? —Declan pregunta.

—¿Qué hay de él? —La ira y el odio en el tono de Daniel reflejan lo mismo en todos y cada uno de nosotros.

—Podría intentar hacernos un movimiento mientras estamos de espaldas —dice Declan y luego pasa a una transmisión que muestra a sus hombres alineando el territorio. Están listos para atacar, esperando que Talvery se debilite. Si los derribamos primero, Romano nos rodeará y, si lo desea, podría atacar.

—Él no sabe que lo sabemos, todavía no —le responde Jase y luego Sebastian dice—: Mantendremos el lado norte como el más fuerte para Talvery, empujando a sus hombres hacia el lado más pesado que Romano ha armado. No tenemos que matarlos a todos, solo los suficiente para superarlos en número. Lo suficiente para que se den cuenta de que Talvery, el nombre, el imperio, ya no existe.

—Es como antes, nadie muere voluntariamente por un hombre muerto. —Los ojos de Jase brillan con los recuerdos de todos los rivales que hemos derrotado en el pasado. El nombre Talvery puede ser antiguo, puede tener poder, pero cuando el hombre esté muerto, el nombre no significará nada.

—¿Cuál es el plan? —Jase me pregunta y luego agrega—: Paso a paso.

—Tenemos que acercarnos primero —le digo—. Ella está en el ala este, por lo que podemos cortar las transmisiones, sacar la torre este discretamente sin bombas, hacer nuestro acercamiento por ese camino y una vez que estemos adentro, atacar las otras torres y la habitación segura.

—Estarán mirando a todas partes menos a nosotros —responde Jase, asintiendo con la cabeza y respirando profundamente—. Entra y tráela, Bastian y yo iremos y eliminaremos a quien se interponga.

—Elimina las grabaciones tan pronto como nos acerquemos a la torre este. Caminaremos a lo largo de la línea de árboles —le digo a Declan y él se apresura a responder—: Las cámaras giran cada noventa segundos. Necesitarás que se manejen las grabaciones antes de pasar por este camino. De lo contrario, te verán venir.

—Hay hombres en el suelo —dice Jase—. Corta las señales, entraremos allí, mataremos a esos dos cabrones fuera de la torre este y los usaremos para entrar.

Sebastian mira a Declan y le pregunta—: Son huellas dactilares, ¿verdad?

Con un asentimiento de Declan, Jase agrega—: Los cabrones muertos todavía tienen huellas. Funcionará

Con mi hermano y mi amigo detrás de mí, mis hombres rodeando al enemigo y listos para comenzar la batalla, es hora. Mi corazón late con fuerza mientras corro por el bosque y levanto mi arma, escuchando los gritos de sorpresa de las torres con respecto a las señales de seguridad bajando. Puedo escuchar su miedo; puedo sentirlo mientras levanto mi arma en las sombras. Los tres disparamos, las balas amortiguadas con los silenciadores, antes de que los dos hombres, hombres como yo, nos vean. Los dos primeros hombres en morir esta noche. Sus cuerpos todavía están calientes, pesados y flácidos mientras los arrastramos hasta la plataforma de seguridad, limpiamos la sangre de sus dedos en nuestros pantalones para ganar la entrada y comenzamos a poner fin a esta guerra.



## CAPÍTULO 19

ARIA

—No puedo verte con él. —La voz de Nikolai es tranquila, de alguna manera sonando indulgente mientras me ve caminar por la oficina de mi padre.

Miro más allá de dónde él a los cuadros en la pared de mi padre. Hay una foto de mi madre y mi padre, con mi tío entre ellos. Nunca lo conocí. En la foto, los está abrazando, con los brazos alrededor de sus hombros. Es una instantánea en blanco y negro, tomada justo antes de que asesinaran a mi tío. Es uno de casi una docena de cuadros en la pared a la derecha del escritorio de mi padre. Pero esa foto y otra me llaman la atención.

Inspiro y exhalo lentamente mientras miro la segunda foto, tratando de mantenerme erguida y no dejar ver que algo anda mal.

Es la casa de Carter. La casa de los hermanos Cross. La misma fotografía que está en el vestíbulo de Carter. Un pinchazo helado se extiende por mi piel y todo lo que puedo oír son mis respiraciones superficiales.

Lo juro que es la misma. Cuando la vi por primera vez supe que la imagen me resultaba familiar. Pensé que tal vez había estado allí antes, pero por eso me resultaba tan familiar.

Mi padre tiene una foto de la antigua casa de Carter, la casa que destruyó, colgada en su oficina. ¿Es un puto trofeo? ¿Un recordatorio de algo? Mi estómago se revuelve mientras cruzo los brazos con más fuerza, sintiéndome cada vez más como un animal atrapado. Ojalá estuviera aquí mi padre para poder preguntarle. Para poder enfrentarme a él después de todo lo que ha pasado. Sin embargo, si lo estuviera... ni siquiera puedo imaginar por dónde empezaríamos. Toda una vida ha venido y se ha ido. No soy la misma persona que era la última vez que pisé esta casa.

Sin embargo, no importa. Él no está aquí y dudo que venga a buscarme hasta que tenga tiempo. Los negocios siempre han sido lo primero.

—¿Qué te hizo, Ria? —Nik me pregunta y me giro hacia él. Sentado en el sillón de cuero color whisky en la esquina del lugar, veo a Nikolai con una luz diferente a la de antes.

No como mi amigo o examante, no como el chico que me necesitaba. Pero como un hombre lastimado y nervioso, imprudente y deseoso de cambiar, necesítándolo y dispuesto a aceptarlo.

Lo veo como un peligro.

—Nikolai, me estás asustando —yo susurro con una tranquilidad que les suplica que permanezcan en silencio, pero de alguna manera las palabras lo encuentran. La comisura de sus labios se arrastra hacia abajo mientras sus ojos parpadean con una luz de reconocimiento.

—No es mi intención, simplemente no creo que te des cuenta de lo que tiene que pasar —me dice y luego traga con una mirada de angustia en sus rasgos.

—¿Qué tiene que pasar? —le pregunto, sintiendo que se me enfrían las manos mientras permanezco sin rumbo fijo en la habitación. Sabiendo que estoy una vez más a merced de los

hombres que me encuentran deficiente.

—Hoy los hombres morirán.

—Los hombres mueren todos los días —me apresuro a responder y me da una sonrisa triste con su bufido, inclinándose hacia adelante con los codos sobre las rodillas. Mira al suelo y no a mí. Sus ojos se cierran mientras me giro hacia la puerta de la oficina, escuchando gritos que resuenan por los pasillos. Las cámaras están caídas. El teléfono celular de Nik suena, pero solo por un segundo antes de que lo silencio y su mirada se mueva de él hacia mí.

—Todo está bien. Tenías que saber que yo iría por ti —me dice, sus ojos me ruegan que lo niegue, pero ya sabe la verdad.

El latido de mi pecho se intensifica y un calor se extiende a través de mí, pero no lo suficiente como para detener la frialdad que se adhiere a mí.

—¿Me odiarás si te lo hago más fácil? —Nik me pregunta, cambiando su peso y alcanzando detrás de él la pistola metida en la parte de atrás de sus pantalones—. ¿Si lo matara, me odiarías?

Hace esa pregunta maliciosamente, pero niega con la cabeza antes de que pueda responder. Mis labios están separados y las palabras están ahí, *sí, te odiaré para siempre si lo matas*. Las súplicas para no ser son las mismas que he escuchado antes, pronunciadas por mi propia boca.

—Sabes que te amo —me dice y luego agrega—: Y sabes que él no es bueno para ti.

Observo los músculos de su cuello tensarse mientras traga. Se pone de pie y abre un cajón del escritorio de mi padre, toma otra pistola, verifica que esté cargada y la coloca sobre el escritorio antes de cerrar la puerta.

—Te escapaste de él... Pero, aun así, quieres que él viva.

—No puedo explicarlo —le digo a Nikolai, observando cada pequeño movimiento.

Me mira, escucha el rastro de miedo en mis palabras y baja la cabeza.

—Nunca te haría daño, Ria. Deja de mirarme como si lo fuera hacer.

—Hay diferentes tipos de dolor. Y recientemente he llegado a aceptar que algunas personas, algunos hombres muy cercanos a mí, no pueden evitar causarme el peor tipo de dolor.

—No me compares con él —Nik responde, y la amenaza en su voz es tan escalofriante como la agudeza en sus ojos cuando me mira.

La respuesta sarcástica y llana proviene de un lugar de dolor muy dentro de mí.

—¿Cómo me atrevo a hacer algo así, cierto?

—Estás simplemente enferma. —Nikolai habla más para sí mismo que para mí—. Ya lo verás. Cuando todo esto termine, lo verás.

—He pensado mucho en eso. Sobre si estoy enferma o no —le digo mientras él rodea el escritorio y se apoya en el frente—. Creo que tal vez por un momento lo estuve. Quizás cuando no estaba bien, y sé que no estaba bien por su culpa. Pero ahora puedo ver claramente. Y estoy pensando más en mí en estos días.

Mis dedos pican por tocar mi vientre, pero no es así. No quiero que él lo sepa ni nadie más. Esperaré mi momento y luego huiré muy, muy lejos. Seré otra persona. Y dejaré todo rastro de Aria Talvery y de este mundo atrás.

—¿No crees que, si estuvieras enferma, no lo sabrías?

Asiento una vez, sintiendo una fuerza crecer dentro de mí.

—No te equivocas, pero la cosa es que, incluso si estoy enferma, me gusta más quién soy ahora que antes. Veo el mundo por lo que es y soy más fuerte por ello. —No se lo digo a Nikolai, pero en el fondo sé que puedo ser quien quiera. Puedo hacer lo que quiera hacer.

En este momento, huir es lo que elijo, porque quiero que este niño viva una vida rodeada de amor. Y no sé si es posible tener eso con Carter. No importa lo mucho que lo amo o lo mucho

que él crea que me ama. Él no sabe amar. Y no permitiré esa vida para mi hijo.

Con ese pensamiento, se siente como si un clavo dentado recorriera mi pecho desde adentro. Destrozándome. No está bien y no es justo, pero nada de este cuento ha sido así.

—Eres fuerte, Aria, pero puedo darte un mundo en el que no tienes que estar —me dice Nikolai. Su voz acaricia el dolor que cae en cascada sobre mí. Tres escenarios juegan en mi mente, guerreando por dentro.

Uno donde Nikolai me abraza como solía hacerlo. Donde lo miro con el amor y el deseo que solía ser, y luego miro a un niño pequeño en mis brazos, uno que no le pertenece. Un bebé que siempre me recordará que no amo a Nikolai tanto como una vez amé a otro. Nikolai me cuidaría, me amaría y me mantendría no solo a mí, sino también a este bebé. Y yo lo usaría; en el fondo de mi corazón sé que eso es todo lo que podría ser.

Otra versión del cuento de hadas jodido me tiene de vuelta en la cama de Carter, con las piernas cruzadas con un bebé acurrucado y envuelto en mi regazo mientras miro al hombre que amo, sentado al otro lado de la habitación en una silla, mirándome desde la distancia que él elige.

El padre de mi hijo.

La bestia de un hombre.

Si las cosas fueran diferentes, nunca me apartaría de su lado. Pero los deseos y las esperanzas no hacen nada. Las cosas no son diferentes y no criaré a un niño con el veneno y la tensión que conlleva estar al lado de Carter.

Y en la tercera imagen, la que elijo, estoy sola en un porche, meciendo tranquilamente a un bebé en mis brazos. Veo la pequeña casa apartada de la carretera de entrada. Lejos de todo. Quizás un niño o quizás una niña, pero, de cualquier manera, no habrá odio ni venganza que persista a nuestro alrededor. El viento susurrará canciones de cuna y, aunque este bebé no tendrá un padre, le daré todo lo que tengo y lo protegeré de lo que fui y de este mundo vicioso del que vengo.

Un día le contaré una historia tan cruda y verdadera que no se lo creerá. Solo será un cuento de hadas que salió mal. Más importante aún, ese niño será más fuerte y mejor que yo. No puedo elegir una vida mejor para mí. Pero puedo darle una a esta pequeña vida.

—Te quiero, Nikolai —le susurro mientras abro los ojos y luego me aseguro de que me vea, realmente me vea antes de decirle—. Pero no es el mismo amor que me tienes. Y amo a otro más que a ti.

—Tú lo dejaste —me recuerda Nikolai y asiento con la cabeza, sintiendo la crudeza raspando mi garganta.

—Si él me hubiera mostrado el amor que necesitaba, todavía estaría con él. —Dejo que mi mano viaje a mi estómago, donde sé que Nikolai ve cuando le digo—: En este momento no puedo arriesgar nada.

La puerta de la oficina se abre sin previo aviso, trayendo consigo el sonido de la voz de mi padre.

—¿Estarías con quién? —Las palabras suenan cautelosas. Mi corazón se acelera mientras cierra lentamente la puerta detrás de él y las luces se apagan, la oscuridad se hace cargo hasta que se enciende la energía de respaldo.

Mi padre mira detrás de mí, compartiendo una mirada con Nikolai antes de mirarme. Mi respiración se vuelve rápida.

—Padre —exhalo, y no sé qué pensar. No sé qué hacer. En muchos sentidos me siento como su enemigo. Simplemente porque me he acostado en la cama, pero también enamorado del hombre que anhela ver a mi padre dar su último aliento.

—¿Sigues con Carter? —mi padre pregunta, acercándose a mí, cada paso se siente intimidante.

Solo puedo tragar hasta que él deja escapar un profundo suspiro y me mira con simpatía.

—No escuché todo —dice, sus ojos se posan en Nikolai antes de encontrar mi mirada de nuevo y continuar—. Pero niña, esto no es tu culpa, y lo siento.

Una repentina oleada de alivio me recorre. Mis pulmones están quietos y se niegan a moverse, incluso con la tranquilidad.

—Está bien, Aria. —La voz de mi padre es tranquila y no da más que consuelo. No puedo evitar moverme hacia él y, mientras lo hago, abre los brazos.

Ser amada incondicionalmente es algo tan raro. Pero de un padre a un hijo, hay perdón en cada momento. Las paredes protegidas se derrumban a pesar de que soy tan consciente de que Nikolai está detrás de mí y mi padre frente a mí, acercándose para acercarme. Susurra que no es culpa mía. Sus palabras son de disculpa.

Me abraza, me abraza como antes, pero cuando era niña. De vuelta cuando lo dejé.

—Lo siento mucho, Aria —él dice y me abraza con fuerza, aunque su voz es tensa.

—No es tu culpa —le digo, porque es verdad. Esta es la vida que llevamos y criamos. Nadie tiene la culpa del odio y los estragos que trae. Simplemente existe.

—Tengo miedo —confieso contra su pecho. El olor a cuero suave y colonia especiada me envuelve al igual que sus brazos.

—Crees que lo amas, y considerando lo que hizo, lo entiendo. —Es casi impactante escuchar sus palabras, pero luego susurra—: No lamento tener que matarlo.

Mi cuerpo se pone rígido en su abrazo, pero si mi padre se da cuenta de eso, no lo deja ver. Un solo aliento me deja con los ojos abiertos, mirando la pared frente al escritorio de mi padre, donde las fotos me devuelven la mirada.

—Debería haberlo hecho hace mucho tiempo —me dice mientras me aparto un poco, sin querer nada más que huir una vez más. *Huir muy, muy lejos*, pienso mientras mis dedos pasan por mi vientre y me alejo de mi padre. Apartándome de mi padre, veo que sus ojos están tan fríos y oscuros como siempre.

Un paso, luego dos.

El segundo paso viene con el temblor del suelo. Un estruendo al principio, pero luego un movimiento tan brusco que casi pierdo el paso.

Bombas. Una tras otra y aparentemente a nuestro alrededor. Duras tomas de aire. Un pico de miedo y adrenalina.

Estamos bajo ataque. Y no sé si es Romano... o si es Carter viniendo por mí.

Los hombres gritan, pero no los dos con los que estoy. Están en silencio mientras caigo al suelo sobre mi trasero y me muevo hacia el borde de la habitación. Para esconderme en un rincón y sujetarme allí. Las explosiones están cerca, pero no lo suficientemente cerca como para golpearnos. Aun así, siguen llegando. Cada uno suena más cerca que el anterior.

Nikolai y mi padre no buscan refugio como yo. Actúan como si lo esperaran mientras simplemente se apoyan contra la pared de la habitación, dejando que cada golpe de balanceo golpee sin una diferencia en su expresión.

El suelo tiembla y los sonidos de las explosiones reverberan por la habitación. Las bombas deben estar cerca, porque las estanterías se empujan y con ellas, los libros caen. Observo la pistola mientras traquetea sobre el escritorio, el metal rozando el borde a medida que se acerca a la caída, pero de alguna manera se las arregla para aguantar, incluso cuando el monitor se estrella contra el piso, agrietando el marco y forzando un grito de mi con la siguiente explosión fuerte.

Eso hace siete.

La lámpara se ha desplazado hasta el borde del escritorio, donde se cae en cámara lenta con la última explosión. Golpea la pistola que Nikolai dejó allí en la esquina, y la mirada de mi padre se detiene en el acero.

—Jefe. —La voz de Nik es severa, directa, casi una declaración más que una pregunta y la mirada dura entre dos hombres verifica que mi padre también lo reconoce.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —La pregunta de Nik es casual, tranquila esta vez.

—Siete —susurro la palabra, atreviéndome a ir en contra de los deseos de mi cuerpo congelado. Lo único que puedo sentir es el hormigueo entumecedor del miedo. Pero conté siete —. Siete explosiones.

Los ojos de mi padre permanecen en los míos y solo cuando dirige su atención a Nikolai puedo respirar de nuevo. No me responde, no me dice ni una maldita palabra mientras me quedo donde estoy, agachada y contando cada segundo desde ahora hasta que estalle otra bomba. Pero la próxima nunca llega.

Los pasos pesados recorren la habitación al mismo tiempo que mi pulso acelerado mientras mi padre camina alrededor de su escritorio, pateando su computadora caída mientras lo hace. Mis hombros se encorvan hacia adelante y mis ojos se cierran de golpe ante el crujido de la pantalla.

Me estremezco de nuevo cuando Nikolai pone una mano en mi espalda, extendida y destinada a consolarme. No puedo evitar dejar escapar un breve grito y retroceder hasta que veo que es él.

—Joder —jadeo y trato de calmar mi corazón acelerado. Es demasiado. Este mundo es demasiado.

—Estás bien aquí —me dice Nik y en el momento en que lo hace, mi padre le ordena que se vaya.

—Baja al ala oeste. Consigue a Connor y al resto de ellos. Bloquea a cualquiera que entre. — Nunca he visto a mi padre con el aspecto que tiene ahora. Con ambas manos colocadas ligeramente sobre su escritorio mientras se para en su cabecera, todo en la parte superior de la elegante superficie negra está desordenado e incluso las pinturas detrás de él están torcidas.

La habitación no refleja nada del hombre controlado y poderoso que ha gobernado desde ese mismo lugar durante años. Y tampoco la mirada en sus ojos. Hay una tristeza envuelta alrededor de los oscuros remolinos de su mirada. Y una sensación de aceptación, además de un cansancio que nunca había visto.

—¿Padre? —Me atrevo a hablar y él se atreve a ignorarme.

—Asegura el pasillo y mata a cualquiera que entre. —Él no me habla. Solo a Nikolai.

Un pliegue marca el centro de la frente de Nik cuando hace un gesto hacia el teléfono que tiene en la mano, la pantalla se ilumina con notificaciones cada pocos segundos.

—No hay señales de nadie...

—¡Lo sé! ¿No crees que vi los mensajes? —Mi padre le grita con palabras apresuradas. La ira y el miedo cruzan su expresión, pero esta vez, Nik no se opone. Todo lo que veo es su espalda mientras su paso decidido lo aleja de mí y sale de la habitación.

Dejándome sola con mi padre.

Todavía estoy en el suelo, esperando otra señal de lo que vendrá cuando mi padre arroja algo al otro lado de la habitación. Aterrizza con fuerza frente a mí, tal vez a un pie de distancia y, de nuevo, estoy cagada de miedo. Mi estúpido corazón no deja de intentar escapar de mi pecho.

Esto es la guerra, pero no sé cuánto más puedo soportar.

—Tu cuaderno —dice mi padre—. Deberías tomarlo mientras puedas.

Apenas puedo distinguir sus palabras, y mucho menos cuál es el objeto con la adrenalina y el

miedo que me atraviesan. Mi cuaderno de bocetos que había perdido hace mucho tiempo, el cuaderno que comenzó todo esto.

Todavía me sorprende la traición al saber que era Nikolai. Que toda esta mierda comenzó con él atrayéndome y dejándome creer que era alguien a quien odiaba, alguien que lo habría dañado solo para hacerme enojar, o peor aún, quemarlo o tirarlo, simplemente porque podía. Saber que no era Mika, y que era Nikolai, me hace sujetar con más fuerza el cuaderno de bocetos. Creo en el destino y que todo sucede por una razón.

La portada no es nada especial. Simplemente una serie de flores silvestres pintadas con acuarelas. Así era desde que lo compre. Pero dentro de sus páginas hay bocetos del mundo en el que solía vivir. El que se mantuvo a salvo en los confines de mi habitación al otro lado de la propiedad. Fantasías que me atreví a soñar. Y vidas que nunca he vivido.

Mientras miro el diario, me doy cuenta de cuánto ha cambiado tan rápidamente. Pero una cosa nunca lo ha hecho. Nunca cambiará.

—Pensé que habría pistas sobre a dónde habías ido —me dice mi padre, explicando por qué lo tiene. Nikolai me lo robó. Mientras me arrastro más cerca de él, apretándolo contra él, todavía me estoy recuperando de su confesión.

—¿La foto de mamá todavía está adentro? —De alguna manera tengo el coraje de preguntarle.

Mi padre solo me mira fijamente, una mirada dura que no puedo ubicar. Es casi una vergüenza, casi un odio que viene de él y no sé por qué. Él no me responde, lo que me obliga a tragar con la boca y la garganta seca mientras me acerco al cuaderno y dejo que las páginas pasen por mis dedos hasta que aterrizan en el mismo lugar que había visto por última vez. En el que la dibujé, pero la foto no está.

Justo cuando la afilada hendidura en mi pecho parece profundizarse, los bordes de las páginas caen de la yema de mi pulgar hasta que se detienen, revelando la foto apretada justo detrás de la portada.

Los amables ojos de mi madre me miran, en blanco y negro, y los recuerdos de su baile en el fondo de mi mente. Cuando los días no eran tan largos y estaban llenos del terror que soportan hoy.

Cuando sabía que yo estaba a salvo y amada y que no pasaría nada malo, y sin embargo, todo era una mentira.

Con una pequeña y triste sonrisa, trago la sequedad de mi garganta y tomo la foto para mostrársela a mi padre, mientras susurro un entrecortado—: Gracias.

Un pinchazo frío me recorre los hombros, provocando que un escalofrío recorra mi espalda hasta que guardo la foto. Es una sensación extraña. Una que me recuerda cómo me sentí en el baño esta mañana en la habitación de Carter. Un sentimiento como si alguien más estuviera aquí.

—Ella siempre fue tan hermosa. —La declaración de mi padre es dura. Ni una pizca de emoción dada a las palabras. De nuevo mis ojos encuentran su foto en la pared, una versión más joven de mi madre, colgada junto a la foto de la casa de Carter.

—Lo era —hablo sin ganas y luego asiento con la barbilla hacia la pared, y mientras lo hago, alguien grita desde el final del pasillo. Suena más como una orden que cualquier otra cosa, en algún lugar en la distancia, pero es todo lo que he escuchado desde que el suelo dejó de temblar.

Espero un momento, mi cuerpo quieto, con ganas de saber más de lo que está pasando, pero mi padre no duda. No parece reaccionar en absoluto a lo que sucede fuera de esta habitación y no entiendo por qué.

—Esa no es la foto que sigues mirando —él dice y el escalofrío vuelve a mí, como el borde de

un cubo de hielo corriendo por la parte posterior de mi cuello—. ¿Él también te mostró una foto de su casa?

Mi estómago se revuelve cuando asiento una vez, forzando mi mirada a encontrar la de mi padre.

—Sí —respiro la palabra, sacando fuerzas de la verdad y sintiendo un borde de desafío que no sabía que tenía. —¿Por qué la tienes? —le pregunto tranquilamente, levantándome lentamente y agarrando el cuaderno con fuerza en mi mano derecha.

—La misma razón por la que colgué todas estas fotos aquí. Son los fracasos que llevaron a mi destrucción —me dice, volviéndose para mirar las fotos e ignorándose—. Cada uno de mis errores.

Puedo sentir la agonía desgarrarme mientras miro hacia atrás a mi madre. A la foto de ella con mi tío y mi padre. Tragando saliva, trato de hablar, pero no puedo.

Da golpecitos con el dedo en el cristal del marco de la foto, la de la casa de Carter que fue destruida.

—Debería haberme asegurado de que todos hubieran muerto esa noche. Cuando colgué esto, pensé que serían ellos los que me matarían. Todavía pueden serlo. Tal vez incluso esta noche.

Una parte de mí desea consolar a mi padre, asegurarle que todo estará bien. Pero solo serían mentiras, y él sabe más que eso.

—¿Son ellos los que están aquí? —Me las arreglo para preguntarle, ocultando mi desesperación por saber y por qué quiero saber. La ansiedad susurra cada centímetro de mi piel.

La sonrisa de mi padre hace que sus ojos se arruguen y la risa áspera se acompaña de la tos reveladora que proviene de los pulmones de un fumador. Mientras estaba fuera, rezando para que viniera a salvarme, me olvidé de la edad que ha tenido mi padre en los últimos años.

—Sí, por supuesto que lo son. —Su respuesta es la que esperaba, aunque sé que no debería. Mi corazón martillea y mi pulso se acelera, pero no le muestro nada a mi padre. No le doy ninguna indicación de cómo me hace sentir ese conocimiento.

Ante mi falta de conmoción, mi falta de emoción, sin saber cómo reaccionar mientras los pensamientos corren por mi mente, mi padre me ofrece una pequeña sonrisa y luego señala la foto de mi madre, tocando su dedo una vez más, pero esta vez en el mismo borde de esta. Casi como si tuviera miedo de tocarla.

—Sabes que te amo —dice mi padre y es entonces cuando su voz se quiebra y su expresión se arruga—. Nunca fui un buen padre, pero te elegí a ti y pensé que contaba para algo.

—Eres un buen padre —le digo, sacando las palabras en un suspiro superficial, tratando de contener la culpa y el miedo de lo que vendrá.

Podría ahogarme en mis emociones cuando doy un paso tembloroso más cerca de él, necesitando abrazarlo como él me abrazó antes.

—Sé que fuiste duro conmigo, pero esta vida es dura y lo necesitaba. —Ahora lo entiendo, por qué siempre me hizo estar sola. Quizás él sabía que este día llegaría antes que yo. El día en que alguien se lo quitaría todo.

—No, no, Aria —dice mi padre mientras niega con la cabeza. Sus ojos buscan los míos, sin revelar ningún secreto, pero ocultando cada uno de ellos.

Se escucha otro grito, esta vez más lejos y me llama la atención, pero solo por una fracción de segundo hasta que escucho a mi padre decir—: Tu madre no me pertenecía. Se suponía que se casaría con mi hermano.

Un latido de mi corazón, desigual y dentado.

—Ella lo amaba y a su dinero... su poder. Se suponía que él heredaría todo. Él era el que

estaba destinado a gobernar.

Otro latido de mi corazón y mi padre quita la foto, el marco hace un crujido horrible como él, el marco se astilla, quizás de ser tan viejo. Sé que se suponía que mi tío era el capo, el cabeza de familia. Él era mayor que mi padre, pero lo mataron antes de que pudiera hacerse cargo.

Lo que yo no sabía es que mi madre estaba involucrada con mi tío. Nunca me habían dicho tal cosa.

—¿Se enamoró de ti después de su muerte? —Asumo en voz alta.

—Ella estaba embarazada y tenía miedo —dice mi padre, sin mirarme en absoluto, o la lenta comprensión que se forma en mi rostro—. Necesitaba a alguien que la protegiera después de su rápida aventura con él y yo la amaba. Y la deseaba.

No puedo respirar, lo juro. Una mano invisible parece estrangularme mientras mi padre levanta lentamente su mirada hacia la mía.

—¿Qué? —La incredulidad oculta el susurro.

—Estuvieron juntos por poco tiempo y la mayoría de la gente no tenía ni idea. Pero cuando él fue asesinado, ella estaba embarazada, sola y con un precio por su cabeza.

—¿Mi madre? —No sé cómo se me escapa su nombre, mi respiración me estrangula mientras se niega a irse.

—Le dije que nadie lo sabría nunca y ella aceptó. —El pulgar de su mano izquierda recorre el lugar donde un anillo de bodas abrazaría su dedo anular—. Siempre te quise. Siempre te amé como si fueras mía.

Mi cabeza se sacude por sí sola y mis ojos se agrandan. Amplia de sorpresa, amplia de miedo en la forma en que mi padre habla.

—Traté de amarte y mostrarte cuánto te amaban. Sí, fui duro contigo. Fui duro contigo porque esta vida es dura, pero también... te pareces a tu madre.

Busco algo detrás de mí para estabilizarme, pero no hay nada.

—Ella nunca me amó. —Mientras él habla, la suave reminiscencia es instantáneamente reemplazada por odio—. Hasta que decidió que ella quería más. Quería a alguien más y haría cualquier cosa para alejarse de mí. Era una rata. No estoy seguro de cuántos errores cometí realmente a causa de tu madre. Acogerla, no matarla antes o hacer que la asesinen.

Todo en mi cuerpo está frío, del tipo adormecedor que me hace sentir que no puedo estar aquí. Como si esto no pudiera ser real. Él no lo hizo. Él no hizo que mataran a mamá.

—No. —La palabra llega espontáneamente mientras el miedo se instala profundamente en mis huesos.

—Nunca fuiste un error, Aria. Incluso cuando me haya ido, quiero que lo sepas. Sé que fui duro y frío, pero no fue por ti. Yo te amaba.

Puedo verlo en sus ojos, me está diciendo la verdad. Cada parte de ella. Oscuro e insensible.

—No podrías haberlo hecho —le digo, pero mis palabras son débiles y desesperadas.

La triste sonrisa grabada en su expresión está plagada de agonía.

—Ella iba a hacer que me mataran, Ria. Era ella o yo.

—No. —Mi memoria está deformada y retorcida. Mi realidad aún más.

—Sé que ella fue un error, tu madre lo fue. Uno que se ha quedado conmigo y todavía permanece en esta casa.

Casi lo llamo papá; Casi le suplico que se detenga. Que me diga que todo lo que acaba de decir es mentira. Pero no puedo decir una maldita palabra. Ni siquiera puedo moverme.

—Sin embargo, siempre tuve que verte. Eras un recordatorio constante.



## CAPÍTULO 20

CARTER

—Un pasillo más —escucho a Declan decirme en voz baja desde mi auricular—. Dos hombres a la derecha en la esquina.

La inquietante calma que surge en momentos como estos me rodea. Con cuatro grandes escalones llego al final del pasillo, me detengo en la esquina y espero. Escuchando cada sonido.

Sebastian y Jase están callados detrás de mí, pero están ahí, ambos armados y listos con los silenciadores. Solo Jase está marcado con una salpicadura de sangre, pero cada uno de nosotros ha matado desde que entramos por una ventana, la rompimos durante una explosión y nos colamos en los pasillos oscuros de este castillo prohibido.

*Nos estamos moviendo demasiado lento.* El pensamiento mantiene mi ritmo rápido. Cada segundo lejos de ella es otro momento que le podría pasar algo. Un momento alguien podría alejarla de mí.

No escapa a mi atención que casi muero aquí hace casi una década. Cada paso silencioso me recuerda lo que podría haber sido si mi vida hubiera sido truncada.

Volviéndome hacia mi hermano, asiento con la cabeza y, de repente, los tres salimos al pasillo. Conteniendo la respiración y luego soltándola, aprieto el arma, el metal retrocede y la bala atraviesa el aire y golpea la parte posterior del cráneo de algún cabrón. Hay una grieta aguda, una neblina de sangre rociada contra la pared prístina a mi derecha. El estallido de otra bala y luego otra son seguidos por los golpes de cuerpos flácidos y pesados que caen al suelo.

Vienen cuatro hombres, detrás de ti y otro a tu izquierda. Saben que algo anda mal —dice Declan en el auricular mientras la adrenalina sube y Jase y yo compartimos una mirada.

—Ve por ella, nos encargaremos de ellos —me dice Jase, estirando la mano y apretando mi hombro con su mano izquierda. Sebastian asiente, sosteniendo su arma con ambas manos y manteniendo su espalda contra la pared mientras el sonido de pasos y un grito para que alguien responda resuena en el largo pasillo.

—La tendré pronto —les digo a ambos—. Y luego volveré aquí.

No sé por qué, pero se siente como si fuera una mentira. Como si no fuera a regresar.

Jase me da una sonrisa y rápidamente se da la vuelta, los débiles sonidos de él recargando su arma me llegan.

Sebastian mira por encima del hombro una última vez para mirarme antes de seguir a Jase por donde vinimos.

Sin ellos se siente diferente. No se trata de venganza o asesinato. No se trata de una guerra o de un juego de poder por el territorio. Se trata solo de ella. Sobre Aria.

No le fallaré. No la dejaré morir.

Impulsado por el recuerdo de mi pesadilla, sigo adelante. Cada paso se siente más pesado, más fuerte que antes, aunque todavía sigo avanzando en silencio.

Soy vagamente consciente de que Declan me dice algo, pero lo ignoro. No necesita decir una maldita cosa cuando llego a la esquina y escucho voces.

Dos voces.

La luz se filtra bajo la puerta cerrada en el pasillo oscuro. Y con él están los sonidos de Aria suplicando a su padre. Rogándole por algo.

Mi corazón se retuerce en un miserable nudo. Ese sonido no debería existir. El dolor en su cadencia. No debería permitirse.

Mi visión me engaña, dándome destellos de semanas atrás. De Aria de rodillas y a mi merced. Ojalá pudiera retractarme. Mientras mi mano se posa en el pomo de acero frío de la puerta que silencia sus gritos, desearía poder retirar todo.

Cada parte de ella. Incluso en el momento en que me aferré a la vida al oír su voz atravesando una puerta cerrada.

Solo me toma medio segundo empujar la puerta para abrirla, el arma en alto y lista para disparar, pero es inútil. El cañón de uno ya me devuelve la mirada.

—¿De verdad pensaste que no estaría listo para ti? —Talvery sisea cuando Aria toma aire, con los ojos muy abiertos y apoyada en una esquina. Las lágrimas corren por su rostro y ahora podría matar al hijo de puta.

—Papá, por favor —ella le suplica y no puedo dejar de mirarla, incluso cuando el sudor en mi mano me hace sujetar el arma con más fuerza.

—Suelta tu arma —él exige y la pistola se desliza ligeramente en mi agarre cuando escucho a Aria susurrar mi nombre. No con miedo, no con ira. Puedo oír cómo me necesita. No se lo negará su voz.

En mi periferia, ella da un paso hacia mí y su padre amartilla su arma en respuesta. El clic es rotundo y premonitorio. Aria se queda quieta al instante.

Es solo ahora, frente a tener que tomar la decisión, que me pregunto si puedo matarlo frente a ella. Si puedo quitarle a su padre.

—No lo hagas —ella le ruega en un susurro sin aliento. Ella aún me ama. Puedo sentirlo en su forma de hablar. Una parte de ella todavía se preocupa por mí.

Aprieto mi agarre en el arma, sin saber si ella todavía me amará después.

Si ella no estuviera aquí, yo estaría muerto. Podría hacerlo si ella no estuviera aquí. Pero con ella mirando, todavía rogando y esperando que el destino inevitable cambie ante sus ojos... estoy dudando. He pasado una década esperando matar a este hombre. Esperando hacerle sufrir por lo que me hizo.

Pero si ella me odia después... entonces bien podría ser yo el que muera.

En cualquier otra situación, no habría dudado. Talvery estaría muerto simplemente porque se tomó el tiempo para hablar. Aunque necesito que Aria me ame. Una vida sin amor no es vida en absoluto.

Yo tampoco quiero morir. No quiero que ella me vea morir.

Por primera vez en años, no quiero morir. Necesito protegerla. Necesito hacerlo bien.

—Aria —digo su nombre simplemente porque necesito verla una vez más. Necesito saber que ella todavía me ama. Necesito que ella sepa que está bien. Pero cuando ella me mira, su padre habla.

—¿Pensaste que no podía verte? —Talvery se burla, pero no lo escucho.

—Por favor, papá —ruega Aria, su pecho subiendo más alto y cayendo más profundo.

—¿Que no tenía cámaras de respaldo?

Todo lo que puedo pensar es que necesito salvarla. En el fondo de mi mente, aunque estoy mirando entre Aria y Talvery, todo lo que puedo ver es a ella en el piso de mi oficina. De rodillas entre mis piernas, fría y sin respirar.

No dejaré que eso suceda.

—Estoy cansado y envejeciendo. Pero aún no he terminado de pelear. Y no soy tan jodidamente estúpido —dice en voz baja y sé que va a apretar el gatillo—. No me tumbaré y moriré.

—¡No! —El grito de Aria resuena en el aire al mismo tiempo que él pronuncia su última palabra.

La declaración de Talvery nuevamente no significa nada, pero Aria arrojándose hacia adelante, alcanzando el arma que la tienta en la esquina del escritorio, lo es todo.

Su embestida nos distrae a los dos. Pero cuando se gira hacia ella, no puedo hacer nada más que lanzarme entre el arma que él apunta a ella y la mujer a la que necesito proteger. La única razón por la que he tenido que vivir.

Mi arma le dispara a él al mismo tiempo que la suya, apenas rozando el brazo con el que sostiene la pistola mientras maldice.

No siento el primer disparo. Ni siquiera siento el segundo, pero lo veo. Veo el cañón del arma e incluso mientras la bala vuela hacia mí, juro que lo veo. El sonido del disparo es como ruido blanco y no significa nada comparado con el sonido de los gritos de Aria. Su voz llena la habitación y parece arrastrarse en el tiempo mientras mi corazón late lentamente. Solo un latido de su largo grito mientras envuelve sus brazos alrededor de mí.

Su voz se convierte en una canción, un murmullo de palabras cantadas en voz baja; no puedo entender lo que está diciendo mientras miro mi pecho, el rojo brillante empapa la camisa blanca mientras caigo al suelo.

Mi brazo no me sostiene, simplemente golpea el suelo con fuerza, seguido de mi espalda y es entonces cuando siento las punzadas de dolor.

Intento tragar, pero en su lugar sale sangre. Una boca llena que se derrama de mí mientras trato de decir su nombre.

En algún lugar de mi mente, creo que debería haberle disparado cuando entré por primera vez. No debería haberme preocupado por Aria. Debería haberlo matado sin pensarlo dos veces.

Una sensación de mareo se apodera de mí cuando mi cabeza cae hacia atrás, pero obligo a levantar el cuello, me obligo a mirar a Aria, a ordenarle que se ponga detrás de mí, pero ella no me mira y no puedo hablar. Cada vez que lo intento, la sangre caliente me llena la boca. Es todo lo que puedo probar; es todo lo que puedo oler. Lucho por respirar, por moverme uniformemente y no es el dolor. El dolor no es nada. Algo más me está reteniendo.

—¡No! —Escucho a Aria gritar, pero suena tan lejano.

—Lo siento —trato de decirle, pero las palabras quedan ahogadas mientras me ahogo con mi propia sangre. El odio me impulsa a mantener los ojos abiertos mientras Aria le grita algo que no puedo oír a su padre. Ella está aquí, tan cerca de mí, pero no puedo mover los brazos para abrazarla más. Mi cuerpo está tan entumecido, tan pesado.

Lamento haberla puesto en medio de esto. Lamento haberla puesto en peligro. Lamento haberle hecho querer huir de nuevo. Lamento no poder protegerla. Ese es mi peor pecado.

Cuando veo que la oscuridad se asienta, los sonidos se desvanecen hasta desaparecer y su toque se desvanece, lamento mucho no poder protegerla.

Joder, no. Necesito protegerla todavía.

No quiero dejarla. No quiero morir.

—Aria —trato de decir su nombre, pero no puedo.

Intento luchar contra el gran peso que me retiene.

—Te amo —digo, pero las palabras no se escuchan. ¿Las dije yo?

Ella debe conocerlas. Ella debe.

—No puedes morir, Carter —oigo susurrar a Aria y suena tan cerca, pero no puedo verla, no puedo sentirla.

Por primera vez en tanto tiempo, tengo miedo. Estoy aterrorizado.

No podría importarme menos la vida y la muerte. Pero no quiero estar sin ella. Necesito a Aria. Necesito protegerla. Y mientras la oscuridad se apodera de mí, estoy realmente aterrorizado de no volver a verla nunca más.

El último pensamiento que tengo es que, si yo muero, ella no puede morir por mí. De repente, el frío se siente tranquilo.

Ella no murió por mí. Si el precio para cambiar el curso del destino era que yo debía morir por ella... que así sea.

## CAPÍTULO 21

ARIA

La sangre está por todas partes. Mis manos están manchadas de ella mientras aplico presión sobre la herida de bala y le grito a Carter que me responda.

—Mírate. —Mi padre no ha dejado de hablar, no ha dejado de avergonzarme por quedarme al lado de Carter. No ha dejado de avergonzarme por alcanzar el arma.

Tuve que intentarlo. Con un hombre a cada lado de mí, ambos queriendo matar al otro, no podía quedarme indefensa, sin hacer nada.

La sangre no está tan caliente como las lágrimas que no paran. Él no me está respondiendo; no me responde por mucho que grite. Su nombre me desgarró la garganta mientras grito su nombre. Mientras lo hago, la presión se eleva ligeramente en la herida casi en el centro de su pecho y más sangre se acumula a su alrededor.

*Aférrate a él fuerte o morirá.*

LAS PALABRAS de un hombre que nunca conocí vuelven a mí, y empujo mi cuerpo hacia abajo, agarrando a Carter y poniendo todo mi peso en mis dos manos, aun comprimiendo las heridas.

—No me dejes —lloro mientras mi cabello se pega a mi cara mojada y las lágrimas calientes se mezclan con su sangre mientras apoyo mi mejilla en el hueco de su cuello.

Puedo sentir su corazón.

Suena cuando la puerta de la oficina se abre con un chirrido y mi padre me grita que me levante. Que soy una Talvery y demuestre que él tomó la decisión correcta hace tantos años. Que soy verdaderamente su hija. Sus palabras no significan nada para mí. Cuelgan en el aire. Todo lo que escucho es el débil latido del corazón de Carter y lo lento que es. Se está desacelerando.

Solo giro la cabeza para mirar a mi padre cuando lo escucho amartillar el arma de nuevo.

Mi garganta está apretada por la emoción mientras miro desde el cañón del arma hacia él. Sin embargo, la presión que tengo sobre las heridas de bala de Carter no vacila.

—Lo amo —le suplico a mi padre y, mientras lo hago, noto tardíamente que un arma está a solo un pie de donde estoy, tan cerca que podría alcanzarla. Qué cosa tan inútil venir a mí ahora. Si lo dejo ir, Carter morirá. Lo sé en el fondo de mi alma.

Si la alcanzo, lograré agarrarla y matar a mi padre para acabar con todo esto, ¿qué sentido tendría vivir?

Prefiero morir así, haciendo todo lo posible para salvar al que amo, que vivir sabiendo que lo dejé morir.

Mis ojos se mueven del arma al retrato de la casa de su familia y cierro los ojos, presionando mi mejilla contra el pecho de Carter mientras lo abrazo con más fuerza. Aunque ya no puedo sentir su pecho moverse. Tampoco lo escucho respirar.

—Elige a tu familia, Aria. Hazte a un lado y déjame acabar con él. Yo te perdono —subraya mi padre en la última frase.

Lentamente, lo miro. Sus ojos se ponen vidriosos mientras aprieta el arma con más fuerza.

—No importa lo que pasó antes, pero ahora debes escucharme. Tienes que actuar como la mujer para la que te criaron —me dice mi padre y en lugar de escucharlo solo escucho las palabras de Tyler.

No puedo mirar a mi padre ni a la pistola.

—Lo siento —susurro. No a mi padre, sino a la versión de mí que podría haberlo hecho mejor. A las esperanzas de lo que pudo haber sido y luego recuerdo, recuerdo la pequeña vida dentro de mí y lloro más fuerte. Lloro a todos por lo que podríamos haber sido si el destino nos hubiera tratado mejor.

—Perdóname —grito en el hueco del cuello de Carter y luego escucho esa voz de nuevo, la que solo he escuchado en mis terrores. *Aférrate a él fuerte o morirá.*

—Lo estoy haciendo —le susurro a la nada.

Y con eso escucho a mi padre susurrar cómo su propia hija lo traicionó y luego me dice adiós con un disparo siguiéndome de cerca. La bala es fuerte y hace que mis hombros salten, pero me quedo cerca de Carter, aferrándome a él con todo lo que tengo.

Sé que lo escuché. Juro que lo hice, pero no siento nada. Nada en absoluto.

Mis ojos se abren lentamente y tengo demasiado miedo para respirar. Sé que lo escuché disparar, pero no me dio. Pasa un largo momento antes de que escuche caer un cuerpo. Primero un ruido sordo y luego un golpe más fuerte. Tengo que darme la vuelta, ponerme de cara al escritorio y ver a mi padre, tumbado boca abajo en el suelo, con los ojos mirando al frente, pero sin mirar nada mientras la sangre se acumula a su alrededor, saliendo del agujero de su mejilla.

Un segundo pasa, *tic*.

No puedo hacer nada. El grito es silencioso.

Pasa otro segundo, *tac*.

Y ahí es cuando noto un movimiento detrás del escritorio.

Mis ojos viajan por los pantalones del traje, hasta la camisa ajustada cubierta de sangre.

La expresión de Nikolai no es fría, no está enojado. Tiene el corazón roto cuando baja su arma y lo veo tragar.

—¿Quieres decirles que fuiste tú o deberíamos decirles que yo lo hice? —me pregunta y su última palabra sale entrecortada. Mira entre Carter y yo y ni siquiera puedo responderle. No puedo pensar en nada más que en cuánto tiempo ha pasado desde que sentí los latidos del corazón de Carter.

Un pulso débil es la única respuesta que obtengo ante ese pensamiento.

—Ayúdame —le suplico.

## CAPÍTULO 22

ARIA

**S**e lo llevaron. Me lo quitaron. Jase apartó mis dedos y Sebastian me apartó mientras yo gritaba. El recuerdo se repite una y otra vez, pero no soy yo. Simplemente lo estoy viendo suceder como las escenas de una película.

—Me duele mucho —luchó por decir en voz alta y no sé quién puede oírme porque ni siquiera sé quién está a mi alrededor.

—Necesitas cambiarte, Aria. —Escucho la voz de Jase, y los temblores que me recorren el cuerpo solo aumentan.

—¿Él está bien? —Lloro las palabras y me dejo caer en su abrazo. Cuando miro hacia adelante, Nikolai está mirando. Él me salvó. Salvó a Carter.

—Están haciendo lo que pueden —es todo lo que Jase me dice en voz baja, como si no deberíamos estar hablando y las lágrimas caen, pero ya no lloro. En lugar de eso, contemplo la habitación. Contemplo a todos. ¿Cómo bajé las escaleras? ¿Cómo llegué aquí y por qué Nikolai y los hombres de mi padre están en el mismo lugar con Jase y Sebastian? Aquí también hay otros hombres. Hombres de ambos lados.

Mi cara está caliente; mi pulso se acelera. Antes de que pueda rogarle que me lleve con Carter y que lo traiga de vuelta a verme, escucho otra voz.

—Esta tregua no va a durar mucho. —La voz de Brett recorre la habitación junto con el sonido de varias armas.

El sonido de las armas se eleva rápidamente detrás de mí, y ver las armas por todos lados, me calienta la sangre.

—Bájenlas. —Me arrancan las palabras y me apresuro a alejar a Jase. Camino con piernas temblorosas, pero con un propósito hasta que le arranco el arma de la mano.

Esta guerra ha terminado.

Se acabó el derramamiento de sangre.

Ya terminé con eso.

Una expresión de sorpresa está escrita en el rostro de Brett, pero no tengo piedad por él. No hay piedad para nadie, ya no.

—Ha habido muertes más que suficientes hoy.

*Carter.* Mi corazón se rompe por la mitad al pensar en él muriendo. Él apenas está aguantando y yo no estoy a su lado. No puedo dejar de ver su rostro. O escuchar la forma en que dijo mi nombre.

La pistola está caliente en mis manos y giro a mi izquierda. De pie frente a las escaleras, golpeo la mesa con el arma y sacudo el precioso jarrón que mi madre solía llenar de flores cuando yo era niña. Declaro—: No permitiré que suceda nada más.

Las oscuras palabras pronunciadas me abandonan, aunque no me dirijo a nadie.

En mi periferia, apenas veo a los hombres bajar sus armas. Sus ojos me queman, preguntándose si tengo alguna autoridad, y yo me pregunto lo mismo.

Esto tiene que terminar y tengo que ir con Carter. Es todo lo que puedo pensar mientras las emociones me suben a la garganta.

—Queremos a Romano muerto —habla Jase y su voz se transmite a través del gran espacio y hasta los techos altos.

—Pelea conmigo —le digo, endureciendo mis palabras y sintiendo que la ansiedad se extiende en cada miembro que tengo. Cada centímetro de mi cuerpo está caliente. Cada pulso parece fuerte y duro.

—Alguien tiene que pagar por todo esto. Y ese hombre es Romano— le susurro a Jase, aunque es lo suficientemente fuerte como para que todos en esta habitación lo escuchen.

—Mi padre está muerto, pero no dejaré que nadie más muera, no de tu lado —mi voz se endurece cuando le digo, mirando a Jase a los ojos—. Y no de los míos. ¿Entendido?

Los labios de Jase se mueven.

—Entendido —responde y luego se vuelve hacia Nikolai.

—¿Qué me dices de tu padre? —Me pregunta Brett.

—Él traicionó a mi madre y su lealtad —hablo, aunque mis palabras son ahogadas. No sé qué pensar o creer; todo lo que sé es que él está muerto y mi madre nunca volverá. No tengo ninguna respuesta, nunca tendré una forma de adquirirlas—. El reinado de mi padre terminó y eso es todo lo que importa.

—¿Quién reina ahora? —pregunta alguien a mi derecha y la habitación resuena con el sonido de pies moviéndose.

—Reinamos juntos. —No dudo en hablar. Mi voz es clara y transmite una fuerte convicción—. Hasta que Romano esté diez pies bajo tierra, esa es la máxima prioridad para todos nosotros.

Me siento mareada con el aire tenso y la falta de una respuesta clara.

—¿Entendido? —Eso sale forzado, desafiando a Nikolai o Jase a estar en desacuerdo.

—Cross. —La palabra es prácticamente escupida de la boca de Nik y el aire se espesa y prácticamente me asfixia mientras veo a los hombres encontrarse cara a cara.

—¿Cuál es el estado de tu guerra, Hale? —Ha pasado un tiempo desde que escuché a alguien llamar a Nikolai por su apellido.

—¿Mi guerra? —él pregunta con un pliegue en la frente, acercándose a Jase.

—No quiero pelear —le dice Jase fácilmente, dejando caer sus hombros tensos y alejando su mano de su arma.

Mi corazón late con fuerza y Nik retrocede un poco.

—Estoy de acuerdo con Aria —dice Jase y traga saliva, mirando a Nikolai a los ojos—. Estoy del lado de ella en esto. Todos luchamos juntos.

—Estabas de su lado antes —comenta Nikolai mientras los susurros se extienden por la habitación como un reguero de pólvora. El silbido de las palabras no se detiene cuando Jase habla junto con Sebastian, explicando que Romano ahora es un enemigo y que preferirían estar del lado de mí y de mi familia que de Romano por más tiempo.

—Tengo que admitir que me sorprende verte todavía aquí —dice Brett después de un momento de silencio para Sebastian—. Ha pasado mucho tiempo desde que viniste.

El aire entre los dos es fácil. Deben conocerse. Quizás de un tiempo antes de esto, no estoy segura.

—Elegí mi lado.



—¿Y de qué lado es ese?

—El de Aria.

Los labios de mi primo se levantan en una media sonrisa.

—Me gusta ese lado —le dice a Sebastian.

—¿Necesitas hombres? —Jase pregunta y Nikolai responde—: Necesitamos armas.

—Tenemos armas —dice Sebastian fácilmente mientras se apoya contra la pared.

—Podemos llegar a un acuerdo —digo para interrumpir la conversación, lista para que termine—. No habrá más muertes entre nosotros.

Mi voz tiene una nota de finalidad y nadie está en desacuerdo mientras camino hacia el final de la escalera, mirando el espacio vacío mientras me agarro a la barandilla.

El lado de la casa al que conduce me da una sensación inquietante. Una enfermedad en mi estómago. Un miedo que no proviene de la lógica ni de la verdad.

El tipo de miedo que persiste y se apodera de ti. Miedo a lo que pasó y ya no está. La muerte está manchada en estos pasillos. Y con la muerte, oscuridad.

—¿Dónde está Carter? —pregunto y me giro rápidamente, de cara a cada hombre que está en esta habitación, a cada hombre que me apartó de Carter mientras él yacía en el suelo, sangrando sin señales de detenerse.

Nikolai no responde y Sebastian tampoco. Los hombres del lado de mi padre están callados, pero me miran. No me importa si lo hacen.

Todos deberían saberlo. Lo amo. Yo lo elegí a él.

—No tuvimos tiempo para que el médico viniera a nosotros. Él está en el hospital —me responde Jase.

—¿Y? —susurro.

—Y estamos esperando.

No lloraré frente a estos hombres. No lloraré con un ejército observando cada uno de mis movimientos, un ejército que necesita fuerza y decisión. Así que solo asiento con la cabeza.

—Aria, yo me ocuparé de esto —me dice Sebastian y mi primo asiente con la cabeza.

—¿Qué hacemos con la casa? —pregunta Connor. Me acabo de enterar de que es el segundo al mando de Nik—. La policía puede esperar, pero los reporteros van a llegar pronto.

Los hombres empiezan a hablar. Unos pocos a la vez, y los detengo a todos.

—Quémala. —Las palabras provienen de un lugar de dolor.

Del más profundo dolor.

—Quema esta casa hasta los cimientos —le doy a cada palabra el odio que se han ganado antes de volverme tranquilamente hacia los hombres, sin dejar de agarrar la barandilla y decirles —: Fue un incendio en la casa... y nada más.

El silencio y la conmoción me reciben. La casa está inquietantemente silenciosa y, a partir de este día, eso es todo lo que será.

No sé si estos hombres se apegarán a la tregua rápida que hemos hecho o qué pasará una vez que me vaya, pero he terminado con todo. La matanza inútil y las constantes amenazas, sobre todo.

Antes de que un solo hombre pueda responder, sostengo la mirada de Jase y le exijo—: Llévame con él.

Finalmente soltando la barandilla, doy un paso adelante, mi paso confiado incluso cuando me derrumbo, y me dirijo a la puerta. Mi paso no se ralentiza y no espera a nadie.

Necesito a Carter.

La guerra ha cambiado; los jugadores han hecho la transición y se han tomado peones.

Sin embargo, nada de eso importa si él muere.  
Necesito a Carter.

\* \* \*

*¿Estás bien?*

ME QUEDO MIRANDO el mensaje en mi teléfono durante más tiempo. La sala de espera del hospital está vacía, con las únicas excepciones de Addison y yo. Sólo dejé a Carter porque la enfermera dijo que tenía que hacerlo. Solo cuatro personas pueden estar en la habitación a la vez. Los tres hermanos de Sebastian y Carter querían verlo y yo había estado allí desde el momento en que llegamos aquí. Han pasado diez horas ahora.

Dormí a su lado, mi mano en la suya y mi mejilla en el borde de su cama. Sin embargo, solo dormía y salía del sueño y cada vez que caía en las profundidades de un sueño, él estaba allí, esperándome.

Me sostiene en mi sueño y me dice que él está bien. Pero no lo está. No está bien. Y le digo eso una y otra vez. Necesita volver a mí. Lo necesito aquí. No puedo vivir sin él.

Con lágrimas nublando mi visión, miro el mensaje de nuevo y en lugar de responder a Nikolai, le pregunto lo mismo.

*¿Tú lo estás?*

ME TOMA un tiempo devolverle el mensaje, pero su respuesta es inmediata:

*Mi respuesta depende de la tuya.*

—¿ESTÁS bien? —Addison pregunta, rompiendo el silencio en la habitación. El único sonido es un reloj en el otro extremo de la sala de espera que hace clic cada vez que cambian los números. Se burla de nosotros.

Tragando el nudo irregular en mi garganta, agarro su mano cuando ella alcanza la mía y aprieto fuerte, pero luego la dejo ir, moviéndola de regreso a mi teléfono.

—Sólo un mensaje —le respondo débilmente. Todo el mundo pregunta si estoy bien, como si eso fuera siquiera una posibilidad en este momento.

Limpiando suavemente debajo de mis ojos con la manga de la holgada sudadera con capucha negra que Sebastian me dio, niego con la cabeza.

—Estoy aquí para ti —dice Addison con una sonrisa débil que no dura. Simplemente

parpadea en su rostro.

—Y yo estoy aquí para ti —le respondo y ella se inclina hacia mí, apoyando su cabeza en mi hombro por un momento antes de llevar sus rodillas a su pecho y envolverse en la manta que Daniel le dio. La sala de espera está tan fría. Pero supongo que es mejor así.

*No esperaba que esto sucediera.*

FINALMENTE LE RESPONDO A NIK.

*¿A qué te refieres?*

ME PREGUNTA.

Quiero contárselo todo. Que me secuestraron, que me enamoré, que aprendí quién soy y qué quiero. No le he contado a Addison ni a nadie sobre el bebé. Solo una enfermera, a la que le confié porque tenía miedo con todo lo que había pasado. Tenía miedo de que el bebé se hubiera ido. Dijo que no podría decírmelo a menos que tuviera al menos seis semanas de embarazo. Así que ahora es cuestión de esperar.

Todo es cuestión de esperar.

*Háblame. ¿Dónde estás?*

NIK ME ENVÍA UN MENSAJE.

*En el hospital. Él no está bien.*

MIENTRAS ESCRIBO la última palabra y presiono enviar, esa sensación enfermiza de pérdida me pesa.

*¿De verdad lo amas?*

NIK ME RESPONDE con la pregunta y no veo la hora de decirle que sí. De admitirlo.

*Quiero quedarme con él, Nikolai. Necesito que él esté bien.*

ESPERO y espero esta vez mientras escribe, pero no envía nada. Todo lo que recibo es una burbuja de puntos, que me hace saber que él está allí, pero las palabras no salen.

*No quiero perderte*

LE ESCRIBO ANTES de que me pueda responder. Puedo sentirlo escabullirse en mi corazón. Como si él se diera cuenta de que realmente amo a Carter y Carter me ama a mí, es la última ruptura de hilo que una vez nos mantuvo unidos.

*Nunca nos dejará ser amigos. Si yo fuera él, no lo haría.*

SÉ QUE ÉL TIENE RAZÓN, pero duele. Decir adiós nunca es fácil.

*No trabajaré para él, Aria. Tengo que irme.  
Ni siquiera sé si él estará bien.*

LE DEVUELVO EL MENSAJE. Es egoísta de mi parte querer que él esté ahí para mí, incluso sabiendo que esto es un adiós, pero Nikolai siempre me ha dejado ser egoísta. Siempre me ha amado. Y lo amaré por siempre. Simplemente no de la forma en que amo a Carter, y él se merece que alguien lo ame de esa manera. Todo el mundo necesita a alguien a quien amar así. Con todo tu cuerpo y alma. Ser consumido por ese amor.

*Él estará bien. Carter sabe pelear.  
Y no hay forma de que me deje tenerte. Volverá solo para alejarme de ti.*

LAS PALABRAS de Nik me rompen. Sé que este será nuestro fin y lo que sea que tengamos. Todo lo que jamás será más es un recuerdo.

*Siempre estaré aquí para ti, pero debes comunicarte conmigo. No seré algo que se interponga entre ustedes dos. Estoy aquí para ti, pero cuando vuelva contigo, sabes que ya no puedo estar allí.  
Te quiero.*

Es todo lo que puedo decirle. Mis últimas palabras para él.

*Siempre.*

ÉL ME RESPONDE. Sus últimas palabras para mí.

Él tiene razón. Ya sé que Nikolai tiene razón. Si es solo un amigo o más, no importa. Es Nikolai o Carter y entre los dos, no hay que tomar ninguna decisión. Siempre será Carter.

Pero él necesita volver a mí.

—Te necesito —susurro las palabras, agarrando mi teléfono con ambas manos mientras me inclino hacia adelante, rezando a cualquiera que escuche.

La última vez que salió el médico, dijeron que la cirugía estaba hecha. Es solo una cuestión de si él se despertará o no. Y no saben sí lo hará.

Él no puede dejarme así. Es todo lo que sigo pensando. Qué egoísta soy en este momento, sé que lo soy. Lo necesito. Carter no puede dejarme. No puede dejarme sola. No cuando finalmente ha terminado. Mi mano se desliza hacia mi vientre. No cuando ni siquiera le dije que tiene otra vida que cuidar.

Mi labio inferior se tambalea cuando dejo que mi cabeza caiga hacia atrás contra la pared dura y miro hacia el cielo blanco de la sala de espera fuera de la habitación de Carter.

—Te necesito —lloriqueo las palabras y no sé si estoy hablando con Carter, el hombre que amo que no puede hacer nada más que tratar de sobrevivir, o a mi madre. Rezándole para que haga algo. Para salvarlo y evitar que me dejen sola en este mundo frío.

—Te necesito —la súplica susurrada que viene de mí es desigual mientras cierro los ojos.

La última vez que dije esas palabras fue cuando sostuve el cadáver de mi madre mientras yacía en el suelo. En la habitación de arriba donde solía trabajar mi padre.

Mis ojos se abren lentamente cuando la historia de Carter vuelve a mí.

Dijo que llamé a la puerta.

Dijo que le dije a mi padre que lo necesitaba.

Afirma que fue mi voz.

Y todo el tiempo pensé que estaba equivocado porque nunca fui a ese lado de la casa. No desde la última vez que dije esas mismas palabras y mi madre murió. Todo porque yo juraba que

solía sentirla allí. Nunca vagué por ese lado; me asustaba incluso pensar en ir, porque la sentí y sé que estaba enojada. Amargada y esperando algo que no podía darle.

Lentamente, todo se deshace en mi mente. Los pinchazos de verdad me recorren la columna vertebral.

No sé quién llamó a la puerta. No sé si por eso mi padre se detuvo y dejó ir a Carter o no.

Pero sé de dónde vinieron esas palabras.

*¿Cómo podrían mis palabras, dichas en el piso arriba de Carter cuando mi padre casi lo golpea hasta matarlo, hacerse eco años después? ¿Cómo pudo haber escuchado mis súplicas y pensar que estaban destinadas a él?*

Nunca llamé a la puerta, no fui yo, pero grité—: Te necesito.

Sólo que pasaron años antes de que llevaran a Carter a la habitación debajo del dormitorio donde asesinaron a mi madre.

Esas palabras se las di a mi madre. Las hablé, sé que lo hice.

Pero no eran para Carter. Nunca fueron para él o mi padre.

Años después, creo que mi madre se las regaló. Se las dio a un chico vulnerable al borde de la muerte, tan cerca del borde de un lugar donde ella se quedó. Ella se las dio a él, un chico indefenso atrapado en un lugar horrible, que se convertiría en un hombre despiadado y sin compasión. Y un día, él le daría venganza a cambio.

La historia está ahí, haciendo cosquillas en el borde de mi mente, y me mantiene congelada en mi asiento, agarrándome del borde de la silla.

Los últimos meses se desarrollan en mi cabeza, en cámara lenta durante algunos momentos y solo vislumbres de otras escenas.

La única razón por la que caí en la trampa de Romano fue porque Nikolai tomó mi bloc de dibujo... el que tenía la foto de mi madre.

Solo luché por ello por la foto.

Tragar es inútil; mi pulso se acelera y una ansiedad que no sentía desde que me aventuré en el ala este de la casa de mi padre regresa. El ala donde murió mi madre.

Recuerdo cómo me sentí cuando apuñalé a Stephan. Mi piel se sentía como hielo. Y había una mano, una mano sobre la mía que no se detenía. No podía dejar de apuñalarlo. El pensamiento es aleccionador para mi mente cansada. El cansancio que pesa mis párpados parece desvanecerse mientras trato de tragar, cada uno de los eventos que me han llevado a este punto encajan en mi mente como piezas de un rompecabezas.

Un escalofrío se extiende por mi piel mientras me agarro del apoyabrazos de la silla con un agarre con los nudillos blancos. Mi sangre corre aún más fría y no puedo sacudirla. No puedo deshacerme del miedo helado que fluye a través de mí. Es algo antinatural y mis pensamientos no tienen sentido. No es verdad. No es real. Es solo una coincidencia.

Aun así, me vuelvo lentamente, muy lentamente hacia Addison y le pregunto, apenas respirando las palabras—: ¿Crees que los que perdimos se quedan con nosotros para siempre de alguna manera?

—Ria —Addison murmura mientras toma mi mano entre las suyas, liberándola del agarre del apoyabrazos y palmeando la parte superior con dulzura.

—Él va a estar bien —dice ella y su voz está ronca por la emoción.

Niego con la cabeza, me froto los ojos con la mano que no tiene y le digo—: No, él no. Carter no.

Pasa un segundo, un doloroso latido en mi pecho antes de mirar su mirada suave y preguntar —: ¿Crees que otros, otros que amamos pero que han fallecido, se quedan con nosotros?

Ella busca mi mirada por solo un momento antes de asentir con la cabeza.

—Ellos deben. —Su respuesta es definitiva sin lugar a duda.

Al mismo tiempo que el médico atraviesa la puerta y se dirige directamente hacia nosotros, Addison agrega—: Ni siquiera la muerte puede matar al amor.

## CAPÍTULO 23

CARTER

Ella estuvo aquí. Lo sé. Todavía puedo oler el suave aroma cítrico de su champú. Mientras la muerte amenazaba con arrastrarme al infierno al que pertenezco, juro que la escuché cantar para mí. La cadencia de su voz dulce y femenina traspasó la condenación que sabía que seguramente vendría y me aferré a ella.

Siempre me aferraré a ella.

Podía oírla, incluso sentirla, pero no podía abrir los ojos. Yo tampoco podía hablar. Todo lo que quería hacer era decirle que la amo. Pero no podía.

Preferiría que me sacaran un arma cualquier día que perderla.

*Toc, toc.* La puerta cruje al abrirse cuando los golpes se filtran en la habitación.

Un trote en mi pecho prueba que todavía estoy esperando a Aria, pero no es ella. Mis hermanos entran, pero Aria no está aquí. Por una fracción de segundo, creo que tal vez todo estaba en mi mente. Que ella no estuvo aquí en absoluto.

Quizás fue solo un sueño.

El miedo consume cada parte de mí. Ella no murió en mi lugar. Aria no puede morir. ¡No!

—Aria —gimo su nombre y Sebastian me dice que ella está bien. Ella está esperando en el pasillo.

Un dolor agudo atraviesa mi pecho, un dolor que nunca había sentido y puedo escuchar el pitido de una máquina una y otra vez mientras hago una mueca.

—No tienes que sentarte —me dice Daniel, moviéndose a mi lado y tratando de evitar que me mueva.

Quiero ir con ella. Quiero verla.

—No te excedas —oigo decirme a Jase. A medida que mi cabeza comienza a sentirse más ligera, me concentro solo en respirar.

—Vete a la mierda —le digo y lo empujo, ignorando el calor de un dolor agonizante que me desgarrar el costado derecho. Hiervo por dentro y en ese momento, en este momento débil de mi vida, la puerta se abre y Aria está allí.

Todo es como un sueño. Mi cuerpo se desploma hacia atrás, me concentro completamente en ella y en la forma en que sus ojos se elevan hacia los míos, iluminados al verme mirándola.

—Tranquilízate —me dice Jase mientras arrastra una silla por la habitación, cortando mi camino hacia Aria por una fracción de segundo, mientras de nuevo trato de levantarme e ir hacia ella, pero duele.

Daniel intenta empujarme hacia abajo, un suave empujón, pero puede irse a la mierda.

De todos modos, no necesita hacer nada; el dolor es suficiente para evitar que me mueva. Es un dolor tan agudo que puedo sentirlo en todas partes. Aumenta la leve punzada de las agujas en



mi brazo. La presión en mi pecho se siente demasiado.

Sin embargo, todo este dolor es insignificante. Ella está aquí. Sobrevivimos.

—Estoy bien —aprieto los dientes, negándome a apartar los ojos de ella.

—Como tú digas —dice Daniel, luego levanta las manos y retrocede para apoyarse contra la pared frente a mí. Su cabeza descansa contra las paredes color crema, junto a una pintura de alguna iglesia. Verlo me recuerda dónde estoy. El médico entró hace un momento. El Hospital Saint Francis es pequeño y está en una calle secundaria. Ahora también están equipados con docenas de hombres fuera de este cuarto, este pasillo y este edificio.

El médico dijo que necesito al menos una semana en cama. Le daré dos días.

Quiero estar en casa con Aria.

No me quedaré aquí por mucho tiempo.

—¿Cómo estás? —Jase me pregunta y lo miro de reojo.

—Maravillosamente, como nunca —le respondo. Mi corazón se aprieta cuando veo a Aria acercarse medio paso. Sus dedos se retuercen nerviosamente. Ella todavía está callada y no ha dicho una palabra.

Recuerdo esos últimos momentos, pero también recuerdo que ella se escapó.

Y la última vez que estuvimos solos... también lo recuerdo. Cómo se esposó a la cama a mis órdenes. Por mi arrogancia.

Nunca más. Nunca dejaré que vuelva a suceder.

—¿Qué pasó? —Odio tener que preguntar y el nudo en mi garganta casi me ahoga sabiendo que, independientemente de lo que sucedió cuando me desmayé, mi pajarillo tuvo que arreglárselas sola. No fui lo suficientemente fuerte para ella.

Le fallé.

Mi garganta se contrae cuando Jase me dice que Nikolai mató a su padre. Le disparó y ahora tenemos una tregua. Una construida con la condición de que unamos fuerzas para eliminar a Romano.

Nikolai era su caballero de brillante armadura. Sabía que tendría una deuda a él, pero nunca imaginé que le debería por mi propia vida.

—Entonces Romano es el nuevo objetivo —le digo a Jase con voz tensa, dejando de lado los celos y el odio que tengo por el primer amor que Aria tuvo. Obligo la apariencia de una sonrisa a mis labios mientras me muevo en la cama. Cada movimiento exagera el dolor de las agujas clavándose en mis brazos.

Yo necesité una transfusión de sangre. Tres bolsas de mierda heladas. Puede que no haya podido hablar ni siquiera abrir los ojos. Pero lo sentí. Sentí todo mientras flotaba al borde de la muerte, luchando por volver con Aria, moviéndome hacia el sonido de sus tristes tarareos.

—Es el movimiento correcto ir tras Romano. Podemos dejar que los hombres de Talvery elijan qué posición tomarán después, pero por ahora, Romano es el único enemigo —dice Jase y Daniel está de acuerdo.

—Lo sé. —Trago con gravedad y miro a Aria en mi periferia. Mis hermanos pueden estar frente a mí, pero no me importa un comino. No me importa la guerra. Los territorios. No me importa nada más que nunca volver a poner a Aria en la línea de fuego.

—Él sabe que lo jodimos. —La voz de Jase es tranquila mientras mete las manos en los bolsillos. Puedo ver a través de sus jeans cómo los aprieta en puños antes de soltarlos y luego lo hace de nuevo mientras habla.

Los latidos de mi corazón son débiles y las voces a mi alrededor no son más que un ruido blanco apagado mientras lo miro. Los suaves pitidos del monitor continúan mientras tengo que

esforzarme para concentrarme en lo que están diciendo.

Todo lo que quiero hacer es asegurarme de que estemos bien. Necesito saber que Aria y yo estamos bien y que ella me perdona. Por todo.

Soy tan jodidamente débil por ella.

Ella me tiene de todas las formas que puede. Siempre y más.

—Con Aria siendo vista e involucrada, los hombres de Talvery no se volverán contra nosotros. —Se asoma por encima del hombro y hace una pausa, aparentemente mordiéndose la lengua antes de agregar—: Por ahora.

Evalúo la respuesta de Aria, pero no revela nada. Nada en absoluto. Su pequeño cuerpo ni siquiera se balancea mientras mantiene su atención en mí. En los tubos que se conectan a la aguja en mis venas y los monitores en mi pecho. Ojalá pudiera sacar a esos cabrones ahora mismo. No quiero que ella me vea así.

Puede que sea débil por Aria, pero no estaré así, confinado en esta cama, por mucho tiempo.

—Nikolai no nos traicionará mientras crea que Aria está a salvo —dice Jase.

—Nikolai no nos traicionará —habla Aria por primera vez, con voz dura mientras presta toda su atención a Jase, desafiándolo a negar que lo que está diciendo es verdad—. Él mantendrá su palabra.

—La guerra entre nuestras familias ha terminado. Actuaremos como uno. —La fuerza y determinación de Aria apenas se compensan con la cruda emoción en su voz. La renuencia a aceptar cualquier otra cosa será su perdición. Pero la atraparé. Y me doblaré a su voluntad lo mejor que pueda.

—Por ahora —dice Daniel—. Alguien de tus filas puede querer seguir su propio camino, tomar hombres y unirse contra ti, Aria. Pero por ahora, Nikolai está de nuestro lado. E incluso si se separan, podemos dejarlos. No necesitamos luchar por su territorio.

Aria lo evalúa, su pecho no se mueve mientras se niega a respirar. Con un solo asentimiento, da paso a lo que pueda suceder. Lo he visto antes, pequeñas facciones separándose. Generalmente, termina con un derramamiento de sangre, pero nos encargaremos de eso cuando llegue el momento.

Jase sostiene su mirada por un momento antes de asentir una vez.

—De cualquier manera —sigue diciendo—. Romano es hombre muerto. Puede esconderse en su casa de seguridad todo lo que quiera. Lo encontraré. Lo mataré.

—Otro día y los enemigos cambian —comenta Daniel.

—Podemos hablar de ello una vez que él se sienta mejor —dice Jase.

—Tú y Sebastian se encargan de esto, planean el ataque, pero mantenme informado. —La facilidad con la que renuncio al control sorprende a Jase, si su ceja levantada es una indicación.

—Tengo otras cosas que atender. —Mientras hablo, mi mano agarra el borde de la cama y desearía que fuera la mano de Aria. La necesito cerca de mí. Necesito saber que cada pieza de nosotros encaja como debería, como estaba destinado a hacerlo todo el tiempo.

Necesito que ella me ame.

Eso es todo lo que necesito.

—Una cosa más —me dice Jase, balanceándose sobre sus talones justo cuando Daniel patea la pared, listo para dejarnos en paz. Jase no puede captar la puta indirecta.

—¿Qué? —No escondo mi molestia en la respuesta cortante. Pero solo hace sonreír a mis dos hermanos.

—¿Te acuerdas de esa mujer en el Cuarto Rojo? —Jase me pregunta y siento el pellizco en mi frente mientras niego con la cabeza.

Él deja escapar un suspiro exasperado, pero dice que no importa.

—Su hermana es la chica que conocimos en el Cuarto Rojo. Jennifer algo. Ella murió y su hermana está provocando una escena. Está amenazando y llamando a la policía.

—¿Quién es ella? —le pregunto, preguntándome por qué diablos debería importarnos. Muchos imbéciles nos llaman a la policía cuando no saben nada mejor que hacer. Le pagamos a la policía para que nos digan exactamente quién y por qué. Y les pagamos bien.

—La hermana de la chica que terminó muerta. A la que interrogamos sobre las drogas y las compras al por mayor.

Miro a Aria, que se retuerce dónde está parada, su mirada cambia de mí a Jase.

—¿Y? —Mi corazón se acelera, preguntándome qué estará pensando.

—Pensé que pasaría y vería qué sabe ella.

—¿Y cómo vas a conseguir esa información? —pregunta Aria, hablando de nuevo, pero solo para dar a conocer su presencia y su nueva autoridad.

—No se preocupe, señorita Talvery —Jase dice en un tono un poco burlón—. Seré un caballero.

—No te creo —ella le dice, pero el atisbo de una sonrisa adorna sus labios.

—¿Necesitas que alguien te acompañe? —pregunta Daniel y solo entonces me doy cuenta de lo cansado que está. Lo cansado que están todos.

—Puedo ir por mi cuenta, solo quería que lo supieras —le dice a Daniel y luego me mira.

Hay silencio en la habitación por un momento y cada segundo que pasa, me pregunto si él está bien. Desde que Marcus nos dijo la verdad sobre la muerte de Tyler, la tristeza y la desesperación han nublado los ojos de Jase.

—¿Estás bien?

La agonía fluye a través de sus ojos azul oscuro, pero lo disimula. Siempre ha manejado las dificultades de esa manera.

—¿Me preguntas cuándo tú estás atado a una puta cama?

—Sólo estaré aquí por uno o dos días. —Mantengo mi voz baja y de advertencia—. Recuérdalo.

La risa de Daniel es genuina, pero la sonrisa de Jase no llega a sus ojos.

—Si estoy bien. ¿Por qué?

Sacudiendo la cabeza, digo—: Nada.

—¿Eso es todo? —Daniel le pregunta a Jase y él responde levantando un dedo. Continúa contándome sobre el dinero que está entrando y cómo ha sido la última semana. Cómo robaron otro cargamento de dulces. Ya no me importa una mierda. Simplemente no me importa. Ahora él puede encargarse de los problemas.

Mientras Jase habla, los ojos de Aria no me dejan. Puedo sentir su mirada ardiendo en mí. Mi carne. Mi misma alma.

—¿Podrían darnos un minuto? —le pregunto a mi hermano mientras una punzada de dolor me sube por el costado derecho, desde los dedos de los pies hasta la cadera, por la parte posterior de mi hombro y por el frente. Todo mi cuerpo está en agonía.

Pero es mi pecho lo que más me duele. El dolor que llena el vacío de mi pecho donde debería haber calor. Finalmente miro a Aria, dejando que mi mirada recorra su pequeño cuerpo. Su fina blusa de algodón está arrugada, presumiblemente por esperar en las sillas todo este tiempo a que me despertara.

Por favor, Dios, que me haya esperado. Debe significar algo para ella estar aquí. No recuerdo todo lo que pasó, pero estoy seguro de que le dije que la amaba. Estoy seguro de que si alguna

vez hubiera palabras que pronunciara cuando la muerte viniera a llevarme, serían solo aquellas que hablaran de lo que ella significa para mí. *Todo*.

—Necesito hablar con Aria.

## CAPÍTULO 24

ARIA

—*P*or favor, perdóname. —Le he pedido tantas veces esta noche. Esta vez es en su cara, mientras está consciente, no mientras sus ojos están cerrados y está lejos de mí, cerca de la puerta de la muerte y nunca más podrá abrazarme.

En cuanto se cerró la puerta, no pude evitar suplicarle una vez más que me perdonara.

—No debería haberme ido. —Dejo que las palabras salgan de mis labios mientras me acerco a él.

Tiene los ojos más oscuros que he visto en mi vida, pero las motas de plata me atraviesan siempre. La forma en que me mira, como si solo existiera para ser consumida por él, me perseguirá hasta el día de mi muerte. Y no lo haría de otra manera.

Me estoy muriendo por dentro estando tan lejos de él. Necesito tocarlo, abrazarlo y asegurarme de que realmente está aquí. Mi corazón no cree que esté bien. Y duele dentro de mí como ningún otro dolor que haya sentido.

—Mientras me perdones, te perdonaré todos y cada uno de los pecados que te hayas atrevido a cometer. Ámame. Todo lo que quiero eres tú, Aria. No puedo perderte. —Sus últimas palabras son tensas, el dolor de sus heridas se manifiesta incluso con el goteo constante de la vía intravenosa que obliga a los analgésicos a entrar en sus venas.

Ni siquiera puedo pensar en perdonarlo, sabiendo que no tiene por qué terminar así. No tenía que huir. Parezco infantil ahora, de pie frente a él, viendo las consecuencias de mi miedo y mi decisión precipitada de ocultarle la verdad y huir de todo.

—Carter —digo, y su nombre es una palabra torturada en mi lengua—. Lo siento mucho

Pronuncio dolorosamente mientras me acerco a la cama del hospital y dejando que mi mano caiga sobre su antebrazo. Mis piernas están débiles; apenas puedo soportar verlo así.

Mi bestia, conectada a una máquina y acribillado por el dolor. Todo por mi culpa y por mi necesidad.

—Perdóname —apenas puedo pronunciar las palabras, dejando que todo entre nosotros caiga. Cada pretexto, cada pared. No hay lugar para nada de eso entre nosotros—. No debería haber huido de ti.

—Te perdono. —Su voz profunda es cruda—. Ya te dije que sí. Todo lo que quiero es a ti.

Todas las palabras que quería decirle están estranguladas en el fondo de mi garganta, negándome a salir al verlo.

—No somos perfectos. Y si pudiera, volvería y cambiaría la forma en que llegamos a ser, pero me condenaría si te dejo ir.

Está diciendo todo lo que soñé que diría, pero todavía tengo que decírselo y no puedo.

No puedo soportar decirle por qué me fui.

—Está bien, pajarillo —me dice Carter.

Sus palabras me tranquilizan mientras me atrae hacia él aún más.

—Te amo —él susurra y eso me rompe. Finalmente, y por completo, rompo por él.

Cada parte de mí se hace añicos.

Y nunca me he sentido más completa en mi vida. Totalmente arruinada por el hombre que amo.

Queda un secreto. Una pequeña verdad que podría cambiarlo todo. Y ya no se mantendrá oculto.

—¿Quieres saber algo? —le pregunto, sintiendo que la tensión en mi cuerpo aumenta con la ansiedad. El secreto que he estado guardando me tragaré por completo a menos que le dé la libertad de hablar.

Con su mirada cansada, el agotamiento de todo pesa sobre la fuerza que posee Carter, roza mi mejilla con sus nudillos, y tomo su mano entre las mías.

—Cualquier cosa y todo —me dice y deja escapar una profunda exhalación.

Con una pequeña sonrisa en mis labios, dejé escapar el secreto en voz baja—: Creo que estoy embarazada. Por eso hui.

El secreto perfora mi pecho, creando un cráter tan profundo que nunca se llenará si la reacción de Carter no cura la herida.

—No sabía qué hacer.

Puede que él me perdone por ocultárselo. Pero yo nunca lo haré. En este momento, viendo y sintiendo con cada parte de mí cuánto me ama, no puedo creer ni por un momento que me haya atrevido a no decírselo. A ocultarle esto.

Pasa un segundo y un golpe en mi pecho se siente crudo y doloroso mientras el dolor y la traición destellan en sus ojos.

—¿Embarazada? —me pregunta y yo solo puedo asentir.

En los segundos que pasan sin una respuesta de él, sin saber lo que está pensando, el dolor se filtra por mis venas y me acerco a Carter, necesitando que me dé algo.

—Lo siento —susurro, sintiendo que el remordimiento me consume. Iba a huir y llevarme a su hijo conmigo. Las lágrimas caen libremente por mis mejillas. Si me odia, lo entendería; no hay forma de que yo lo perdonara si se hubiera atrevido a hacerme lo mismo.

Hay un momento en el que alguien mira directamente a tu alma y sientes lo que sienten. La pérdida, la insignificancia, la agonía de estar solo. Puedo sentirlo de él mientras me mira y no puedo soportar verlo. Mi mano encuentra la suya y la aprieto con las dos mías, necesitando que sepa que estoy aquí ahora.

—No quiero irme y lo lamento. Me arrepiento de haber salido por esa puerta— le suplico. Y me aprieta la mano antes de llevar mi muñeca a sus labios y dejar un beso lento y tierno allí. Un beso que se siente como un adiós.

Finalmente, habla y no es nada de lo que yo esperaba.

—Prometo que seré un buen padre. Te juro que lo seré.

No puedo hablar.

—Dame una oportunidad. Sólo una oportunidad —él me suplica, como si creyera que alguna vez me fuera a dejar de lado de nuevo—. Seré bueno contigo, seré un buen padre, lo prometo.

Traga con dificultad.

—Me avergüenza lo que hice y quién era. Por favor, Aria, guardemos el secreto.

—¿Qué? —le pregunto mientras lucho por mantenerme al día con lo que sea que esté pensando.

Sé que no se encuentra bien ahora, todavía tiene dolor y toma medicamentos. Recién se ha despertado.

—¿De quién estás hablando? —le pregunto con el corazón acelerado.

—De nuestro bebé —dice mientras me mira.

Carter lleva su mano a mi mejilla, su pulgar pasa por debajo de mi ojo para enjugar las lágrimas que se acumulan allí.

—No tenemos que decirle el monstruo que yo era —él susurra las palabras tensas y pierdo la compostura, tapándome la boca con la mano y cayendo sobre él. Soy consciente de mi peso y me aseguro de mantenerlo alejado de él, pero Dios mío, necesito que me sostenga. Y necesito abrazarlo.

En este momento y para siempre.

—Te amo, Carter —es todo lo que puedo manejar cuando finalmente lo admiro.

Mi aliento y mis palabras me abandonan mientras un calor fluye sobre mí, tomando cada pedacito del frío amargo y desterrándome de mí. Choco mis labios contra los de Carter y él se apresura a acunar mi cabeza con su mano, inmovilizándome contra él y profundizando el beso. Su lengua se desliza entre mis labios y le concedo la entrada. Nuestras lenguas se mezclan y él masajea la mía con movimientos rápidos y posesivos.

No respiro hasta que se escapa.

—Haría cualquier cosa por ti. —Dice las palabras como si fueran una confesión—. Lo juro, eres lo único que me importa. Nada más importa. Solo tú y nuestro bebé.

Mientras habla, su mano se desliza hasta mi cintura. Mira mi abdomen como si ya pudiera verme hinchada con nuestro hijo. La misma visión es lo que me hizo huir en primer lugar.

—Tengo miedo. —La miserable confesión me hace sentir mucho más débil.

—No lo tengas. —Las palabras de Carter son simples, pero imposibles.

—No sé qué va a pasar —reconozco, sintiendo la cruda verdad del miedo persistiendo en la declaración.

Los ojos de Carter buscan los míos mientras subo a la pequeña cama con él, necesitando estar más cerca de él y sin importarme una mierda si apenas hay espacio. Necesito mi cuerpo pegado al suyo. Necesito sentirlo respirar. En el segundo en que me abraza, mis preocupaciones se desvanecen, perdidas en la bruma de saber que estoy donde se supone que debo estar. Junto a Carter Cross. Nuestro presente y nuestro futuro.

—Gobernaremos. Eso es lo que va a pasar, pajarillo.

Puedo sentir mi corazón retorcerse en mi pecho, rezando para ser la mujer que él quiere que sea. Rezar por que nuestras vidas ya no pueden separarnos. Y mientras mi mente gira con todos los posibles resultados de lo que podría ser, me doy cuenta de que no hay nada que pueda apartarme de él. Ni una maldita cosa.

—Cásate conmigo. Me perteneces, Aria.

Los ojos oscuros de Carter me inmovilizan, me quitan el aliento y se niegan a devolverlo.

—Cásate conmigo —repite en voz baja, un susurro apenas pronunciado pero desesperado. Su cálido aliento acuna mi mejilla mientras baja sus labios hacia los míos y me besa suavemente antes de que pueda responder. Con su frente apoyada contra la mía y su mano agarrando mi cadera, susurra su súplica de nuevo—. Cásate conmigo.

Me aferro a él, enterrando mi cabeza en su pecho y respirando el aroma de un hombre del que estoy locamente enamorada, mientras asiento con la cabeza y dejo que el susurro desigual me deje con la desesperación de que todo esto sea real.

— Sí.

Él está vivo.

Él está conmigo. Y me quiere como su compañera, su esposa, su amor.

Levanta mi cabeza con ambas manos en mi cara y presiona un suave beso en mis labios. Solo entonces pruebo la sal de las lágrimas que no sabía que estoy derramando.

—Tú eres todo para mí —él susurra contra mis labios mientras se seca las lágrimas con el pulgar.

—Dime que todo va a estar bien —le suplico. Mis palabras le suplican. Mi cuerpo se hunde en el suyo de la forma en que siempre me ha querido. En el momento en que lo vi, supe en el fondo de mis huesos que pertenecía a este hombre. La otra mitad de mi alma. Aferrar su vida a la mía es lo peor que he sentido en este mundo. Cada segundo que pasaba tenía miedo de moverme, sabiendo que estaba sangrando debajo de mí. Perdió tanta sangre, apenas lo logró y no puedo evitar pensar que, si hubiera hecho el movimiento equivocado, si no lo hubiera abrazado con tanta fuerza como pude durante tanto tiempo, él ya no estaría aquí. Yo lo habría perdido.

—No quiero que nunca me dejes. Nunca —susurro la última palabra, acercándome más a él; cada centímetro de mí que se puede presionar contra él lo está. Y Carter hace lo que mejor sabe hacer. Me mantiene cerca, abrazándome contra él como si fuera a volar si tan solo aflojara su agarre. Pero nunca volveré a hacer eso. Nunca.

—Mientras me ames, no lo haré. —Sus palabras son susurradas a lo largo de mi piel, enviando un rastro de piel de gallina por mi cuerpo mientras planta un pequeño beso en mi hombro—. Porque te amo.

El rastro áspero de su barba roza mi hombro y espero que me deje cicatrices. Espero poder sentirlo, verlo, tener pruebas de su amor para siempre.

—Te amo, Carter. —La verdad es lo más fácil de decir en este momento. Una confesión cruda que nos salvará de lo que vendrá.

—Te amo, pajarillo. —Su voz áspera es profunda, la profundidad de la sinceridad tan verdadera que adormece cada dolor dentro de mí. Cada dolor que ha existido.

\* \* \*

HAN PASADO días desde que llegamos a casa.

Es extraño pensar en este lugar como un hogar, pero eso es todo lo que es para mí ahora. Es más, un hogar para mí de lo que nunca fue la casa de mi padre. Simplemente por las personas que lo integran.

—Tienes que tomártelo con calma. —Intento evitar que mi voz suene como si estuviera regañando a Carter, pero cada vez que se inclina a su lado en la cama para agarrar algo de la mesita de noche, lo veo hacer una mueca—. Todavía estás sanando.

Me acerco rápido, con cuidado de no poner mi peso sobre él y agarrar su teléfono por él. La vibración de las notificaciones es una constante, pero, aun así, en el momento en que se lo entrego, lo pone en silencio.

Jase y Sebastian han tomado la iniciativa mientras Carter ha estado en reposo en cama en casa. Las heridas tardarán un tiempo en sanar, incluso si mi bestia todavía piensa que es intocable.

Todavía no puedo respirar a su alrededor. El miedo a perderlo no me abandona.

—Sigues diciendo eso —él comenta con la misma serenidad que yo le doy, pero la sonrisa en sus labios, la genuina felicidad en sus ojos, no lo han abandonado desde que le hablé del bebé. Cada vez que lo miro a los ojos, lo veo y es tan crudo, tanto, que apenas puedo sostenerme para



sostener su mirada.

—Hablo en serio, Carter —lo reprendo, aunque mis acciones son todo lo contrario. Moviéndome para sentarme a horcajadas sobre él en la cama, la sábana se desliza a mi alrededor, formando un charco detrás de nosotros mientras me acomodo suavemente en su regazo y tomo su mandíbula sin barba entre mis manos.

—Te necesito —le susurro.

Las comisuras de sus labios se levantan y sus grandes manos se envuelven alrededor de mi cintura, suaves y reconfortantes. Descanso mi frente sobre la suya con mis labios tan cerca de los suyos mientras me dice—: Yo también te necesito.

Me da un beso rápido. Y luego otro.

—¿Hiciste otra prueba? —él me pregunta y puedo escuchar la alegría en su voz. Él piensa que soy rara por hacerme una prueba de embarazo todos los días, pero tengo mis razones. Se supone que la línea debe permanecer fuerte y oscura, porque entonces significa que el bebé todavía está allí y hasta que la marca de las seis semanas esté aquí, necesito las pruebas para mi cordura.

—Sí —le digo. Casi menciono que Addison fue quien me lo contó. Dijo que la línea se debilita si pierdes al bebé. Ella está esperando como yo.

En cambio, él me distrae con un beso en mi cuello. Una lánguida que hace que mis pezones se pongan como guijarros. Mientras recorre mi piel con sus labios, instantáneamente volviéndome lasciva.

—Necesitas curarte. —Prácticamente siseo las palabras con nostalgia mientras sus labios se mueven hacia el hueco justo debajo de mi cuello y su mano derecha llega hasta mi pecho. Arrancando mi pezón entre sus dedos, finalmente me mira a los ojos y me dice—: Todo lo que necesito eres tú.

Aunque él está equivocado. Hay mucho más que necesita. Mucho más de lo que jamás podría darle.

Es un hombre herido, con cicatrices tan profundas que no puede evitar sentirse abrumado por ellas.

Todavía estoy esperando que algo se interponga entre nosotros, pero Carter parece empeñado en mantenernos juntos. Y yo también. Esta vez el amor será suficiente.

Las yemas de los dedos de Carter se deslizan fácilmente por mi cuello, dejándome la piel de gallina a su paso hasta que envuelve sus manos alrededor de mi garganta. Su pulgar recorre la parte inferior de mi barbilla y luego baja, hasta el centro de mi garganta. Sus labios están ligeramente separados, su respiración entrecortada mientras se endurece debajo de mí, su gruesa longitud presionando contra mí.

—Haré lo que sea por ti. —Pronuncia las palabras con tanta intensidad antes de levantar lentamente la mirada para encontrarse con la mía.

Mi maldito corazón le pertenece. Solo comienza a latir cuando él me mira así. Juro que es verdad. Cualquier otra cosa que haga cuando él no está, no es lo que hace ahora.

—Eres tan intenso —le susurro, sin saber qué más decir, pero mis palabras se pierden en la bruma de lujuria que persiste entre nosotros.

No sé si es el hecho de que obviamente estoy caliente por él o alguna otra razón, pero Carter me da una sonrisa perezosa antes de mover el dorso de sus dedos por mi blusa de seda y pellizcar suavemente mi pezón.

Mi instinto natural es golpearlo juguetonamente, pero es demasiado rápido, agarra mi muñeca y la inmoviliza detrás de mí.

Incluso mientras me siento a horcajadas sobre él, él me ordena.

—Tú me pones así —me dice con una voz profunda y se inclina hacia adelante para besarme al mismo tiempo que pellizca mi endurecido pico. Tengo que jadear mientras él lo hace, rompiendo el beso y arqueando el cuello. Se toma el momento para pasar suavemente sus dientes a lo largo de mi piel sensibilizada, y sé que he terminado. Toda la autoridad que tenía sobre él se ha ido.

Carter es una bestia indomable. Pero que me condenen si lo acepto de otra manera.

—Todo se siente mejor cuando estoy contigo —él murmura contra mi piel y su tono suena crudo e insinúa el dolor que marcará para siempre lo que somos. Con ambas manos en su mandíbula, lo miro profundamente a los ojos, brillando con sinceridad.

—Todo —me dice.

—Todo va a estar bien. —Le ofrezco palabras que ruego que sean verdaderas. Haría cualquier cosa por este hombre y sin nada entre nosotros, nada nos separará.

—Mejor que bien —dice antes de besarme dulcemente, y solo se separa para agregar—: Lo prometo.

## CAPÍTULO 25

JASE

*S*e suponía que fuera yo.

El carro se mueve sobre un tope demasiado rápido y mi cuerpo duro se balancea en el sedán. Mi agarre se aprieta en el volante y trato de tragarme el duro bulto que me ha estado asfixiando desde que supe la verdad sobre la muerte de Tyler.

Era un ataque... para mí. Una jodida sudadera con capucha es la razón por la que Declan está a seis pies bajo tierra y yo todavía estoy aquí, dando todos los días por sentado.

Reduciendo la velocidad en la señal de alto, dejo que una respiración profunda calme la ansiedad que me atraviesa. Con una guerra en pleno auge y un enemigo desconocido tomando pedazos de nosotros como le plazca, no tengo tiempo para perderme en el desafortunado pasado. No importa cuánto anhelo volver. Si tan solo pudiéramos volver.

El zumbido del motor cuando paso sobre otro bache me mantiene en el presente.

No debería haber salido ahora mismo. Pasar la tarde en los suburbios no está exactamente en mi lista de tareas habituales.

Pero tuve que salir de la casa y alejarme de mis hermanos. El arrepentimiento, la culpa y el luto que perdura en sus ojos me persigue día y noche.

No hay nada que pueda hacer para cambiarlo. Pero puedo visitar a Beth y callarla.

Mis llaves tintinean cuando el encendido se apaga y el suave estruendo del motor se silencia.

Pasando una mano por mi cara, salgo del carro, sin importarme que la puerta se golpee cuando mis zapatos golpean el pavimento. El vecindario es tranquilo y cada hilera de calles está llena de casas perfectas, nada como la casa en la que crecí. Pequeñas casas adosadas de ranchos elevados, con entradas para carros pavimentadas y arbustos perfectamente recortados. Algunas casas tienen vallas, cercas blancas, por supuesto, pero no la número treinta y cuatro de la calle Holley, el hogar de Bethany Fawn, también conocida como la mujer que sigue levantando el infierno en el Cuarto Rojo. Más recientemente, ha estado llamando a la policía y exigiendo respuestas. Ella es la mujer que culpa a Carter por la prematura muerte de su hermana. Su hermana Jennifer, una chica que conocimos en el Cuarto Rojo hace semanas. Una chica en un lío del que no podía salir, con una adicción a las drogas que no podía dejar.

Sé todo acerca de querer culpar a alguien y buscar respuestas a preguntas que no hacen ninguna diferencia una vez que las tienes. Bethany está herida y enojada, pero no encontrará ninguna respuesta nuestra. Una simple advertencia debería asustarla.

La piel sobre mis nudillos se tensa y los cortes de unas noches antes se abren, enviando un dolor a mi brazo. Doy la bienvenida al recordatorio hirviente de que estoy vivo.

*Toc, toc, toc.* Ella está ahí, puedo oírla. El tiempo pasa sin nada más que el sonido de correr detrás de la puerta, pero justo cuando estoy a punto de llamar de nuevo, la puerta se abre unos

centímetros. Solo lo suficiente para revelar un vistazo de ella.

Su cabello castaño cae en mechones ondulados alrededor de su rostro. Se aparta los mechones caídos de la cara para mirarme.

—¿Sí? —pregunta y mis labios amenazan con contraerse en una sonrisa.

—¿Bethany? —Su peso se desplaza detrás de la puerta mientras su mirada recorre la longitud de mi cuerpo y luego regresa para encontrarse con la mía antes de responderme.

El ámbar en sus ojos color avellana se arremolina con desconfianza cuando me dice—: Mis amigos me llaman Beth.

—No nos habíamos conocido antes... pero felizmente te llamaré Beth. —Las palabras de coquetería se me escapan con facilidad, y poco a poco su guardia cae, aunque lo que queda es una mezcla de preocupación y agonía. Ella no reacciona ni responde de ninguna otra manera que no sea apretando su agarre en la puerta.

—¿Me regalas un minuto?

Frunce ligeramente sus labios carnosos mientras la puerta agrietada se abre una pulgada más para responder con cautela—: Depende de para lo que estés aquí.

Los latidos de mi corazón galopan, trotando más rápido en mi pecho a medida que aumenta la ansiedad. Estoy aquí para darle una advertencia. Para mantenerla alejada del Cuarto Rojo y superar los malos deseos que tenga para mis hermanos y para mí.

Realmente es una lástima; ella es una mujer muy hermosa. Hay una inocencia, pero una lucha en ella que es tan evidente y aún más atractiva. Si la hubiera conocido, en otros términos, haría cualquier cosa para ponerla debajo de mí y gritar mi nombre.

Los colores arremolinados en sus ojos se oscurecen mientras su mirada se queda fija en la mía. Como si pudiera leer mis pensamientos y supiera las cosas malas que le haría y que nadie más podría hacerlo. Pero no es por eso por lo que estoy aquí, y mis enfermizas perversiones tendrán que esperar a otra persona.

Apoyo mi hombro contra su dura puerta de nogal y deslizo mi zapato entre el hueco de la puerta, asegurándome de que no pueda cerrarla de golpe. En lugar del ligero miedo que pensé que podría destellar en sus ojos mientras mi expresión se endurece, sus ojos se entrecierran con odio y veo que el hermoso tono de rosa en su piel pálida se ilumina a rojo, pero no es con un sonrojo, es con ira.

—Debes mantenerte alejada de los asuntos de los Cross, Beth. —Me inclino más cerca, mi voz baja y uniforme. Mi mirada dura se encuentra con la entrecerrada, pero ella no se inmuta. En cambio, aprieta los dientes con tanta fuerza que creo que se romperán.

Con la palma de mi mano cuidadosamente colocada en el marco de la puerta y la otra extendida contra su puerta, me inclino para decirle que no hay respuestas para ella en el Cuarto Rojo. Quiero decirle que mi hermano no es el hombre que ella busca, pero antes de que pueda decir una palabra, ella me sisea—: Sé todo sobre Marcus, la droga y por qué los idiotas la hicieron matar.

Mi pulso tamborilea en mis oídos, pero incluso por encima de eso, escucho el dolor tenso grabado en su voz. Su respiración se estremece cuando agrega—: Todos pagarán por lo que le hicieron a mi hermana.

Su voz se quiebra cuando sus ojos brillan y las lágrimas se acumulan en las esquinas de sus ojos.

—No sabes de lo que estás hablando —le digo mientras la ira crece dentro de mí. Marcus. Solo el nombre hace que todos los músculos del interior de mi cuerpo se tensen y se enrosquen.

La droga.

Marcus.

Antes de que pueda siquiera unir lo que ha dicho, escucho el clic de una pistola y deja que la puerta se abra, haciéndome perder el equilibrio.

La conmoción hace que mi estómago se revuelva cuando el cañón de una pistola destella frente a mis ojos. Se inclina hacia atrás, moviéndose para sostener la pesada pieza de metal con ambas manos. Empujándome hacia adelante, todavía fuera de balance mientras el miedo se agita en mi sangre, agarro el cañón y lo levanto por encima de su cabeza, empujando su pequeño cuerpo hacia atrás hasta que golpea la pared en su vestíbulo.

*¡Pum!*

El arma se dispara y el destello de calor hace que la piel de mi mano sujetando el cañón se queme y se queme con un dolor despiadado. Su espalda baja choca con una mesa estrecha, una fila de libros se cae y el correo cae al suelo cuando me tropiezo con ella y finalmente la inmovilizo contra la pared.

Su chillido de miedo se acalla cuando llevo mi mano derecha a su delicada garganta. Mi mano izquierda todavía empuña el arma. Lucha debajo de mí, pero con un pie de diferencia en su altura y un músculo que no puede igualar, no importa cuánto lo intente, no tiene sentido. Su corazón late con tanta fuerza que lo siento igualando al mío.

Grita mientras levanto el arma más alto, arrancándola de su agarre. Ambas manos vuelan hacia la que tengo apretada en su garganta.

*Ella trató de matarme.* No puedo creerlo.

Apenas recuperando el aliento, no dejo que nada se muestre excepto el control absoluto que tengo sobre ella. La puerta está abierta de par en par y estoy seguro de que alguien lo habría oído. Una leve brisa entra detrás de mí y doy un paso hacia atrás, tirando de ella conmigo lo suficiente para poder cerrar la puerta de una patada y luego presionarla contra ella. Su pulso se ralentiza bajo mi agarre y sus ojos me piden piedad mientras sus afiladas uñas se clavan en mis dedos. Pasa un segundo antes de que afloje mi agarre lo suficiente para que pueda respirar libremente.

A través de su ingesta frenética, me inclino hacia adelante, aplastando mi cuerpo contra el de ella hasta que ella se queda quieta. Hasta que sus ojos se abren y miran directamente a los míos. Verla, el miedo, la desesperación, las ganas de vivir... emociona un lado oscuro de mí que ha estado pidiendo ser sacado a la superficie.

—Vas a contarme todo lo que sabes sobre Marcus. —Bajo mis labios hasta el cascarón de su oreja, dejando que mi áspera barba incipiente le frote la mejilla. —Y todo lo que sabes sobre la droga.

Con una respiración tranquila, mis pulmones se llenan del dulce olor de su suave cabello que roza mi nariz.

Paso mis dedos por su cabello y dejo que mi pulgar recorra su esbelto cuello antes de inclinarme hacia ella, dejándola sentir lo duro que estoy solo por estar viva. Solo para tenerla a mi merced.

—Pero primero, vienes conmigo.

## SOBRE LA AUTORA

Muchas gracias por leer mis historias de romance. Soy una mamá que se queda en casa y ávida lectora que se convirtió en autora y no podría estar más contenta.  
¡Espero que disfrutes mis libros tanto como yo!

Más de W Winters  
[www.willowwinterswrites.com/books/](http://www.willowwinterswrites.com/books/)

Suscríbete a mi boletín para obtener toda la información sobre mis lanzamientos, ventas especiales, adelantos y un libro gratis.

Si prefieres alertas de texto para no perderse ninguno de mis nuevos lanzamientos, envía un mensaje de texto con la palabra Willow al 797979 (exclusivo en Estados Unidos)

## CONTACTA A W. WINTERS

[BOOKBUB](#) | [TWITTER](#) | [GOODREADS](#) |  
[INSTAGRAM](#) | [FACEBOOK PAGE](#) | [WEBSITE](#)

Echa un vistazo a los grupos: [Wildflowers](#) en Facebook, si no estoy escribiendo, me vas a encontrar ahí.